

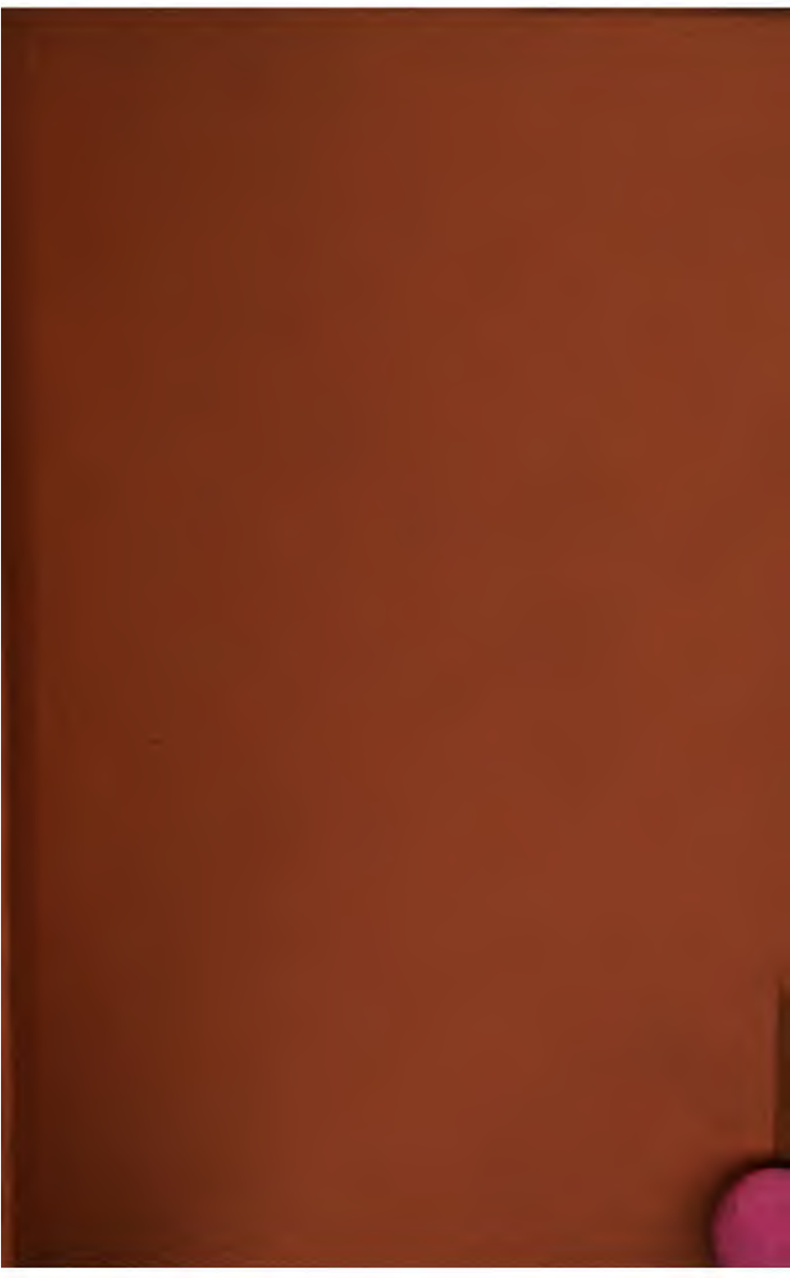

DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.

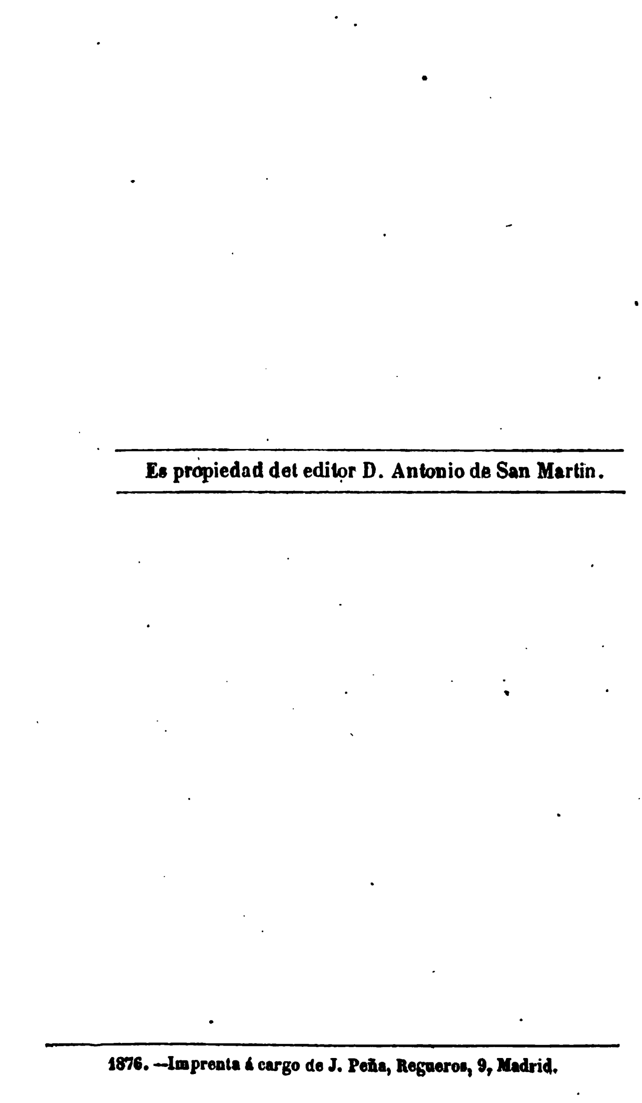





DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.
1878.







1876.—Imprenta á cargo de J. Peña, Regueros, 9, Madrid.

CARTAS

SOBRE

POLITICA EUROPEA,

POR

EMILIO CASTELAR.

PRIMERA SÉRIE.

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1876



CARTAS

SOBRE

POLÍTICA EUROPEA.

PROLOGO

Algunas palabras, aunque breves, parécenme indispensables á explicar la naturaleza de este libro y las enseñanzas en sus varios capítulos encerradas. Compónese casi todo él de las correspondencias que durante muchos años he remitido con verdadera perseverancia á los periódicos de América. Así no puede asegurarse que formen una historia seguida y sistemática, pero forman una série de cuadros, los cuales, no por la importancia del autor y sí por la propia intrínseca importancia de sus varios asuntos, merecen verdadera consideracion. Los anuncios de la ruina del Imperio, los tempestuo-

sos debates en que estallaba la comprimida libertad, las rivalidades entre Francia y Prusia, generadoras de tremenda guerra, los proyectos estériles del Emperador para reconciliarse con la libertad, las crísis más graves de la República que ha sucedido al cesarismo, los esfuerzos del gobierno fundado en Setiembre por salvar á su patria y defenderse él mismo de tantos ódios como se han aglomerado contra su nombre y su política, las combinaciones de Thiers para fundar un gobierno en bases regulares y posibles, los problemas del Congreso de la Paz, el desarrollo de la Internacional, las disidencias entre los católicos europeos despues de proclamado el dogma que consagraba la infalibilidad del Papa y el absolutismo en la Iglesia, las miras del sabio canónigo Döellinger, las crísis religiosas de Alemania, la política interior de Austria é Italia, las ambiciones de Rusia; todas estas diversas materias, tratadas en el momento mismo en que se iban desarrollando, merecen que el lector las revise como un exámen de la conciencia de nuestro tiempo.

Declaro que al releer estas páginas de otros dias, publicadas por los periódicos más importantes de la América española, he arrancado las más apasionadas y he prescindido de las relativas á España. La explicacion de este hecho me parece inútil por hallarse al inmediato alcance de todos. Las páginas vivacés desdicen de la serenidad que debe tener la severa justicia del historiador, y las páginas de asuntos españoles, en que tantas veces he sido actor, podian escribirse á periódicos necesitados de noticias diarias, pero deben sacrificarse en una obra de más libertad para el autor y de mayor duracion que las diarias y efímeras hojas, apenas leidas cuando ya olvidadas. De todos modos, el criterio que ha presidido á mi vida pública no se desmiente en ninguno de estos escritos, á pesar de pertenecer á épocas tan diversas y de relatar asuntos tan varios. Yo he consagrado una vida entera á desceñir en la prensa, en la cátedra, en la tribuna y en el gobierno, la doctrina democrática de peligrosas utopias. Yo he pugnado por unir la libertad con la democrácia, y la democrácia y

la libertad con el órden. Los desengaños sufridos en mi larga carrera; las injurias y calumnias que todas las pasiones extremas han arrojado sobre mi nombre; las ingratitudes de unos y las traiciones de otros; los dias de horribles crísis, en los cuales me he dejado pedazos de mi corazon todavía destilando sangre, no han bastado á desconcertarme, ni herirme en mis creencias, y hoy con la misma fé de mis primeros dias, de aquellos dias en que se ha padecido poco, porque todavía no se ha trabajado mucho, sostengo y defiendo la alianza de la libertad con la democrácia, y de la democrácia y la libertad con el órden; porque si de esta suerte la renovacion social es más lenta y más tarda, tambien es más duradera y más segura: que no hay nada tan terrible como las reacciones traidas por los excesos de los pueblos y los abusos del derecho.

EMILIO CASTELAR.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS PUNTOS NEGROS DEL IMPERIO.

París 24 de Octubre de 1867.

Las victorias de la democrácia en Méjico han tenido un grande influjo en la suerte del Imperio en Francia. Sus partidarios dicen, que por hallarse Napoleon III comprometido allende los mares, no pudo intervenir con la celeridad necesaria allende el Rhin. Lo cierto es, que la política imperial está llena de puntos negros, por confesion misma del emperador. Estos puntos negros pueden reducirse hoy á los siguientes: 1.° Caida del imperio en Méjico. 2.° Unidad de la Alemania del Norte. 3.° Mando militar del Norte y Sur de Alemania por la Prusia. 4.° Ataques contínuos al poder temporal des-

pues de haberse retirado las tropas francesas por la ocurrencia de Setiembre. 5.° Imposibilidad de la alianza con Prusia. 6.° Aborto económico de la Exposicion. 7.° Resistencia de la opinion pública en Francia á admitir la ley sobre el armamento del país y el reemplazo del ejército. 8.° Liquidacion de la Sociedad inmobiliaria que habia emprendido todas las grandes construcciones del nuevo París y que mantenia un ejército de cien mil obreros. 9.° Aislamiento político en Europa. Las cuestiones exteriores que el emperador suscita suelen tener siempre por objetivo la política interior. Napoleon III sabe bien que el pueblo de Francia es un pueblo inquieto, impresionable, necesitado de grandes emociones y amigo de arriesgadas empresas. Para calmar la actividad francesa, el emperador sólo tiene dos medios: ó la libertad ó la gloria. La libertad es la vida de los gobiernos populares, pero es la muerte de los gobiernos personales. Por consiguiente, no le quedaba más medio al emperador que acudir á la gloria, y para obtener la gloria no le quedaba más medio que acudir á la guerra. Por eso venció á Rusia, venció al Austria é incitó á Prusia á nuevas guerras,

de las cuales résultára la modificacion de los tratados del quince y de la anhelada rectificacion de las fronteras francesas en el Rhin, semejante á la rectificacion de las fronteras francesas en los Alpes. La rectificacion del Rhin no se ha verificado. Bismarck tuvo tres cosas que son poderosísimas: una idea, una grande habilidad y un objeto determinado y claro. Negóse, pues, á la rectificacion de fronteras. Y despues de tantas guerras, Napoleon ha encontrado la Francia disminuida bajo sus manos, convertida de la primera en la tercera potencia europea. Por su conducta en Roma ha echado Italia en brazos de Prusia, y por su conducta en Méjico los Estados-Unidos en brazos de Rusia. Una gran potencia en los Alpes y otra gran potencia en el Rhin cierran el paso á Francia para futuras empresas. Y en tan tristes dias solamente le resta el recurso de tender una mano al Austria, á un cadáver. Y para reconquistar el puesto que ha perdido, muchos políticos aconsejan á Francia la guerra. Pero la guerra tiene gravísimas dificultades: hoy es una ruina para el comercio, mañana puede ser una derrota para este gran país, cuya existencia tengo por necesaria á la ci-

vilizacion y á la libertad. Pero esta incertidumbre que reina en los ánimos mata el comercio. Y una de las compensaciones que el emperador ha buscado á la pérdida de la libertad es la riqueza material. De suerte, que Europa debe salir de esta angustia suprema ó por la guerra ó por la libertad. Hay, sin embargo, dentro del Imperio tres tendencias representadas por tres partidos. El *statu quo* que defienden Rouher y La Vallette con tendencias pacíficas en el exterior y ciertas tendencias reformistas en el interior. La guerra y la reaccion, que representan Niel y los mariscales. La guerra pero auxiliada por la libertad, que quiere una fraccion microscópica, llamada tercer partido, la cual se ha dado al titánico trabajo de reconciliar el Imperio con la democrácia. La política imperial está indecisa. El hombre á quien le bastaron unas cuantas palabras dichas al Cuerpo diplomático para declarar la guerra al Austria y atravesar los Alpes en defensa de Italia, vacila ahora, como si su pensamiento hubiera envejecido cual ha envejecido su cuerpo sobre el trono. Parece que indican la guerra esos armamentos formidables, intentados con tan grande resolucion y proseguidos con tanto

empeño. Parece que indica la paz el cambio ministerial anunciado, en el cual recogerá la cartera de Negocios extranjeros el ministro pacífico por excelencia, Mr. de La Vallette. A esto se añade una carta confidencial publicada por la prensa inglesa y no desmentida por la prensa francesa, en la cual declara el emperador que Francia no debe mirar con celos el engrandecimiento de Prusia. Y todos los periódicos han hablado de otra carta del príncipe Napoleon á su primo, demandándole una declaracion de paz para Europa y una declaracion de libertad para Francia. El carácter de este príncipe es muy conocido en el mundo político. Demócrata por conviccion, revolucionario por temperamento, orador por la naturaleza de su inteligencia expansiva, representa en la familia la oposicion, y tira en realidad á sentarse en un trono con esos vértigos á que son tan ocasionadas las alturas sociales como las alturas físicas. El príncipe, que tiene mucha gracia francesa, suele decir epígramas muy magistrales contra el gobierno, repetidos en seguida por todos los salones y todas las academias donde se habla de política, y ha dicho realmente una cosa graciosísima y cierta: ha dicho que el em-

perador ha engañado por dos veces á Francia, primero fingiendo ser un imbécil y despues fingiendo ser un hombre de talento.

La política de hoy, como todas las políticas indecisas, tiene contra sí muchos enemigos. Los que aman la paz á toda costa se quejan de que la paz no existe bajo estas contínuas amenazas de guerra. Los que quieren la guerra se quejan de que Francia decae de su antigua importancia con estas contínuas complacencias por una paz, digna de los tiempos de Luis Felipe. En medio de todo puede decirse que la suerte del imperio francés no es tan brillante como en los dias de las guerras de Crimea y de Italia. Entonces Europa entera pendia del filo de la espada de Francia. Pero los tiempos actuales son de prueba. Y en el momento en que hay pruebas difíciles todo el mundo se pregunta á quién pertenece la responsabilidad. Segun Duvernois y los amigos del imperio liberal, la responsabilidad es de los ministros. Segun Girardin y los enemigos del imperio, la responsabilidad es del emperador. Constitucionalmente, la teoría de Girardin es la verdadera, la fundada en las instituciones; la que se desprende del texto

mismo de la ley fundamental. El imperio es un gobierno personal. Los ministros no tienen política propia. Sus deberes se reducen á practicar la política que el emperador les ordena. La responsabilidad es toda entera del emperador. El medio de hacerse efectiva esta responsabilidad realmente no existe. Pero el emperador, en caso de conflicto con los otros cuerpos del Estado, debe apelar al pueblo. En este gran punto de la responsabilidad del emperador se han desarrollado las discusiones del Cuerpo legislativo y de la prensa. El peligro encerrado en estas discusiones era tan grande, que uno de los hombres adictos al emperador, el amigo de los malos tiempos, Mr. de Persigny, ha tenido que levantarse en el Senado á interpretar una Constitucion de la cual se declara padre. Puede decirse que, el senador bonapartista es el teólogo del bonapartismo. El Consejo de Estado representa la ciencia política; el Cuerpo legislativo el sentimiento político; el Senado la ley; el emperador todo. Pero el emperador no es el único responsable, porque necesita asesorarse del Consejo de Estado, necesita atender al Cuerpo legislativo; y el Consejo de Estado es responsable

de sus advertencias y de sus ideas, mientras el Cuerpo legislativo es responsable de sus decisiones y de sus votos. Y cuando los ministros invocan el nombre del César para hacer pasar una ley en las dos Cámaras, los ministros cometen un grande error y dejan el trono descubierto. Persigny se queja de que no se interprete á derechas la Constitucion. Y se queja tambien de que, por no interpretarse á derechas, suban hasta el emperador responsabilidades tremendas que al emperador no pertenecen. De modo que segun Persigny, la Constitucion no se practica porque se ha olvidado la teoría. Y se ha olvidado la teoría porque yace herido por el desprecio y la ingratitud, sobre los bancos del Senado el que cuando menos, debia estar en los bancos del Ministerio. En todo el discurso del senador se nota un tono de amarga reconvencion. Compárase á sí mismo con un amigo del Grande Alejandro, á quien el dueño del mundo mató en un rapto de ira por sus advertencias y por sus consejos desinteresados. Dice que, aun cuando un hombre tuviese la vista más perspicaz que haya creado la naturaleza, no podria ver á un tiempo todos los lados de un polígono. La primera

es una tremenda alusion á su propia desgracia. Lo segundo es una alusion no ménos tremenda á la teoría de la responsabilidad absoluta que esconde la absoluta omnipotencia. En medio de todo esto, la opinion pública se despierta. Con motivo de las elecciones para los Consejos generales de departamentos los candidatos de la oposicion son muchos y todos condenan abiertamente las leyes que se preparan sobre el ejército y todos se quejan del aplazamiento que se da á las promesas de libertad. El emperador de Francia mientras tanto, sale de París á visitar al emperador de Austria, por el cual la veleidad francesa tiene un muy particular interés. Y para el 15 de Agosto tendremos grandes fiestas, músicas, banderas, guirnaldas de gas, vasos de colores, cucañas, teatros de balde, exposicion de balde, danzas, conciertos, y unos fuegos artificiales que dibujarán con luces de bengala en la oscuridad de la noche los matices del iris. Pero entre esa orgía de colores aparecerán todavía más oscuros los puntos negros que han de ser el sudario de este imperio.

CAPITULO II.

LAS IDEAS POLITICAS DE MR. RENAN.

—

Paris 1.° de Noviembre de 1867.

Algunos hombres carecen completamente del sentido político. Hay en esta sencilla práctica de los derechos más esenciales á la vida tambien ciegos de nacimiento. No de otra suerte me explico ni puedo explicarme que un escritor de gran talento, filólogo distinguido, crítico agudo, historiador severo, estilista de mérito sobresaliente, hábil como pocos en manejar la maravillosa prosa francesa, célebre ya en todo el mundo por sus libros que tantas polémicas han suscitado, en una palabra, Renan, escriba un

prefacio político á una obra en prensa; prefacio lleno de argumentos contra la revolucion francesa y de protestas de sumision al derecho divino. Renan dice, que los pueblos más dignos son aquellos que mejor pagan sus tributos y que se mantienen más sumisos á sus antiguas dinastías. De suerte que para este pensador, Wasingthon seria más grande si en vez de tribuno de un pueblo, y de general de un ejérci'o libertador, se hubiera metido con resignacion sublime, y por sostener las ordenanzas del Parlamento y del Rey, á cobrador de contribuciones. Por la teoría de Renan, Bolivar ocupára más alto lugar en el aprecio del mundo si fuera gentil-hombre de Fernando VII. Algunas de las acusaciones que Renan dirige á su patria son amargas pero son fundadas: el apego al cesarismo romano, la centralizacion apoplética en París, el desnivel intelectual entre esta ciudad y las provincias, el triste desconocimiento de aquellos principios descentralizadores, fuera de los que todavía no se ha podido fundar la libertad; la horrible conversion de todas las funciones sociales en funciones administrativas, lo cual hace que haya en lo alto un poder que todo lo llena y en

lo bajo un pueblo que todo lo sufre; síntomas de mortal decadencia que recuerdan los últimos dias del imperio romano, cuando los señores de la tierra, temerosos de la invasion germánica, aclamaban la libertad para encontrar la resurreccion de los grandes guerreros en la resurreccion de los grandes ciudadanos, y esa palabra se perdia como un vano concepto metafísico, en los embotados oidos de los pueblos esclavos. Pero estudie Renan el fondo de la conciencia de las naciones, él que tan admirablemente estudia el fondo de sus sepulcros. Profundice las causas que han traido á Francia á su lamentable estado de hoy, profundícelas y verá que ha sido el no tener la fidelidad á los principios democráticos, á los principios revolucionarios promulgados en el dia de la tempestad y desconocidos y olvidados al dia siguiente. Si Francia tuviera tanta constancia para conservar la libertad como valor para conquistarla, de seguro, á estas horas, hubiese fundado ya los Estados-Unidos de Europa, en vez de estos imperios burocráticos y militares que nos embrutecen y nos arruinan. Y si no hubiera tenido el valor suficiente para expulsar á esos reyes de derecho divino, á los

cuales consagra Renan unas páginas dignas de Veuillot, su libro y su persona hubieran sido quemados en la plaza de la Greve, y las cenizas repartidas entre los giros del aire y las ondas del Sena.

CAPÍTULO III.

LA AGONIA DE CRETA Y LOS PROGRESOS DE RUSIA.

París, Febrero de 1867.

No hay que dudarlo ya. Los fuertes candiotas han sido entregados al turco cual se entregan los mansos ganados al carnicero. Ya no tienen más remedio en el mundo que ceder á sus opresores, á los cuales esa vieja diplomácia sin corazon y sin conciencia les entrega como un rebaño de hombres más que degollar en aras del equilibrio europeo. El estandarte de la media luna ondea sobre desiertos; los niños son degollados en brazos de sus madres; las emigraciones de los antiguos pueblos se renuevan y millares de familias dejan su hogar; los esclavos del fatalismo ahogan la libertad en su cuna; y sin

embargo, como si la sangre de un pueblo fuera inagotable, como si fuera inextinguible la vida de un pueblo, se levantan del polvo, donde unas legiones caen, otras legiones más batalladoras, que van á la muerte pronunciando el nombre mágico donde encierran todos sus amores, el santo objeto de sus cultos y de sus sacrificios, el nombre de Grecia. ¡Cómo decaen los pueblos que más han brillado en la historia, ése largo panteon de pueblos destronados! No hay un Tirteo, ni un Temístocles, ni un Demóstenes en Grecia; pero hay mártires. No saben ni hablar, ni cantar como sus padres; pero saben morir. Y los héroes griegos que sostienen su nacionalidad en Candía envian representantes al Parlamento griego. Estos descienden de las montañas, atraviesan los mares, llegan al Pireo, entran en Atenas para mostrar al mundo que están unidos con su nacionalidad y que invocan la capitalidad de Atenas, la cual, habiendo sido la capitalidad de Grecia, es en la historia tambien la capitalidad intelectual del linaje humano. Pero la diplomácia se alarma. Un grande terror sobrecoge á los representantes de Inglaterra, Austria y Francia. Si Atenas ad-

mite á los enviados por los mártires, la guerra es inevitable entre Grecia y Turquía. Y la guerra entre Grecia y Turquía puede encender la guerra universal, plantear la cuestion de Oriente. Los representantes de las grandes potencias acuden al gobierno. Este les promete oir sus observaciones. Y cuando los representantes de Creta se dirigen al Parlamento, se encuentran, no los brazos de sus compañeros que los estrechan, sino las bayonetas griegas que les amenazan. El dolor de Creta será inmenso. En algunos momentos se concebiria hasta el suicidio de un pueblo.

Pero ¿qué remedio tiene? dicen los occidentales. Si no evitamos la cuestion de Oriente sobrevendrá el predominio de Rusia. Y yo digo que sobrevendrá, porque hemos olvidado la gran política de las ideas. Ese imperio ruso que parece tan fuerte, se halla devorado por luchas interiores, por guerras tempestuosas de encontradas ideas. Los rusos verdaderamente ilustrados; los que tarde ó temprano han de influir en el país como la voluntad en el organismo, se creen hoy conquistados por el clero negro y las catorce clases de la aristocrácia burocrática como los pola-

cos por los rusos. Un czar que ha aplastado todos los elementos federales y populares; una aristocracia, en su mayoría alemana, que se ha repartido todos los empleos, forman sobre las espaldas de un pueblo semi-nómado, medio cubierto con sus pieles de carnero, pero fiel á su individualismo histórico, el gobierno más extraño á la naturaleza del país, y el más aborrecido de Europa. Las naciones son como los astros: ninguna se exceptúa de la ley general de gravitacion. Las leyes sociales se cumplen como las leyes naturales. Tantas injusticias arriba y tantos elementos de progreso abajo, engendran partidos fuertes, vigorosos, que piensan en el derecho y que trabajan por realizarlo como todos los reformadores del globo. Y no se crea que esto proviene de hoy, de un soplo europeo que haya atravesado las estepas, nó; proviene de muy lejos. A principios del siglo se asentaba, despues de haber pasado sobre el cadáver de su padre, en el trono, un hombre que reunia á una exaltacion de carácter, inmensa idea de renovacion social, de bien para las clases desheredadas, de resurreccion para las nacionalidades muertas, de armonías entre las razas; un hombre que

parecia desear una especie de aproximacion del cielo á la tierra. Todo se juntaba para hacer del czar Alejandro un Mesías: la exaltacion del carácter, la magia de la elocuencia, la hermosura del rostro. Habia quien descubria en el czar los rasgos bellísimos con que todos los pintores del Renacimiento nos han trasmitido á San Juan. Muchos hombres que pensaban en la renovacion de Rusia se acercaron á él con la esperanza de realizar sus pensamientos y en la falsa creencia de que todo es posible desde el trono. Ejemplo: Radistcheff que llevaba una carta de emancipacion para los siervos. Pero cuando este hombre humanitario vió la campana pneumática, bajo la cual se hallaba el czar, comprendió que allí no podia entrar el aire vital. Sus cortesanos le permitian idear, pero no le permitian hacer. En su desesperacion, Radistcheff se tomó un vaso de vitriolo que le devoró las entrañas. El médico enviado por Alejandro en su socorro, al ver morir á uno de los hombres que más habian gozado de los favores del poder y de la fortuna, exclamó con asombro: «Ese hombre era bien desgraciado.»

Pero continuaron los reformadores, por-

que Dios ha querido que toda idea sembrada en la conciencia sea como el grano en la tierra: de uno sale una espiga. Karazina se arrojaba á las puertas de los departamentos del czar como un perro. Parecíase á este animal complementario del hombre en que ladraba á la aproximacion del enemigo, en que volvia á echarse á la puerta despues de haber recibido un puntapié. El buen hombre, un sabio que así estudiaba la electricidad en la atmósfera como en la sociedad, pedia una representacion nacional y la libertad de los siervos como únicos medios de salvar al emperador. Alejandro lo mandó encarcelar por el grave delito de meterse «en lo que no le importaba.» Pero como dice un grande escritor, los reformadores continuaban.

Su larga série se conocia en la oscura inmensidad de los dolores de Rusia como las celestes aguas del Volga se conocen mucho despues de la desembocadura entre las plomizas aguas de los mares del Norte. De 1812 á 1826 se multiplicaron los reformadores. Nicolás, el más autócrata de todos los autócratas los enviaba más allá de los montes Ourales, á trabajar en la soledad de las sel-

vas y en la oscuridad de las minas. Pero cuando, efecto de las últimas amnistías, volvieron en medio de Rusia, cargados de años, envejecidos por el dolor, encorvados bajo el peso de sus antiguos trabajos, trémulos, apoyados en sus báculos unos, en pobres lazarillos otros, parecieron una raza de profetas que se levantaban de las piedras del sepulcro, una raza de jóvenes héroes que traian la libertad; y las madres se los enseñaban á sus hijos como eternos modelos de ciudadanos, y por donde quiera que iban se recogian sus entrecortadas y balbucientes palabras como sentencias de los oráculos del porvenir.

Paseándome un dia bajo las magníficas bóvedas del cementerio de Bolonia, ví sobre una tumba la estátua de mármol de un jóven noble ruso, que lleno de riquezas habia vivido en la austeridad de los cenobitas; lleno de privilegios habia trabajado por la igualdad del derecho; é hijo de las luchas eternas habia ido á Italia, no á gozar de la luz de su cielo ni del aroma de sus bosques perfumados por el azahar, sino á combatir en sus guerras y á morir por su independencia.

Los sacrificios no quedan nunca sin premio, ni los trabajos sin resultado. Rusia ha visto abolida la servidumbre. Rusia se ha visto llamada en alguna parte á representar sus derechos. Las Asambleas provinciales existen. Es verdad que la burocracia lo corrompe todo.

En estas asambleas son admitidos indistintamente los empleados de patrimonio y los campesinos. Pero los empleados de patrimonio hacen durar largo tiempo las sesiones y los campesinos tienen que abandonarlas faltos de recursos. Las sesiones de estas asambleas se publican. Pero el Czar ha reservado al prefecto la censura. Y el prefecto borra todo aquello que puede ser desagradable á la omnipotencia del poder. Así és que difícilmente nos llegan las noticias rusas. Nosotros les creemos sometidos al látigo; soñando con la posesion de Constantinopla como con la entrada en el paraiso; prontos á encender la guerra en el Danubio, en el Pruth, en el Leitha para reanimar el fantasma del Paulavismo; si hubieran llegado á nuestras manos los *Diarios de Sesiones* de las dietas provinciales, viéramos que los campesinos piden la excepcion

de reclutamiento por este año, á causa de la general miseria. Si los gobiernos de Occidente favorecieran el progreso de las ideas liberales en Rusia, ¡cuán pronto se veria que el coloso tiene los piés de barro!

CAPITULO IV.

VIAJES DEL PRINCIPE NAPOLEON Y TEMORES DEL EMPERADOR.

Paris 7 de Marzo de 1868.

Si hubiéramos de creer al ministro de Estado en Francia, octaviana paz reinaria en Europa. Todos los temores se han disipado ante él optimismo de Mr. Rohuer. Ni Prusia, ni Rusia, piensa ya la una en pasar el Mein, la otra en pasar el Pruth. Las partidas que en el bajo Danubio se apercibian á combatir al imperio turco, se han desvanecido como sombras con solo fruncir Napoleon el entrecejo. Italia ha caido en Mentana y Austria no tiene fuerzas para promover un conflicto. Gloria á Dios en las alturas; paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Pero si todo esto es cierto, si ninguna

rera infranqueable á las conquistas moscovitas, para despertar á Polonia, esa nacion de mártires al Norte, y despertar Grecia, esa antigua confederacion de héroes y de poetas al Mediodía, forzando á Rusia á convertirse hácia el Asia y buscar allí espacios á su propaganda ortodoxa que rechaza indignada la civilizacion de Europa.

No hay que esperar en nuestro estado presente una alianza de ideas ni una alianza de derechos; lo único que puede esperarse es una alianza de intereses. Si Prusia cree posible rematar la unidad yéndose con Rusia, la rematará. Si Prusia encuentra débil y decaido el imperio moscovita; si encuentra atrasada la idea de la unidad en el Sur de Alemania; si encuentra que no puede intentar una guerra con Francia sin esponerse á malograr sus recientes victorias, aceptará la alianza con que la convida el príncipe Napoleon y formará bajo las banderas de las naciones occidentales. Pero no se espere jamás que Prusia sea parte á disminuir en el mundo la preponderancia rusa contra Francia ni la preponderancia anglo-francesa contra Rusia. La nacion que dirige el movimiento aleman vive entre dos corrientes que le con-

viene moderar como se modera en el espacio la atraccion de los mundos con la repulsion, y como se modera en los mares el flujo con el reflujo. En su incierta geografía y no ménos incierta historia, Germania entra por un lado en Francia con la Alsácia y la Lorena, por otro lado, en Rusia, con las provincias del Báltico. Tal vez le conviniera poder herir á un tiempo los dos colosos, y de su mútua ruina derivar la propia preponderancia rebasando el Danubio, el Rhin y el Vístula. Pero esto es hoy imposible, y lo imposible es mayor demencia en política que en ningun otro de los varios y diversos campos de la actividad humana. La utopia pierde hasta las causas más santas y más justas. Por consiguiente, no pudiendo ser la guerra para la primavera, el viaje del príncipe Napoleon servirá tan solo para conservar el *statu quo* en Europa.

El interés de la política europea se concentra en las cuestiones interiores. Grave es el estado de Francia. Cada dia se promueve con cualquier pretesto una manifestacion que indica bien á las claras cuán arraigados se hallan aquí los sentimientos revolucionarios. Se pone en escena el *Kean*, de Alejan-

dro de Dumas, y se pide el *Ruy Blas*, de Víctor Hugo. Se prepara una comedia de grande espectáculo en el Chatelet, el *Vengeur*, y se temen nuevas manifestaciones. El argumento se refiere á los tiempos de la República; una tripulacion heróica se sumerge en el mar al grito santo de República, que redimió á Europa, de aquella República que llevó su bandera por los mares y por los campos como el lábaro de la redencion del mundo. ¿Quién podrá contener los corazones? ¿Quién podrá reprimir los ímpetus de ese patriotismo humanitario que hizo de la Revolucion francesa la revolucion del género humano? La Marsellesa puede estallar, como en Jemmapes, como en Valmy, cuando atacaban con sus aceradas bayonetas las legiones de la libertad á las legiones del despotismo. La administracion teme mucho estos desahogos del pueblo. Conservaba la tierra francesa un depósito del cual debia estar verdaderamente orgullosa; conservaba los despojos del gran Manin, de aquel orador que ilustró la tribuna veneciana con sus palabras, las lagunas con su sangre; que sostuvo contra los austriacos un sitio desesperado por la santa causa de la patria; que, dic-

tador, no se manchó ni con un acto de crueldad ni con un ataque á la ley en momentos tan extraordinarios y supremos; que, vencido, salvó la honra del país con brillantes capitulaciones; que, emigrado, vivió en la santa pobreza del destierro, en el triste hogar donde no penetra ni la luz, ni el calor de nuestro sol, la mitad de la vida; hasta que, suspirando por su Venecia, entonces sierva, se durmió para siempre, héroe y mártir, tribuno y dictador, poeta y soldado, en el regazo de la gloria. Manin era muy amado en Francia. Sobre su hermosa cabeza habia visto una generacion brillar la aureola de oriental poesía que lleva eternamente ceñida como un iris á sus lagunas la hermosísima Venecia. El pueblo de Paris habia depositado sus restos en el mismo sepulcro que contiene los restos del gran pintor Ary Scheffer, el cual ha dado forma en sus cuadros á las visiones del Dante. El dia que Francia abandonaba esos restos, siquiera fuese para enviarlos á Venecia, debia ser dia de luto nacional. Todo París hubiera ido á depositar la corona de laurel sobre la tumba del mártir y á enviar un saludo á su patria. Pues bien, el gobierno ha impedido toda manifestacion,

ha sacado los restos de improviso, los ha mandado furtivamente á la frontera. Ignoro todavía si me lo permitirán mis ocupaciones. El 23 será el dia en que los restos de Manin llegarán á Venecia, y con esos restos se despertarán los recuerdos gloriosísimos de la efímera, pero santa República del 48. Si mis ocupaciones me lo permiten, iré, solo para describiros el espectáculo de la ciudad y para haceros gustar las viriles y regeneradoras emociones que inspiran siempre el martirio, el heroismo, la libertad, la República, la patria, esa religion de todos los buenos ciudadanos. Ya que no hemos podido ver la despedida de Francia, veamos la recepcion de Venecia. Pero la prohibicion de esta despedida prueba bien á qué móviles tan mezquinos y á qué resortes tan gastados obedece la política del gobierno, en los instantes mismos en que invoca la libertad.

Más grande, más expléndido seria este espectáculo de enseñar á un pueblo á honrar las cenizas de un héroe que el mezquino y horrible de enseñarle todos los áspides venenosos de las calumnias. Un periódico, *Le Pays*, que se titula *Journal de l'Empire* enfáticamente ha dicho que probará con

documentos la complicidad del *Siecle*, *La Liberté*, *L'Avenir National*, *La Opinion Nationale*, *La Revue de deux Mondes*, *Le Journal des Debats*, con gobiernos extranjeros que les habian mandado dinero y condecoraciones, si estos periódicos le prometian de antemano renunciar á toda querella de calumnia ante los tribunales. Estos documentos son papeles que se encuentran en la testamentaría de La Varenne, una especie de agente secreto de Rattazzi. La Varenne fué uno de los muchos que en 1848 se presentaron demandando empleo á la República vencedora. No lo obtuvo y pasó á la oposicion. Vencedor el Imperio, fué de su policía secreta. Y empeñadas las cuestiones italianas, pasó de está categoría á la de agente principal de Rattazzi. No seria extraño que La Varenne hubiera pedido dinero y lo aprovechara en sí mismo bajo pretesto de comprar los periódicos franceses. No seria extraño tampoco ciertamente que hubiera agenciado cruces á los periodistas más entusiastas por Italia. Los franceses, entre sus muchas buenas cualidades, tienen la pueril debilidad de amar las veneras. Y parece que no; pero esas futilezas contribuyen mucho á mantener el

despotismo que se ceba en los pueblos viejos y en los pueblos niños. A un eminente profesor francés le he oido decir el cuento que sigue, muy lleno de moral práctica: «Preguntábale yo, decia en el Colegio de Francia Mr. de Laboulaye á un americano, en qué podia consistir que fuesen tan aptos para la libertad sus compatriotas y tan poco aptos los franceses. No sé, me contestó: los franceses tienen cualidades muy relevantes; á veces muy superiores á las nuestras, esas cualidades que llevan á la libertad; pero tienen gravísimos defectos; les gusta mucho llevar en el ojal una venera ó una cinta roja.» Confesad que en un pueblo donde no se permite honrar á Hoche y á Manin, pero se fomentan estas calumnias, la conciencia moral está muy cerca de un gran eclipse, y por ende la sociedad muy cerca de una grán catástrofe.

CAPITULO V.

LA DEMOCRACIA ITALIANA.

Madrid, Enero de 1871.

La suerte de Italia nos ha interesado siempre, nos interesará siempre como nuestra propia suerte. De la tierra del Foro son nuestros huesos, de las tablas de los pretores nuestro derecho; la lengua que hablamos eco es de la sonora lengua que resonabá en la tribuna de los rostros, y el templo en que nuestras primeras oraciones se perdieron sombra es del universal, del católico espíritu romano; nuestra poesía se amamantó á los pechos de Italia y nuestras artes del colorido y del dibujo nacieron á una en la itálica paleta; todas las naciones le debemos algo á la nacion italiana; Francia la enseñanza de Santo Tomás para sus filósofos y de

Cellini para sus artistas; Alemania el pensamiento de Giordano Bruno, que parece una anticipacion del génio germánico; España la inspiracion de Cristóbal Colon que creaba mundos como la palabra divina; y sin embargo, todas las naciones la oprimimos, la forzamos á que esmaltara nuestros palacios, á que tiñera con sus colores nuestro manto, á que nos recreara con su cántico, y nos sirviera de rodillas el númen divino de sus artes, creyendo que los italianos habian de ser siempre en el mundo moderno como los griegos en el antiguo mundo imperial, nuestros maestros, pero tambien nuestros esclavos.

Italia sintió hervir su grande espíritu en la mente, palpitar su dignidad en el pecho. Y todas las revelaciones de su ser, todas, música, escultura, letras, filosofía, derecho, se consagraron á reivindicar la propia personalidad, la propia independencia. La política debia más que ninguna otra manera de ser, teñirse de esta aspiracion universal; y en la política, especialmente la política republicana. Un pueblo que ha vivido tanto, y con tanta gloria como Italia, no renuncia á su historia. Así el republicanismo italiano tiene algo de sabor antiguo, al-

go de génio clásico. Sus hombres se han principalmente inspirado en los hombres de Plutarco. Hay en ellos el mismo sacrificio de las virtudes privadas á las virtudes públicas; de la conciencia á la patria. Paréceles la conjuracion el estado permanente del ánimo mientras existe el tirano. La propia individualidad desaparece en bien de las libertades generales. La sociedad secreta posee al hombre, y le acompaña en la vida y le manda en todas las regiones de la tierra, y le exige hasta la enagenacion de la conciencia, y si es preciso la muerte. Cada republicano se imagina el juez, y el verdugo de los déspotas. Conviértese el tiranicidio en dogma. No hay código divino ni humano para estos tribunos á la antigua que pueda defender al infame capaz de suprimir la patria, de cerrar los hogares, de perseguir la familia, de quitar á los ojos la luz del cielo natal, y de cebarse como las hienas hasta en los huesos de las pasadas generaciones. Así en la democracia italiana encontrabais muchos que habian tomado por modelo aquel patricio antiguo, descendiente de los que abolieron la monarquía en Roma, discípulo de Caton, marido de Porcia, lector de los diá-

logos platónicos que inspiran el sentimiento de la inmortalidad, conciso en sus palabras, resuelto en sus acciones, capaz de matar un tirano, aunque fuera su propio bienhechor, y de matarse á sí mismo con su espada la noche serena y estrellada de Filipos, en que perdió la esperanza de tornar á ver la libertad sobre su patria. Yo no creo que Bruto pudiera en estoicismo aventajar á los patriotas italianos, que cegados por su amor á la República, iban á París, acometian al emperador, y luego morian tranquilos, invocando la patria como si la guillotina fuera el sacro altar donde se desposaban con la inmortalidad.

En pueblo de esta suerte educado debian tener poderoso influjo todos los grandes movimientos revolucionarios de las modernas generaciones. La primera Revolucion francesa deslumbró en Italia á los pensadores, mas no se atrajo á las muchedumbres. Las ideas francesas, como un gran diluvio, subian sobre la cima de los Alpes, y se desbordaban por las tierras de la península. Napoleon, que entregára la república veneciana al Austria, fundaba la república cisalpina. Las tropas francesas corrian por el centro,

por el Mediodía de Italia, y levantaban la antigua República en Roma y fundaban nuevamente en la sensual Parthenope esta severa forma de gobierno. El pueblo se removia, se encrespaba, porque las ideas francesas eran contrarias á sus creencias históricas, irreverentes á sus imágenes y á sus templos. Pero las almas inspiradas en la enérgica poesía de Alfieri, adheridas á los recuerdos clásicos, republicanas por necesidad en aquella tierra donde la historia y hasta la naturaleza son republicanas, dolíanse de no poder fundar una democracia verdadera, teniendo por apoyo al extranjero y per enemigo al pueblo. Así cuando la mano de los franceses se retiró de Italia para grabar el nombre de Bonaparte en las pirámides, vino la reaccion sembrando de cadalsos toda la península. Y al mismo tiempo que los cadáveres pendian de las horcas, los rusos mandados por el salvaje Souvavow, descendian á las feraces campiñas, anhelosos de botin, sedientos de sangre, dispuestos al incendio y á la matanza, como fantástica resurreccion de aquellas legiones de Atila que aterrorizaron la decrépita Roma en su larga y angustiosísima agonía. Y peor que

estos males era la suerte de Italia obedeciendo como un cuerpo muerto á la corriente austriaca en los trece primeros meses de reaccion; nuevamente republicana cuando Napoleon era cónsul; nuevamente monárquica cuando Napoleon era emperador y se ceñía la corona lombarda en la catedral de Milan; vireinato del hijastro del Cesar; pomposo título de su hijo llamado rey de Italia; patrimonio ya de unos ya de otros príncipes de la familia de Bonaparte, enviando obediente sus Pontífices á París á derramar el óleo sobre la frente del conquistador y enviando, cruel, sus hijos á todos los campos de batalla napoleónicos para verter por el conquistador su sangre y en contra de su propia causa; hasta que, al fin, cae bajo el yugo de la Santa Alianza que la abofetea y la amordaza.

Conviértense los pueblos en presos; los reyes en carceleros. De aquí profundo y universal disentimiento entre directores y dirigidos, entre gobernantes y gobernados. El extranjero habia hecho presa en Italia, y la esperanza de la independencia habíase deshecho como un sueño. Ilustres viajeros de todas regiones recorrian la hermosa nacion para inspirarse en sus antiguos recuer-

dos y libar sus eternas ideas. En sus cánticos, en sus libros, estos viajeros que se llamaban Lamartine, Byron, Sthendal, parangonaban la gloriosa Italia antigua con la sierva Italia presente. La tierra de los milagros no era ya en el planeta sino lo que la Via Apia en la desolada campiña romana, la tierra de los sepulcros. El griego Ugo Foscolo, en versos de tal relieve, que parecian esculpidos, obra digna del cincel de su patria, mostraba todas las glorias italianas reducidas á cenizas y á sombras, guardadas en las tumbas. La vergüenza encendia las megillas de los patriotas. La literatura era una eterna elegía, la música, dictada por la nostaljia de la libertad, una lamentacion eterna. Solo el Miserere de Palestina podia expresar tanto dolor, y al Miserere de Palestina se asemejaba, á la plegaria de los israelistas, de Rossini, invocando al Dios de la libertad para que pusiera término á su cautiverio. Cuando el viajero visitaba los grandes museos, y al llegar á las galerías de Florencia miraba el grupo de Niobe desesperada, circuida de sus hijos muertos por invisibles y misteriosas flechas, decia involuntariamente: hé ahí la imágen de Italia.

Algun escritor habia tan paciente que predicaba, en medio del cautiverio, la resignacion. Pero la democracia italiana se encendia en ira, en vergüenza, y predicaba la accion, la accion, siempre la accion. Ya que á la luz pública su obra era un crímen, reuníanse los demócratas en secreto. Los carbonarios, que provenian de los tiempos de Murat, organizados en ventas, compuestas de veinte afiliados, y por misteriosas gerarquías estendidos en la península y hasta en muchas otras naciones, juraban matar al perjuro y morir si era preciso por traer la República cristiana sobre la opresa tierra. De aquí los Adelfos, ó hermanos; los protectores republicanos y los ausones, los más atrevidos, proponiendo que la soberanía residiera en la universalidad de los ciudadanos; que la libertad del individuo solo tuviera por límite la misma libertad en los demás; que ninguna diferencia de derechos naciese de la diferencia de estados y condiciones; que se aboliese la religion oficial, dejando libre al espíritu para creer y libre á la palabra para defender las creencias; que veintiun estados soberanos compusieran Italia y se gobernaran por una Asamblea central en per-

fectísima República. Si á estas ideas se mezclaban algunas originales ó extrañas, como el patriarcado del Papa y la eleccion de los arzobispos por el pueblo, debe atenderse para explicarla á las tradiciones históricas de Italia. El fondo de estas doctrinas, en las cuales se ha educado una gran parte de las generaciones republicanas, que todavía en Italia viven, era la más pura é íntegra democracia.

Mientras se formulaban de esta suerte las nuevas ideas y se reunian fuerzas para realizarlas, estalló la Revolucion de 1820 en España. Esta revolucion tuvo grande resonancia en Italia. El Piamonte al Norte, Nápoles al Mediodía, reclamaron la Constitucion española. Pasó esta revolucion fugazmente, aplastada por los croatas. Y como ninguno de los movimientos legítimos de los pueblos se malogran, quedó, no obstante sus desgracias, de esta revolucion la centella encendida en la península helénica que diera de sí la libertad y la independencia de Grecia. Mas el siglo presente es el siglo de las revoluciones. Cuando apenas se acaba de conseguir una reaccion, al parecer poderosa, viene una accion revolucionaria y progresiva. Tienen las ideas como las aguas del

Océano su flujo y su reflujo; pero en cada una de estas oscilaciones adelantan. Tras la reaccion de 1823 viene la accion de 1830. Y en los relámpagos de estos dias revolucionarios dibújase el génio republicano, por excelencia, de Italia, el que ha sostenido la idea con más calor y la ha organizado con más fuerza, el inmortal Mazzini.

Muchas faltas le han echado en cara sus enemigos. Pero á nuestros ojos, la falta grave de Mazzini consiste en dar fuerza sobrada al Estado, y absorbente unidad á la nacion. Pero en tierra tan rica de ideas como Italia, no debian faltar tendencias federalistas. Las concentró en sistema, las razonó en argumentacion vigorosa un gran filósofo, escritor de pensamientos originales y de atractivo estilo, Ferrari. Así como el republicano unitario ha vivido para la accion, el republicano federal ha vivido para el pensamiento. Aquel fué siempre un conjurado, y éste siempre un catedrático. Mazzini perteneció toda su vida á la filosofía trascendental, que más allá de los séres condicionales y relativos ve el sér absoluto; más allá del organismo el espíritu; mas allá del Universo Dios; más allá del código natural el código de la

Providencia; en tanto que Ferrari perteneció siempre á la filosofía humana, inmanente; que sigue el curso de las ideas, sus contradiciones y sus síntesis; que estudia el ser y sus leyes, la sociedad y su vida sin curarse de la extension que ideas, séres, razon, vida, puedan tener en otras esferas, en otros cielos. Mazzini jamás ha renunciado á lo fundamental de los dogmas cristianos; y Ferrari siempre ha creido que el cristianismo es fase eclipsada del espíritu humano; y que sus santos, sus sacerdotes, sus pontífices, solo sirven para hacer de la razon grosero conjunto de entelechias, y de la naturaleza engañador poema de mágia. En los dias en que Mazzini más ha necesitado la popularidad, ha combatido más el socialismo; y Ferrari, que nunca ha pedido ni necesitado la popularidad, porque es hombre de pensamiento y no de accion, de ciencia y no de política, de universidad y no de asamblea, ve en el fondo de todas las revoluciones humanas, como en las antiguas revoluciones de Roma, una ley agraria. Y sin embargo, su filosofía social tiene algo de desgarradora y de fatalista. Parece escrita contra la utopia, y como creia Proudhon, contra el influ-

jo de los sistemas ideales sobre la vida social. No se rije el mundo, segun Ferrari, ni por la idea, ni por la justicia, ni por el derecho; se rije por leyes más mecánicas, por fuerzas mas materiales, por contradiciones, por guerras, por una contínua revolucion universal, sincrónica, en que las castas, las teocracias, los héroes, los filósofos, los redentores, los pontífices, las aristocracias militares, los cónsules y alcaldes de los municipios, los reyes absolutos, las democracias revolucionarias, unas generaciones en oposicion de ideas y de espíritu á otras generaciones, se suceden como las estaciones en el planeta, como las fases en el satélite. A pesar de estas ideas, que ahora no es ocasion de juzgar, la honra de Ferrari consiste en haber demostrado en la historia de Italia la fecundidad de la vida municipal y en la historia del mundo la virtud del federalismo. Ha llevado esta idea del club á la universidad, de la universidad al parlamento, y con grande valor la ha sostenido cuanto Italia se entregaba con mayor desenfreno á su adoracion por la unidad. Y en efecto, las ciudades republicanas han sido las reveladoras de la ciencia, las maestras de la vida;

los eslabònes que las unen y forman como guirnalda de aromáticas flores en torno de la historia.

Las tribus de Israel allá en el Asia; las ciudades griegas en el Oriente de la tierra y de la historia europea; las colonias helénicas levantadas como dos coros de Sybilas en las dos riberas del Mediterráneo; los municipios latinos; las repúblicas italianas en la Edad media, que son como los museos y las academias del género humano; los Estados de Holanda y los cantones de Suiza; las ciudades hanseáticas de Alemania ; la libre América del Norte, nos han dado la idea metafísica y la ley moral en que la humanidad se educara, el cincel con que hemos tallado las estátuas , la paleta de donde han surgido los cuadros, las ciencias filosóficas y las ciencias naturales,. la poesía y la música, el derecho civil y el derecho político, la conclusion de la servidumbre y el principio de la vida independiente, la libertad religiosa y la invencion de la imprenta, la brújula que ha dominado los mares y el telescopio que ha agrandado los cielos, el derecho fundamental humano y el gobierno de la sociedad por sus leyes naturales y propias, el va-

por y la electricidad que han de unir sobre la faz de la tierra bajo el ideal de la justicia, todos los pueblos en una confederacion universal, que encierre el espíritu humano libre, luminoso, íntegro como un resplandor de Dios en el universo.

Pero ¡ah! que en Italia la federacion y la república no han podido prevalecer, ni prevalecerán en mucho tiempo. Y sin embargo, no hay en el mundo pueblo alguno donde la democracia, donde la República hayan tenido defensores tan ilustres. ¿Los buscais en la esfera del pensamiento? Mazzini, Ferrari, son universalmente conocidos y admirados. Tommaseo, un gran escritor; Guerazzi, un gran novelista; Montanelli, un gran poeta; no se han contentado con escribir y encender los corazones, y abrillantar las conciencias y abrir horizontes de esperanza y de fé á los ojos del pueblo en aquella Venecia y en aquella Florencia, nunca decaidas, nunca agotadas, sino que han ido á los campos de batalla, han peleado como cruzados de la libertad, han caido bajo montones de muertos, han pasado su vida en las conjuraciones de las sociedades secretas, en las tempestades de la oposicion, en las tristes asperezas

del gobierno, en el fondo de los calabozos, en las amarguras del destierro; sostenidos por el ideal de la República y por el amor á la patria. En la pura esfera del arte Leopardi ha evocado el amor á la libertad, comparando la antigua pujanza romana dominadora con la decadencia italiana dominada, y Nicolini ha presentado en Arnaldo de Brescia la libertad de pensar y la República democrática irguiéndose sobre las ruinas de Roma.

Y si de la esfera del pensamiento descendemos á la esfera de la accion, nadie ha sabido organizar como los italianos sociedades republicanas. Los carbonarios llegaron á extenderse por el mundo. La jóven Italia creó legiones inmortales de incansables defensores del derecho. Cada ciudad daba un hombre de accion: Niza Garibaldi, Venecia Manin; Génova Mazzini, Nápoles Poerio, Florencia Dolfi. Los movimientos se sucedian sin ninguna interrupcion, como para mostrar la tenacidad de una raza tenida por artista, impresionable, nerviosa, ligera. En 1820 y 1821 revolucion de Nápoles y Sicilia. En seguida revolucion del Piamonte. Las ideas de España pasan como una

brisa de esperanza sobre la yerta Italia. Despues de 1830 audaz espedicion mazziniana á Saboya, levantamiento en Parma y Módena; dos sublevaciones seguidas en los indómitos pueblos de Romanía. Más tarde, aunque no habia esperanza, ya salian los revolucionarios de los cantones del Tesino, ya del Africa, ya de las islas griegas á besar el suelo de la patria y á poner en algun risco enhiesta la bandera de la emancipacion, regándola con su sangre. En 1848 extremecimiento general. Las ideas nuevas suben á todas las conciencias; el antiguo valor renace en todos los corazones. A la transfiguracion del Pontificado en Pio IX suceden grandes conmociones en Liorna, una revolucion radical en Sicilia. Al grito de la República en París diríase que hasta las generaciones muertas se despertaban en sus sepulcros, resucitadas por la libertad. Milan pelea heróicamente y arroja á los austriacos; Venecia se incorpora en sus lagunas y vuelve á pronunciar el nombre de República, prestigioso talisman de su gloria; el Piamonte pone la espada de la guerra en manos de sus reyes y los arroja contra el Austria; Génova recuerda que ha sido con la República libre, y poderosa y

rica; el viento de las nuevas ideas agita á la mercantil Liorna y levanta la fúnebre tierra de la muerta Pisa; Florencia expulsa sus archiduques y convoca sus antiguas Asambleas para que proclamen la forma de gobierno á que ha debido su explendor en la historia, mientras que el espíritu romano deja de ser aquel fuego fátuo perdido en los sepulcros, y escribe con la nueva luz sobre sus monumentos, abandonados por los pontífices, dos sublimes palabras que saluda en coro universal toda Italia: Dios y Pueblo.

¿Cómo nacion así, parece hoy resignada á su monarquía? Miremos dos grandes caractéres y ellos nos darán la clave de esta situacion extraordinaria. ¿Quién no se acuerda, quién, de Venecia? Ciudad tal vez única en el mundo, levantada sobre la arena movible de las lagunas, cambiante como el aluvion de las inundaciones, y firme, incansable en el trabajo de presentar sus ofrendas en el templo de la cultura universal. Poblada por los latinos que huian de las irrupciones de Atila y por los griegos que huian del despotismo de Bizancio y de la cimitarra de los turcos; situada en la interseccion del mundo helénico, del mundo germánico y del

mundo romano; levantada en la península italiana, á las puertas del Oriente, como una Sibila de la Atica á la entrada de un templo del Asia; oyendo todos los misterios de la cuna de las religiones y grabándolos en las tablas de sus archivos; ásilo hospitalario de los mayores génios del Renacimiento y de los sabios que traian desde las antiguas ciudades caidas en la esclavitud los bajos relieves de las artes plásticas; factoría del comercio y escuela de las inteligencias; rodeada de su cintura de islas que cada cual le enviaba en sus saludos sus inspiraciones; entregada al trabajo en la noche de la Edad media, cuando el resto del mundo se entregaba á la penitencia en los claustros; servida por ejércitos de doradas naves, que traian en sus vientres los productos de todas las regiones y en sus rizadas velas el aliento de todas las ideas; con el Adriático al frente, los verdes campos en torno, los nevados Alpes á la espalda; surcada de aquellos canales donde el mar reluce con sus celestes aguas recamadas de espumas, repitiendo al pié de los sombríos muros de sus edificios, todos los prodigios de la luz caida de incomparable cielo; ornada con toda la série de

las maravillas arquitectónicas, desde el encaje de las cinceladuras árabes hasta la severidad de las columnas griegas; desde los arcos bizantinos que parecen implantados por toda una eternidad en la tierra, hasta las cúpulas góticas recamadas por cresterías que aspiran eternamente al cielo; por sus artes, por sus riquezas, por sus lagunas atravesadas de escuadras, por sus canales atravesados de góndolas : Venecia es la ciudad más privilegiada de la tierra; una sirena griega y una sacerdotisa asiática; reina y trabajadora; poeta y comerciante; el reflejo del mundo antiguo y el milagro del mundo moderno donde irán todas las generaciones siempre que quieran inspirarse en la contemplacion de las edades pasadas, y en los misterios de la poesía, que se desprenden como una esencia aromática de su viviente historia.

Pues una de las mayores glorias de Venecia fué Manin. El fundó la República en 1848. Íntegro como la conciencia humana, se propuso ir al bien por el camino del bien y realizar una revolucion sin escesos. Su carácter templado en las grandes ideas de justicia, logró que la República no se empa-

ñára con ninguna sombra. Cuando otros creyeron que para la defensa nacional convenia entregar Venecia al rey del Piamonte, Manin dejó el gobierno. Cuando el rey del Piamente cedió Venecia al Austria, Manin tomó de nuevo el gobierno bajo la advocacion de la República, y sostuvo un heróico sitio contra el Austria vencedora, sitio que contarán todas las generaciones entre las glorias de la inmortal ciudad. El nombre de Manin estaba indisolublemente unido á la República. El corazon de Manin estaba separado de la casa de Saboya. Pero en el destierro, bajo el plomizo cielo de París, entre los quejidos de su hija Emilia que se moria de dolor en el corazon, afligido por la nostaljia, sostenia Manin que sobre todo está la patria; y que era necesario crearla aunque violentasen los republicanos su voluntad poniéndose á las órdenes de los reyes del Piamonte.

Igual conducta siguió Garibaldi, el tipo de la abnegacion y del heroismo, el soldado de la libertad en América, el audaz navegante que ilustra con sus hazañas las aguas del Plata, el defensor de Roma, el perseguido en la inmortal retirada de Venecia, el guer-

rillero de los Alpes, el espedicionario de Marsala, el vencedor de Palermo, de Nápoles, el piloto, el campesino sublime que teniendo una corona en sus manos, la arroja á los piés de los reyes y huye á la solitaria isla del Mediterráneo, de donde no saldrá sino cuando crea necesario combatir solo ó acompañado, en propia ó extraña tierra, sin mirar los obstáculos sin contar los enemigos; inflexible como el deber, y sencillo como el génio, por las dos ideas que habian sido la religion de su gloriosa existencia, por la humanidad y por la patria.

¿Mas será posible que Italia abandone para siempre la causa de la República?— Yo no lo creo, yo no lo espero. Su génio político la llevó á comprender que no podia ganar la independencia sino con alianzas, que no podia encontrar alianzas sino por la diplomacia, que no podia entrar en la diplomacia sino por medio de la monarquía. En uno de los discursos pronunciados por mí en el Congreso español acerca de la política italiana, califiqué así el empeño con que Italia ha buscado siempre la alianza de todos los poderes y de todas las naciones para fundar su libertad y su independencia, para

recabar el trono perdido desde los comienzos de la historia moderna:

Desde la Beatrice, que se desvanece en el cielo; la hermosa Laura por que ha suspirado el génio, la Julietta, yerta en su lecho de mármol y ceñida con su corona de desposada; hasta las cadencias plañideras escapadas de las áureas liras de los grandes cantores, Palestrina, Bellini, que parecen los poetas de la nostaljia, son como formas varias que para seducir al mundo toma Italia, pobre Antígona, que va llorando de puerta en puerta para alimentar al Edipo de los pueblos, al rey destronado y ciego. Italia se arrastrára á los piés de todos los poderosos, siendo racionalista antes de sazon con Arnaldo de Brescia; católica y pontificia con Alejandro III y con Julio II; imperialista y tudesca con Enrique V y con Federico II; francesa con Cárlos VIII y con Luis XII; española con Pedro III y Alfonso V; penitente monástica, cenobita, mística, mártir con Savonarola; vacante, ébria, envenenadora, sensual con los Estes y los Borgias; ateniense, artística con Leon X; criminal, sin conciencia, sin justicia, sin derechos, pronta á todas las briboneŕias imaginables con Maquiave-

lo; güelfa ó gibelina segun sus esperanzas; mercantil, judía, usurera con los Médicis, y batalladora, pendenciera con los Orsinos, con los Colonnas y todos sus condottieris; enemiga de la Reforma, porque la Reforma elevaba la raza germánica, y amiga de los jesuitas porque los jesuitas le aseguraban por el Pontificado la supremacía sobre todas las naciones; clásica y cortesana como el reinado de Luis XIV; enemiga y aduladora de todas las naciones, mintiendo fé y adorando el cruel principio de la razon de Estado; dada á un tiempo á evocar los recuerdos paganos para restaurar su soberanía y á postrarse de hinojos ante las Madonas para buscar algun consuelo en su esclavitud; diplomática despues de Westphalia; republicana despues del 93; corriendo tras Napoleon con sus legiones, para ver morir á sus hijos en extranjero suelo y por extranjera causa; pronta á entregarse á los sanfedistas ó á los carbonarios, al papa ó á los reyes, á los duques ó á sus vasallos, al primero capaz de sacarla de su martirio que la obliga á poblar de estátuas, á empapar de armonías, á vestir de los matices del íris guardados en su paleta inmortal, los palacios de sus déspotas que son

sus propios calabozos, como el ruiseñor prisionero se ve obligado á regalar los oidos del bárbaro que impiamente lo ha arrancado al cielo de su libertad y al nido de sus amores

Pero Italia ha entrado ya en el número de las naciones independientes. Su resurreccion es el milagro del siglo como la resurreccion de Lázaro el milagro del Evangelio. En cada uno de los conflictos europeos Italia ha reivindicado algo de su despedazado territorio. En el conflicto entre Rusia y el Occidente consiguió el derecho á expresar sus quejas ante los congresos de Europa; en el conflicto entre Francia y Austria consiguió el Milanesado; en el conflicto entre Prusia y Austria el Véneto; en el conflicto entre Francia y Rusia la cúspide de su nacionalidad, la cima de su independencia, la eterna Roma. ¿Se habrá contentado con esto? ¿Querrá nacion tan grande ser meramente una modesta monarquía constitucional, viviendo en sí, para sí, del mundo alejada, y en su egoismo recluida? No; para esto solamente no han combatido sus hijos, no han poblado las fortalezas del Norte, no han comido el amargo pan ageno sobre la triste mesa del destierro, no han muerto á millares en los campos, en

los desfiladeros, donde aún blanquean los huesos de los mártires. Italia que tanto por el género humano hiciera en la esclavitud, en la desmembracion y en los calabozos, ¿no hará nada en la libertad, en la independencia? ¿No justificaría esto la idea de los que la imaginaban apta solamente para cantar, asegurando que era necesario arrancarle la independencia para que cantara mejor, como diz que los griegos arrancaban los ojos á los ruiseñores para que fueran más melancólicas y más inspiradas sus endechas?

Italia pretendió un tiempo la primacía sobre todas las naciones, y la pretendió hasta por medio del pontificado. Es evidente que su altísima educacion estética, esa educacion que se recoge allí hasta en las encrucijadas de los caminos y de las calles, le dan elevacion análoga en el mundo moderno á la que tuvo Grecia en el mundo antiguo. Si Italia se recoge dentro de sí, en su alma, y recuerda que dió la unidad civil á la sociedad antigua, la unidad espiritual á la sociedad moderna; si, tendiendo los ojos por su hermosísimo suelo ve esa multitud de obras que han sido como la escala por donde la humanidad ascendiera á mara-

villosas transfiguraciones y se iluminara en el verbo de las nuevas ideas; podrá no desconocer que necesita para seguir sus inmortales destinos, aliar el órden con la libertad, y que necesita para aliar el órden con la libertad establecer sólida y definitivamente la República. Mas cuantos miramos á la realidad y sabemos las dificultades que en la realidad encuentran siempre las ideas, diremos á Italia que funde su República cuando esté segura de poder conservarla, que la funde con oportunidad y con prudencia.

CAPÍTULO VI.

PROBLEMAS RELIGIOSOS Y POLÍTICOS.

Madrid, Febrero de 1872.

La residencia del Papa es uno de los problemas que hoy embarga la mente de los pueblos. Y la residencia del Papa no puede considerarse asunto de poca gravedad para los latinos. Nuestra religion es dogma y es disciplina, liturgia. El dogma ha nacido en Jerusalen, y se ha afirmado y se ha definido en Alejandría, en Constantinopla, en Nicea, en Oriente; mientras que la liturgia, la disciplina, el organismo de la Iglesia es obra exclusiva de Roma. Por eso nuestra religion es romana. Quitad el Papa de Roma y habeis quitado gran parte de su carácter á la religion católica. El mundo no ha olvidado todavía los cismas que produjo la reti-

rada del pontificado á la tierra semi-italiana de Avignon. Por esto sin duda las almas piadosas de un lado y de otro los estadistas, que para gobernar á los pueblos juzgan y pesan todos los sentimientos, pregúntanse á una: ¿cambiará el Papa de residencia?

Nadie lo sabe. Hace pocos dias Pio IX se paseaba por los salones de la Biblioteca Vaticana. De aquel ejército, á tanta costa reunido, y con tan grande facilidad disperso, quédanle solamente los suizos, soldados con ropilla y bombachos de bayeta á tiras negras, amarillas y encarnadas, que Rafael dibujó en tiempos de Julio II, y que todavía llevan sus relucientes alabardas al lado de los Papas. Pero las tropas italianas cercan materialmente al Vaticano y su Basílica. Tras la iglesia, por el lado del campo, hay una guardia de Víctor Manuel; á la entrada de la Columnata del Bernino otra guardia, y otra al pié del hermoso Belvedere, donde está el Apolo, y desde cuyas galerías se descubre la Ciudad Eterna con sus trescientas cúpulas, con sus cordilleras de ruinas, con sus melancólicas guirnaldas de cipreses. Los suizos se asomaron al Belvedere, y los italianos les dijeron algunos insultos. Devol-

viéronles doblados los suizos, y los italianos apuntaron sus armas, segun unos, al pasar el Papa, segun otros, cuando el Papa estaba ya en la biblioteca. De todos modos, el hecho ha causado profunda emocion, y el gobierno ha tenido que castigar á los guardias irreverentes.

Pero, ¿se irá el Papa? Tambien aquí las versiones varian. Es version francesa que se refugia en Pau ó en las islas de Hyeres, y version alemana que se refugia en Austria. *La Unidad Católica*, publicacion de exaltado ultramontanismo, obra magna de los jesuitas, propone á sus lectores una manera de suscricion que le permita seguir al Pontífice romano en sus peregrinaciones y tomar un carácter nómada. El emperador del Brasil, que quiso interceder para una reconciliacion entre la Roma pontificia y la Roma monárquica, entre güelfos y gibelinos, fué implacablemente deshauciado. El Memorandum de Thiers ante la Cámara, que dijo algunas vagas frases de amistad á unos y otros, fué muy friamente acogido por todos. La actitud de Prusia con los obispos ortodoxos y con los sacerdotes herejes, considérase en San Pedro como una alianza entre el emperador

protestante de Alemania y el monarca gibelino de Italia. Nómbranse nuevos obispos en los consistorios para Italia, y se creen los nombrados en el caso de prescindir por completo de la autoridad civil. Se les niegan las rentas oficiales y acuden á las cuestaciones públicas; se les cierran los palacios, como propiedad que son del Estado, y viven expléndidamente en las mejores viviendas de los ultramontanos ricos. A cada manifestacion del Quirinal responde otra manifestacion del Vaticano. Ábrense las Cámaras, y mientras el cañon retumba y el rey habla, levanta Pio IX, á presencia de numerosas diputaciones católicas, los ojos y los brazos al cielo para invocar á Dios y ponerle por testigo de que nunca pactará con la rebelion y con las herejías. A principios de Diciembre el Papa habló á los habitantes del barrio Repeta, que le mandaban una diputacion, diciéndoles palabras amarguísimas contra el nuevo gobierno. Las terribles profecías del Apocalipsis anunciando que las estrellas se desengarzarán de su centro de gravedad y se dispersarán en cenizas por los espacios infinitos, frios y oscuros como un paño mortuorio, parecíanle anticipada imágen de la

Roma de hoy, sobre la cual ha caido la caliginosa noche del error. No sabiendo á quién volverse en su indignacion, llamaba al Moisés de Miguel Angel para que irguiera su estatura de Titon, tomára sus tablas de piedra y las rompiera sobre el cráneo de aquellos que han abrigado una idea tan funesta como la idea de reconciliar la Roma pontificia y católica con sus implacables enemigos, los cuales han puesto sobre los altares perfumados de incienso calderas de pestilencia. No acabaria nunca si hubiera de traer aquí todas las pruebas que á cada paso se encuentran de la irreconciliable enemiga entre el monarca y el Papa. Mas Pio IX padece el error de todos los viejos poderes; cree que una conjuracion, y sólo una conjuracion, ha matado su autoridad política, su poder temporal; cuando la verdad es que su autoridad política, su poder temporal han muerto desorganizados por carecer del espíritu que en otro tiempo lo animara. El mundo fué lactado por la teocrácia. Pero el mundo ha crecido mucho, y en su virilidad presente no quiere, no, el pecho de su nodriza. Ha muerto el poder temporal de los Papas.

La agitacion religiosa de Alemania, ni

se interrumpe ni cede. Los gobiernos del Mediodía han creido que necesitaban facultades represivas para contener las iras de los ultramontanos y las han fuertemente empleado. Yo condenaré siempre toda medida que tienda á cohibir el pensamiento. Los ultramontanos tienen derecho perfecto á la expresion de sus ideas, á decir que el Papa debe reinar sobre los reyes y que el mundo debe tener por única ley civil las leyes canónicas. Inmediatamente que se da una idea en la conciencia, se da tambien su contraria. Y por consiguiente, toda ley que tienda á destruir alguna manifestacion de las ideas, no solamente viola un derecho, sino que desconoce por completo la naturaleza del hombre, y de consiguiente la naturaleza de la sociedad. El canónigo Doellinger, que está á la cabeza de la agitacion cismática alemana, es un escritor y un orador de verdadero mérito. Y él, que en la Asamblea de Francfort ha defendido la separacion de la Iglesia y el Estado, debe defender hoy el derecho de los obispos á decir sus ideas y á fulminar sus excomuniones. El partido liberal de España acaba de dar en esto un ejemplo digno de seguirse. En ningun par-

tido análogo de Europa son las comunidades religiosas tan impopulares como entre los liberales de España. La expulsion de los frailes en España es la escena de nuestras largas revoluciones que más recuerda los horrores de la Revolucion francesa. Yo he visto hábitos franciscanos, carmelitas en París; yo ni en épocas de reaccion he visto hábitos por las calles de Madrid. Sin embargo, como nuestra Constitucion tiene á su frente los derechos fundamentales humanos, creemos nosotros, proclamamos nosotros, que no hay facultades en el Estado, que no hay competencia en los poderes públicos á impedir la congregacion de personas inspiradas por la misma idea, sostenidas por la misma fé, las cuales renunciando á la sociedad y á sus goces, se consagren con decision completa, incontrastable, á los ejercicios piadosos, al ayuno, á la penitencia, á elevar su alma desde el polvo de la tierra al cielo por la oracion, y traer el cielo sobre la tierra entre los espejismos deslumbradores de la fé. Todas las ideas, todas las más opuestas á la razon, las más contrarias al derecho, deben correr libremente si queremos que engendre grandes verdades la conciencia huma-

na, la cual solo se desarrolla, y crece, y es fecunda en el combate y en el trabajo.

El canónigo Doellinger, al tomar posesion de su alto cargo en la universidad de Munich, ha pronunciado un discurso que, dicho en apariencia contra Francia, es una ática reconvencion á la militar Alemania. En este discurso se recuerda que decaen los pueblos de empedernido corazon, de excesivo patriotismo, dispuestos siempre á amenazar á sus vecinos con los horrores de la conquista y mantenedores de ejércitos excesivos para desencadenar sobre el mundo los pestíferos azotes de la guerra. En efecto, los imperios militares que á manera de las aristocracias teocráticas se comprenden allá en las épocas semi-bárbaras, cuando el espíritu humano se halla tan cerrado á la luz, que es saludable abrirlo á la luz hasta por medio de la guerra, como hizo Alejandro en Oriente y Carlo Magno en Occidente; los imperios militares, en civilizaciones adelantadas, en períodos de cultura intelectual grande, sólo sirven para traer sobre los pueblos, ó vida apoplética ó decrepitud prematura, y de todos modos larga ó brevemente muerte cierta.

Y por eso yo no puedo perdonar á un

hombre de la alta, de la vasta inteligencia de Bismarck y sus exclarecidos talentos políticos, que mantenga con tanta insistencia el furor guerrero en Alemania. Él ha conseguido que se conserve ese patrimonio particular del emperador, cuyo único fin es ocurrir á las primeras eventualidades de la guerra. Él ha hecho que el contingente militar germánico se mantenga á una altura tal, que no parece sino que mañana mismo estallará una conflagracion que incendie toda Europa. Él ha enviado sus militares, ébrios de sangre, sus generales de estado mayor á Rusia, para que desarmen al príncipe heredero, jefe del partido moscovita, y halaguen al emperador reinante, jefe del partido aleman: Él ha dirigido al pueblo francés, derrotado, caido cuando agota sus recursos para pagar el precio enorme de su rescate, cuando trabaja para libertarse de esa ignominia, que vemos y dudamos, de esa ignominia de la ocupacion extranjera; él ¡ay! le ha dirigido palabras acerbas que recuerdan un poco las irreverentes dirigidas por Napoleon el Grande á la reina de Prusia fugitiva; palabras de desvanecimiento, de orgullo, de violencia, expiadas terriblemente siempre en la histo-

ria. ¡Ah! Una Alemania armada, imperial, gótica; sin aquella libertad de pensar, que era el secreto de su genio; sin aquella variedad federal, que era el secreto de su vida; ese delirio de combate y de dominacion, lejos de ser un órgano necesario al progreso humano será un órgano perjudicial; y tarde ó temprano habrá de pasarle fatalmente, lo que le pasa á todos los poderes perturbadores en el mundo, habrá de pasarle que sobre locuras como la locura de las imposiciones á Prusia despues de Jena, y de las imposiciones á Méjico despues de Puebla, vienen la ruina y la muerte.

CAPÍTULO VII.

EMPRÉSTITOS Y CUENTAS DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

¡Grande sesion á la verdad aquella, en que el ministro de Hacienda notificó á la Asamblea, que la República habia encontrado, para acelerar el rescate de su territorio, dinero en cantidad jamás soñada ni por la más brillante y la más segura monarquía. La República en Francia es un elemento de paz en Europa. Los imperios están profundamente interesados en remitir todas sus cuestiones á la guerra; y las democracias profundamente interesadas en remitir todas sus cuestiones á la paz. Cuanto más libres, más pacíficos son los pueblos. Mirad cómo se ha resuelto por una sentencia el conflicto entre Inglaterra y los Estados-Unidos. El con-

flicto entre Francia y Prusia no podia dejar de resolverse en una guerra, porque dos dinastías imperiales demandaban esos grandes sacrificios humanos, como los antiguos dioses antropófagos, para su poder y para su gloria, mientras que el conflicto entre la Gran Bretaña y los Estados-Unidos debia resolverse en arbitrajes y en pactos, porque dos pueblos libres pasan por todo antes de sacrificar al último de sus ciudadanos, al último de sus hijos. La casi totalidad de los pueblos americanos se ha constituido en República. Las dificultades propias de una reciente independencia, los hábitos inveterados del antiguo régimen colonial, los peligros que rodean á las instituciones democráticas les han traido perturbaciones civiles, cada dia menores á medida que aparecen generaciones educadas en la República y en la libertad. Pero si estas guerras de los ciudadanos entre sí son frecuentes, las guerras entre Repúblicas son cada dia más raras. Y hay en el Sur de América un solo imperio; y este imperio, despues de haber provocado y mantenido la guerra del Paraguay, amenaza hoy con otra guerra á la República argentina, como si los emperadores, aún los más liberales, no pu-

dieran vivir sino entre ruinas, incendios y matanzas.

La paz del mundo exige, pues, que Francia sea una República, y una República democrática. Las naciones imperiales se hallan organizadas para la guerra. *Imperator* quiere decir general. Las naciones democráticas, las naciones republicanas, se hallan organizadas para la paz. Son naciones donde predomina el sentido jurídico. Y no quiere decir esto que no sean naciones dispuestas á la guerra, sobre todo á la guerra en defensa de sus libertades y de sus hogares. En una guerra defensiva casi siempre vencen los pueblos descentralizados á los imperios más fuertes, como Grecia venció á los reyes de Persia, como Suiza á los duques de Austria, como las ciudades güelfas de Italia á los emperadores gibelinos de Alemania, como la pequeña Holanda de Guillermo de Orange á la inmensa España de Felipe II, como esta misma España, sin reyes, sin gobierno central casi, dirigida por una Asamblea que se refugió en los escollos últimos de la Península, donde viene á estrellarse el Océano infinito, gobernada en realidad por las Juntasde salvacion y de armamento por

cada provincia nombradas, venció en esta rápida federacion democrática á Napoleon I, al más grande entre todos los guerreros que habian visto los siglos.

Cada uno de estos movimientos políticos, de estos movimientos económicos que dan garantías á los grandes y legítimos intereses, así como garantías al órden y á la libertad, aseguran más el establecimiento de la República en Francia. Una verdadera emocion se apoderó de los ánimos cuando el ministro de Hacienda subia á la tribuna para referir los resultados del empréstito. La Cámara guardaba profundísimo silencio. El ministro dijo que la nacion habia pedido tres mil millones y encontrado cuarenta y un mil. Ruidosa, inmensa aclamacion acogió esta nueva. Notóse, sin embargo, que mientras el entusiasmo de la izquierda era indecible, llegando á los mayores extremos, la derecha se contenia en amenazadora reserva como si comprendiese que el fabuloso éxito del empréstito significaba una inmensa derrota para la monarquía. Solo salió de esta reserva cuando el ministro de Hacienda invocó el nombre de Dios, como si el nombre de Dios y el nombre del rey pudieran ser sinó-

nimos en ninguna lengua. Y su actitud llegó á pasar de la reserva á la hostilidad en el momento en que, para resumir todos los pensamientos invocó el nombre de la República, bajo cuyo amparo ha podido Francia rescatarse de la infame servidumbre á que la condenaran los errores irreparables de la monarquía.

No quitemos á la especulacion toda la parte que ha tenido en este colosal empréstito. Convengamos en el aforismo económico que el *Times* asienta con esa práctica inteligencia de los comerciantes de la City de Lóndres: «si el empréstito tuvo tanto éxito, fué por ser favorable á los especuladores y gravoso á los contribuyentes.» Participemos hasta del terror que sobrecoge á este órgano del comercio universal, siempre que se para á pensar en las consecuencias que puede traer la entrega de setecientos cincuenta millones para este año y de mil millones para el año próximo, sobre todo si el gobierno aleman los retira de la circulacion y los encajona, como parte de las pasadas entregas, en los Bancos. Todo esto puede ser verdad, y no quitar fuerza á nuestras reflexiones sobre la virtud de la República. Todos

convenian, todos ya, en que esta forma de gobierno, por su publicidad, por su responsabilidad, aventajaba moralmente, y con creces, á la monarquía. Pero al mismo tiempo añadian que la República económicamente era imposible, de toda imposibilidad. Clases enteras le decian á Thiers que estaban decididas á llevar sus fondos y sus alhajas allende la frontera, si Thiers persistia en conservar la forma republicana. Se ha conservado esta forma de gobierno; el poder no es hereditario, de casta, sino amovible, responsable, nacido del sufragio universal; y ese poder tiene un crédito tan extraordinario que pide tres mil millones adelantados y encuentra cuarenta y un mil millones. ¿Y ésto no prueba ya terminantemente que la República ha triunfado de todas las preocupaciones y ha vencido todos los terrores?

Lástima grande que esta sesion admirable fuera contrastada por una sesión lastimosa, lastimosísima, al dia siguiente. La derecha de la Cámara se ha empeñado en que ha de arruinar hasta la honra de la izquierda, y busca para ello las cuestiones más graves, las cuestiones de dinero y de intereses. Sabido es que Francia se encontró en los ma-

yores apuros despues de la instalacion del gobierno republicano. Casi todo su material de guerra habia sido entregado al enemigo en las infames capitulaciones de Metz, ó encerrado en los asedios de Strasburgo de Metz, de Paris. El imperio, despues de vencido, habia abandonado al extranjero honor y recursos. Todo estaba perdido cuando Gambetta salió de París en globo; y llegando á Tours tomó en sus manos la dictadura política y la dictadura militar. ¿Qué hacer en tal extremo? Allegar medios. ¿A qué precio? Tratándose del honor, de la fortuna, de la integridad, de la independencia de la Francia, ningun precio, ninguno era crecido. La nacion francesa estaba sobre todas las conveniencias económicas. Un sitio en París, tres ejércitos avanzando sobre el Loira, la mayor parte de los generales franceses en el cautiverio, la Francia entera pendiente de un solo hombre; ¿y extrañaríamos que este hombre, rodeado de tantas dificultades, no tuviera medios muchas veces de averiguar la exactitud de sus cálculos, el precio de los fusiles y cañones, que á toda costa era necesario llevar al invadido suelo francés desde todos los mercados de mundo? Yo he conoci-

do á Gambetta en la época en que Gambetta era desconocido del mundo. Yo le he visto en el poder, y despues del poder, con la intimidad con que puede verse y tratarse á un hermano. Y yo declaro en Dios y en mi conciencia, que no he visto cambio alguno en su posicion, no solamente modesta, sino tambien apurada. Gambetta ha podido pecar de exceso de patriotismo y de confianza en sí mismo, y en su nacion, al cargar sobre sus hombros la pesada responsabilidad de rehacer lo que el imperio habia deshecho, y de salvar en veinte dias los errores y las faltas de veinte años. Pero Gambetta no ha pecado de inmoralidad, nó. Tenia la inteligencia demasiado llena de ideas generosas, el corazon demasiado henchido de grandes sentimientos para pensar en el propio enriquecimiento, en la propia fortuna. En vez de tribuno de ese temple, y de orador de esa altura, seria un miserable si hubiera sacado su propia fortuna de los desastres de su patria.

El químico Naguet, secretario de la comision para compra de armas, explicó, si no justificó, algunas irregularidades que se le habian atribuido y algun exceso de precio, que nacia de las circunstancias y no de la

voluntad ni de la circunstancia de todos aquellos á quienes habia caido en suerte el espinoso ministerio de armar á Francia.

El duque de Audrifert-Paquier, presidente de la comision, que debia informar, subió á la tribuna. Él, siempre sereno, estaba pálido; él, siempre fácil, estaba balbuciente. Conocíase en su ademan y en su gesto, en su palabra y en su acento que le faltaba aquella serenidad de conciencia que tiene el juez; y le sobraba la pasion de partido. A cada paso, en vez de hablar de sus colegas con todas las consideraciones propias del compañerismo, hablaba como un fiscal de sus acusados; y en vez de dirigirse á un Parlamento, parecia dirigirse á un tribunal. Pero bajo estas apariencias de hombre de ley latia la pasion ciega del hombre de partido. Así es que se dirigió á la izquierda, increpóla duramente, recordó los discursos pronunciados á favor de la disolucion de aquella Asamblea, y atribuyó estos discursos á deseo de ver disuelta una Cámara decidida á exigir cuenta de todas las faltas y á imponer castigos por todas las concusiones. Naturalmente estas palabras produjeron el efecto que era de esperar en la Cámara. Dictadas

por el espíritu de partido, dirigidas á enemigos políticos, brotando del corazon apasionado y no de la conciencia serena, mezcladas con todos los asuntos y con todos los problemas que hoy más encienden los ánimos, provocaron sangrientas represalias de la izquierda, gritos descompasados, vociferaciones violentas, protestas ruidosas, y alguna vez hasta ademanes y gestos que anunciaban golpes y violencias. En algunos instantes los ugieres de la Cámara hubieron de interponerse entre la persona del duque de Audrifet y los brazos de diputados como Lacour y Jestelin, los cuales, heridos en lo mas íntimo de su honra, protestaban con el ardor propio de esas profundas heridas que llegan hasta el alma.

Por fin se levantó Gambetta. La arrogancia de su palabra estuvo á la altura de la tranquilidad de su alma. Valeroso, resuelto, derecho á su objeto, con la elocuencia propia de la virilidad de su corazon y de su inteligencia, asumió para sí toda la responsabilidad, absolutamente toda la responsabilidad de los contratos hechos por la delegacion de Tours. Demostró con claridad y elocuencia irrefragables que todas las calum-

nias asestadas contra su administracion se habian fundado en la confianza que le inspiraba Mr. Lecesne, principal encargado de las compras y cuya probidad, cuya competencia habian sido universalmente reconocidas y demostradas. Luego se perdió en detalles, difusos para los oyentes, pero necesarios á la ilustracion de los hechos, hasta que concluyó pidiendo por tribunal jueces imparciales, independientes, irrecusables, y no enemigos, y enemigos apasionados.

En efecto, las asambleas deliberantes se hallan incapacitadas por su naturaleza, incapacitadas por su orígen, incapacitadas por su apasionamiento para ser tribunales de los hombres públicos. La política es su ley suprema. Absolveránlos si son sus amigos, condenaránlos inapelablemente si son sus enemigos. Luis XVI era justiciable á los ojos de la conciencia humana y á la letra de las leyes escritas. Habia conspirado para llevar á su patria la invasion extranjera; habia conspirado valiéndose de los medios y de las facultades que la patria misma pusiera en sus manos; y mientras subsista la pena de muerte, será reo de muerte aquel que abra su propia nacion al extranjero. Lo que invalidará

perpétuamente, sin embargo, su juicio, será que aquel juicio fué dictado por la pasion, fué manzana de discordia entre los partidos políticos, fué visto y decidido por una Asamblea compuesta en su totalidad de enemigos irreconciliables del monarca. Por eso en el organismo de las democracias modernas háse arbitrado la division de poderes. Por eso las Asambleas deliberantes legislan, dirigen la política, gobiernan si se quiere, pero no juzgan. La facultad de juzgar debe quedarse para cuerpos más imparciales, alzados en regiones más limpias y serenas, á donde no lleguen nuestras pasiones políticas. La derecha de la Asamblea de Versalles tiene interés en desacreditar á la izquierda; la izquierda de la Asamblea de Versalles interés en desacreditar á la derecha. Por consiguiente unos y otros se hallan incapacitados para ser jueces cuando son irreconciliables enemigos. No querrá la Providencia, nó, que el elocuente y enérgico jóven á cuyos talentos ha confiado los destinos de la República radical, frente á frente de Thiers, que representa la República conservadora, y cuyo nombre y cuyo prestigio verdaderamente indispensable á la grandeza de Francia, caiga inhabi-

litada por las calumnias de aquellos que despues de haberle impedido salvar á su patria, quisieran castigar ahora su decision, su energía y su patriotismo.

CAPITULO VIII.

LA DESORGANIZACION DE LA INTERNACIONAL.

Madrid Setiembre de 1872.

Desde 1870 hasta 1872 no se habia celebrado reunion de la Internacional. Los terribles sucesos de Europa, la revolucion comunera de Francia, impedian que la sociedad pudiese tener sus reuniones con aquellas seguridades indispensables al regular ejercicio tanto de la palabra libre como de la libre asociacion. Solo en Lóndres hubiera sido esto posible, y no es Lóndres por su posicion geográfica y su carestía, ciudad idónea á reunir delegados de pobres trabajadores. Entre tanto habian sucedido gravísimos acontecimientos. En Francia una ley draconiana persigue como criminal la asociacion que sea cualesquiera sus ideas ó sus errores se

consagra á los problemas capitales de nuestro tiempo, á los problemas del trabajo; y en España la naturaleza de la sociedad, el derecho de reunirse públicamente y á dilucidar sus asuntos y su sistema es objeto de grandes deliberaciones en las Cámaras y hasta causa de cambios en la política y en el gobierno.

Al mismo tiempo los periódicos del Norte anuncian que en esas entrevistas de los emperadores, no solo se tratará el asunto de Polonia, de Hungría, de Bohemia, de las relaciones entre los alemanes y los eslavos dentro del imperio austriaco, de la integridad del imperio turco, de la actitud que debe guardarse respecto á la presente República francesa y al futuro cónclave romano, sino que se tratará de la Internacional, y de la satisfaccion posible á las nobles aspiraciones de los trabajadores.

Pero no está ni en las leyes ni en los gobiernos la mayor dificultad que encuentra á su desarrollo la Internacional. El derecho público europeo se va confirmando, y la facultad de emitir las ideas y de asociar las fuerzas para resolver los problemas sociales va adquiriendo cada dia carta de naturaleza.

Pero hay utupias históricas que se le ocurren á los trabajadores como se le ocurren á los Césares y á los Pontífices. Una religion para todos ha dicho Roma. Y la ley de variedad ha desmentido dentro de la misma comunion cristiana esta utopia con cismas y herejías.

Una nacion para todos, han dicho los soldados de Alejandro, los soldados de César, los soldados de Carlo-Magno, los soldados de Cárlos V, los soldados de Napoleon el Grande. Y las variedades infinitas de pueblos y de razas han desvanecido este sueño del genio implantado en los campos de batalla por el hierro y el fuego. La misma solucion dèl problema social en todas partes, han dicho los internacionalistas. Y aparte ciertos principios de justicia, que son absolutos y eternos, la misma solucion del problema social para todos es una de las más fantásticas utopias que pueden pasar por el humano cerebro. La propiedad colectiva, comunes los instrumentos de trabajo; y esta fórmula es una fórmula que ha desaparecido de la civilizacion porque la civilizacion es multiforme, compleja, varia; y el comunismo solo puede cuadrar á sociedades nacien-

tes, y solo puede vencer por dictaduras informes.

Así es, que el único sistema propio para resolver los problemas sociales, para armonizar el capital y el trabajo, para dar á cada necesidad su satisfaccion perentoria, es el sistema que consagra, como principio inviolable, la libertad, y admite, como ley primera de vida la infinita variedad, es decir, la República. Pero no creais que una fórmula política basta solo á resolver un problema social. Son estos complicadísimos, dependen hasta de fatalidades incontrastables, como el clíma, como la situacion geográfica, como el medio histórico en que un pueblo se desarrolla. Medios iguales no pueden aplicarse á Inglaterra, por ejemplo, y á Galicia. Inglaterra necesita remedios contra la aglomeracion de la propiedad, y Galicia necesita remedios contra la subdivision de la propiedad. La cuestion social es esencialmente de intereses económicos, y los intereses económicos tienen una variedad infinita como todos los fines útiles de la vida. Hay leyes de justicia universales. Justo es, que todos vivan trabajando; justo es tambien que el trabajo comparta con el capital los productos y los

rendimientos de sus esfuerzos. Todo esto es suprema justicia. Pero bajo estos principios absolutos, bajo estas leyes universales, cabe una variedad infinita de medios para resolver el problema social; y esta variedad no ha sido apreciada por la Internacional proponiendo soluciones, cuyo carácter general repugna á la infinita variedad de la vida y cuyo carácter comunista repugna al espíritu de libertad encarnado en la moderna civilizacion.

Pero sea cualquiera nuestro juicio sobre la Internacional, no puede no dudarse del derecho pleno que tiene á expresar sus ideas y á reunirse para discutirlas y divulgarlas. Sin embargo, el gobierno de la República francesa ha enviado delegaciones de su numerosa policía para que celen á los ciudadanos franceses; y el gobierno de Holanda sin herir los derechos individuales, ha tomado tambien precauciones contra la Internacional. La revision de poderes ha sido secreta, mas á pesar del secreto, ha llegado á oidos de todos su carácter desordenado y tempestuoso Dentro de la Internacional hay constante rivalidad entre el elemento aleman dirigido por Marx, y el elemento esla-

vo dirigido por Bakouñini. Este, despues del Congreso de Berna, en que la democracia europea rechazó su progama, habia formado una sociedad, parte de la Internacional, y separada de la Internacional. Marx se oponia á esta trasformacion de la sociedad; primero porque alzaba las cuestiones políticas sobre las cuestiones sociales, despues porque revestia un carácter secreto contrario á las bases fundamentales de la propaganda colectivista.

Pero no hay solamente esta dificultad en los asuntos de la Internacional; hay otras muchas más graves. Los alemanes se han abrogado una verdadera dictadura presidida por Cárlos Marx. El gobierno de la sociedad es un gobierno centralizador, autoritario, dictatorial. Los trabajadores italianos, los trabajadores españoles tienen el mismo ideal para el organismo político de las sociedades modernas, tienen la federacion. Y teniendo por ideal la federacion no pueden consentir que el consejo de Lóndres tome ese carácter centralizador en oposicion abierta con todas sus ideas y todos sus intereses. De aquí polémicas apasionadas y violentas, divisiones contínuas, guerra abierta entre el centro

gubernamental y las diversas nacionalidades que constituyen la Internacional.

Y veáse cómo esa sociedad perece antes por una descomposicion interior que por las persecuciones del gobierno.

———

CAPITULO IX.

ZOZOBRAS.

Madrid Setiembre de 1872.

No creamos tan segura la paz de Europa. Cada una de las grandes naciones tiene bajo sus piés hondo abismo y sobre su cabeza rugiente tempestad. El Austria que era la clave de la estabilidad europea, es hoy un imperio náufrago. La alianza entre Austria y Rusia, es hoy un recuerdo que parece pertenecer á la antigua historia.

Los pueblos eslavos, imbuidos de leyendas y epopeyas, han confiado al Czar, al Mesías de su raza, el ministerio de elevarlos sobre todos los demás pueblos del Oriente, y redimirlos y vengarlos de la servidumbre que les han impuesto el imperio austriaco y el imperio turco. Y en estas confusas aspi-

raciones de superioridad, de predominio, hay muchas, muchísimas semillas de una espantosa y tremenda guerra.

Aun dentro del mismo imperio germánico, que parece tan fuerte, existen graves, gravísimos disentimientos. La unidad es verdaderamente ficticia. Los reyes vasallos no se congregan en torno de su emperador con aquella conformidad de miras y de sentimientos que exige el pensamiento de Prusia. Antes, cuando Austria se encontraba al frente de Alemania, su carácter histórico la hacia apta para dejar á los diversos Estados y á los diversos reyes su respectiva autonomía feudal. Así es que al pasar el emperador de Austria por las estaciones de Sajonia, el rey de esta region, disminuida en su independencia despues de la batalla de Sadowa, ha ido al encuentro de su antiguo soberano y le ha manifestado el dolor profundo que sentia por la triste pérdida del antiguo régimen. Al mismo tiempo, los otros reyes alemanes han mostrado idénticas tendencias. La obra de Prusia no es una obra perfecta, no es una odra acabada sin el concurso de Baviera, de Sajonia, de Wutemberg, que deben considerarse ántes como provincias alema-

nas que como Estados independientes. Así es que al ir los emperadores á Berlin, al preguntar por los reyes vasallos del imperio, habrán con extrañeza notado la ausencia de estos reyes. En Munich hace tiempo que predominan las ideas separatistas sobre las ideas unitarias, y el ministerio que hoy rige los destinos de aquel reino se distingue por su oposicion á la unidad prusiana en todo cuanto tiene de absorbente. La ausencia de esos reyes significa, pues, una protesta, y una protesta viva ante Europa de las tendencias demasiado avasalladoras que hoy arrastran á Prusia á creerse como verdadero imperio unitario, contra todo el torrente de la antigua é histórica individualidad germánica.

Dos principios dominan la sociedad como dominan el Universo; la unidad y la variedad. Estos dos principios parecen contradictorios cuando sólo son antitéticos, y por antitéticos armonizables en una síntesis superior. La unidad y la variedad se armonizan en las repúblicas como la atraccion y la repulsion se armonizan en las leyes mecánicas del Universo. Pero los dos principios dominan variamente la opinion europea. A fines de 1815, cuando los tratados de Viena

desmembraran tantos pueblos y redujeran unos á ser forzosos vasallos de otros, contra todas las leyes fisiológicas é históricas de las sociedades modernas, la idea de unidad se apoderó de las conciencias ante el terror de una desmembracion general que entegara los débiles á merced completamente de los fuertes. En las corrientes avasalladoras de este movimiento hácia la unidad, la ley de la variedad humana se olvidaba. Autonomías muy antiguas, muy respetables, que cabe conservar dentro de un régimen republicano perfecto, perdiéronse tristemente. ¿Qué se ha hecho de aquella Toscana, verdadera Ática moderna? ¿Qué será pronto de la ilustre Suabia, cuyos poetas han fundado verdaderamente la unidad espiritual de Alemania? No hay duda, no. Europa, que tendiera á la unidad, tiende hoy á la descentralizacion. La variedad sin la unidad aisla á los pueblos; la unidad sin la variedad los degrada bajo el yugo de abrumadora servidumbre. El secreto del porvenir se encuentra en la armonía entre la unidad y la variedad; el secreto del porvenir se encuentra en una verdadera descentralizacion. Las democracias europeas son ya democracias in-

dividualistas y contrarias á Estados avasalladores y absorbentes. De la unidad absorbente ha salido el imperio francés, de la unidad absorbente el reino italiano, de la unidad absorbente el imperio germánico. Es preciso que estas unidades se conserven, pero que admitan dentro de sí la variedad de los derechos del individuo, la variedad de la autonomía de los municipios, la variedad de la administracion de las provincias particulares; variedad por la cual se recompondrá y rehará el equilibrio político de Europa completamente trastornado. Pero esta variedad no puede conseguirse sólo por la descentralizacion. Para que la descentralizacion sea completa se necesita que la descentralizacion sea republicana. Los Estados monárquicos nunca formarán el haz que forman los cantones suizos y las repúblicas norteamericanas. En Austria está casi desatado el lazo de union entre los reinos, y en Prusia casi perdida la autonomía de las provincias. La descentralizacion armónica, la descentralizacion de verdadero equilibrio, la descentralizacion perfectamente democrática es sin duda alguna la republicana; ahí está indudablemente el ideal de lo porvenir.

Por eso detesto yo tan profundamente las tendencias unitarias, casi cesaristas, de la República francesa. Está visto que no basta con darle al poder las dos condiciones fundamentales del poder republicano, es necesario quitarle al Estado esa fuerza ciega con la cual todo presidente se convertirá en rey, todo rey en déspota. Mr. Thiers personifica hoy el Estado, como antes lo personificaba Napoleon III. No conferiré yo el agravio de comparar al ilustre orador del Parlamento francés con el audaz aventurero de Bolonia y de Estrasburgo. Pero no puede dudarse que las miras personales y los actos personales de Mr. Thiers entran por mucho en el gobierno de la Francia. ¿Quién sino él se ha opuesto á que cambiara esencialmente la organizacion de los ejércitos franceses? ¿Quién sino él ha llevado las atrasadas ideas proteccionistas á las relaciones económicas de Francia? Pues aun hay más; periódicos franceses hablan con mucha gravedad de las catástrofes que sobrevendrian á Francia si desapareciese del mundo Mr. Thiers, como si Mr. Thiers, ayer en la oposicion, se hubiera convertido por un milagro patente en la personificacion de toda la Francia. Mr. Thiers

puede morir mañana, sin que por eso muera la nacion francesa. Grant perderá ó ganará las elecciones próximas; y por eso no ha de alterarse el régimen de los Estados-Unidos. Juarez ha muerto y no ha muerto Méjico. La voz austera de la República se ha levantado sobre el ataud de su presidente para decir que la República no es ningun individuo, que la República es todo un pueblo. Los gobiernos democráticos son gobiernos impersonales. Si la República francesa ha de pender de la vida, de la salud de un hombre, no debe llamarse República francesa, debe llamarse monarquía de Thiers.

Así el conde de París pasea por los departamentos, pronuncia oraciones semirégias, recibe homenajes de los trabajadores, hace promesas socialistas, creyendo que la híbrida monarquía de las clases medias sucederá á la híbrida República de los conservadores. En las monarquías el rey, la familia real, los príncipes de la sangre, los herederos al trono llevan sobre sí la fortuna de los pueblos. En una República todos los ciudadanos deben ser aptos para todos los cargos, sin excluir el cargo de pre-

sidente, pues se supone que para llegar á él ha pasado por las diversas magistraturas populares, ha discutido en las Asambleas y ha logrado esa grande notoriedad, título primero para todas las dignidades y todos los hombres. Por consecuencia, debe suponerse que cuando un pueblo ha cambiado la forma secular de su gobierno, la Monarquía, por otra forma, la República, se cree con las aptitudes indispensables á plantearla y cumplirla. Así es que la muerte de Thiers, suceso considerable si Thiers fuera un emperador, es suceso grave pero de pasajeras consecuencias en una República debidamente organizada. Lo único que hay de verdaderamente peligroso en todo lo actual, es su carácter de interinidad. Los pueblos no pueden vivir, no, en la incertidumbre angustiosa del pacto de Burdeos, ni bien monarquías, ni bien repúblicas, dando pábulo á todas las utopias, esperanzas á todos los pretendientes, armas á todas las fracciones, inseguridad á todas las leyes; á lo presente dudas, á lo porvenir mortales angustias. De esa suerte no se puede vivir, no, en pueblos civilizados donde la libertad ha de alcanzar un gran seguro y el poder, aunque sea amovible en

las personas, una estabilidad en los fundamentos.

Por eso Francia, si quiere calmar las inquietudes de sus amigos, debe establecer una República definitiva y sólida.

CAPITULO X.

LA NUEVA SANTA ALIANZA.

Madrid Setiembre de 1873.

Con motivo de la entrevista de los tres emperadores del Norte, hay mucha gente que cree posible y aun probable la fundacion de una nueva Santa Alianza en Europa. Yo no participo de estos temores.

Si los reyes pudieran restaurar la sociedad antigua, restauraríanla de grado. Pero la filosofía, la ciencia, la industria, la revolucion han creado casi una nueva tierra; y sobre esta tierra han suscitado generaciones imbuidas de sus propios derechos naturales y enemigas de los antiguos derechos históricos. Y los reyes podrán conquistar reinos, pero no conciencias; podrán vencer ejércitos, pero no ideas. La Santa Alianza es una

resurreccion imposible en medio de la Europa moderna, invadida por grandes democracias.

Durante algun tiempo dudóse mucho de que Alejandro de Rusia acudiera á la cita ya convenida entre el emperador de Austria y el emperador de Alemania. El príncipe heredero, jefe del partido moscovita, cuya consigna es odio eterno é implacable á la raza germánica, habia casi persuadido á su padre de la inutilidad y del daño de este viaje. Todos los periódicos oficiales rusos habian anunciado, con la debida antelacion, que ningun indivíduo de la familia imperial acudiria este verano, ni á las ciudades, ni á los baños de Alemania. El príncipe de Gortschakoff, que representa en Rusia lo que el príncipe Bismarck en Alemania, es enemigo de todos estos viajes del Czar. Ya se opuso á que visitara la Exposicion de París á causa de las ideas revolucionarias que en París hierven. Es un volcan extincto, dijo Alejandro á su primer ministro. Cuando volvió, atronados los oidos con los gritos de ¡viva Polonia! despues de haberse visto en peligro de morir al pistoletazo de un fanático, Gortschakoff le dijo con maliciosísima

sonrisa: «parece que aún humea el volcan.»

Pues, por otras razones, tampoco queria el príncipe que el Czar acudiese á las fiestas de Berlin. Pero Alejandro padece de negra melancolía, enfermedad casi hereditaria en su familia. Esta melancolía se alivia un tanto en los viajes, en las distracciones, y por eso gusta de las distracciones y de los viajes. A esto se une que tiene, como toda su familia, alta idea de la raza germánica, de la ciencia germánica, de la superioridad germánica. Alemanes por su raza, alemanes por su educacion, alemanes por sus enlaces con familias alemanas, los príncipes de la casa reinante son, en realidad, más bien que de sangre rusa, de sangre alemana. Por eso en el movimiento panslavista tradicional, en la ortodoxa prensa en el culto á Moscow, en la exaltacion contínua de la raza eslava, en las evocaciones á Iván el Terrible, en todas estas ideas y todos estos sentimientos de una poderosísima escuela, hay algo de tendencias anti-dinásticas, de tendencias contrarias á la familia alemana, á la dinastía alemana. Y este partido, que tiene antiguas tradiciones, grandes publicistas, poetas de mérito, escritores incansables, periódicos

muy leidos, no puede ver de buen ojo qué el emperador vaya á la aborrecida Alemania. Con una escrupulosidad y una paciencia verdaderamente rusas anotan los oficiales de orígen aleman que entran tanto en el ejército de mar y tierra como en la vasta burocracia del imperio y presentan estas preferencias y este favoritismo de la córte rusa como un agravio inferido á la raza eslava. Para ellos Berlin, Viena, son ciudades protervas; la ciudad santa es la ciudad de cúpulas áureas, la ciudad eclesiástica por excelencia, la ciudad que destronára Petersburgo, la ciudad de Moscow. La política del príncipe heredero es la política de este partido, mientras que Bismarck tiene en él tantos odios como en los franceses.

¿Por qué va, pues, el emperador Alejandro á Berlin? La política alemana descompuso dos imperios: el imperio austriaco en Sadowa, el imperio francés en Sedan. La política rusa, á su vez, doscompondrá tambien dos imperios; el nuevo imperio austro-húngaro que ha salido de Sadowa, y el antiguo imperio turco. Las poblaciones greco-eslavas, que viven bajo el yugo de Viena y bajo el yugo de Constantinopla, solo tienen un

pensamiento, la emancipacion, y solo tienen una esperanza y un refugio, el Czar. Los czares, al mismo tiempo, conllevan las tendencias panslavitas, sostienen el rito griego, encargan á sus embajadores que se presenten como escudo y amparo de los cristianos de Oriente, abiertas por las orillas del Danubio, del Bósforo, del Adriático, las esperanzas de una cruzada que arroje al turco de las encantadoras riberas del Bósforo y ponga la cruz bizantina, la cruz griega, sobre las torres de Santa Sofía. Así Rusia no puede convenir nunca en dos tendencias que tiene indudablemente Austria, en la integridad de su propio imperio, y como auxiliar á esta integridad, verdadero cáos, en la integridad del imperio turco. La política rusa, ó no significa nada en el Oriente de Europa, ó significa guerra implacable al imperio austriaco y al imperio turco que tienen bajo su cetro las familias eslavas, hoy fuera del inmenso imperio ruso. Por muy grandes que las afinidades de sangre sean entre la dinastía imperial alemana y la dinastía imperial rusa; por muy estrecho el parentesco, ni una ni otra podrán sobreponerse á las tendencias contrarias de sus respectivos pueblos.

Parecia, que satisfecha la ambicion alemana por Occidente con la reconquista de la Alsácia y de la Lorena, debia volver hácia Oriente para pedir al Austria sus ocho ó diez millones de alemanes y á Rusia sus provincias germánicas del Báltico. Esto hubiera hecho uno de esos políticos aturdidos, cegados por las recientes victorias, desconocedores de las dificultades é impurezas de la realidad, prontos á toda empresa, fiados más en su estrella que en su inteligencia, los políticos á lo Napoleon III. Pero Bismarck, que piensa, que calcula, que mide todos sus planes, que deja á los asuntos sazonarse largamente, que no resuelve un problema sino cuando conoce todos sus términos, que abandona á la iniciativa del enemigo el cumplimiento de sus propios deseos y la responsabilidad de las más apetecidas guerras; Bismarck sabia que por el pronto le tocaba mostrar una amistad inalterable á los dos emperadores, con los cuales ha de tener más tarde, á su debido tiempo, gravísimos conflictos. ¡Cómo asoció el imperio francés á una política que debia ser la ruina de este imperio! ¡Cómo fingió á los ojos de Bonaparte, si Austria era vencida, las fantásticas

perspectivas de una compensacion en el Rhin! ¡Cómo se lanzó, siguiendo perseverante la idea del gran Elector ensanchada por el gran Federico sobre el sagrado imperio austriaco en cuanto pudo contar con la complicidad ó con la debilidad del imperio francés! Y luego, cuando tuvo el Austria vencida, la Alemania á sus piés, la victoria en sus manos, ¡con qué desden oyó las peticiones mezcladas de amenazas, que le dirigia el imperio francés, herido al mismo tiempo que el imperio austriaco! ¡Cómo se volvió á decirle, seguro de la impotencia del coloso, por la guerra en Méjico, por la ocupacion de Roma, que se atreviese á tender la mano sobre las provincias del Rhin! El que así ha procedido en su plan del engrandecimiento de la Alemania protestante, no podia cometer ahora, que tan grande es su responsabilidad ante el mundo y ante la historia, una imprudencia capaz de confundirse con una calaverada bonapartista. El emperador de la nueva Alemania se constituyó por consejo de Bismarck en cortesano de la vieja Austria y de la formidable Rusia.

Bien es verdad que en Austria alcanzó últimamente una victoria política no menor

que las victorias militares. Hallábase al frente del imperio austriaco un vencido de Sadowa, el canciller Beust. Ministro de las pequeñas monarquías autonómicas, tan maltratadas por la política prusiana; sostenedor del federalismo y del particularismo aleman, que debian desaparecer absorbidos por el nuevo imperio. Beust representaba una política liberal, muy liberal, que por su liberalismo conservase esperanzas de reivindicacion del poder histórico de Austria sobre la autonómica y federal Alemania. Esta política particularista de Beust parecíale condenable, nociva, al mantenedor de la grande unidad germánica. Era necesario sacrificarlo, porque mantenia vivas antiguas esperanzas así en el imperio austriaco, casi desmembrado, como en los pequeños Estados, casi desaparecidos. Beust fué sacrificado en aras de su implacable enemigo Bismarck.

La sustitucion era bien difícil. Mas ¿entre todos los residuos pertenecientes al imperio austro-húngaro, quién ha ganado más con la política prusiana? El reino húngaro. Vencido, roto en 1848, merced á la infame intervencion rusa, Hungría pugnaba en vano por romper sus pesadas cadenas. Una re-

sistencia tenacísima oponia á su absorcion por el imperio austriaco, resistencia del Norte, mayor por su tenacidad que por su fortuna. Los más ilustres de sus hijos, diseminados en los diversos reinos de Europa, desesperaban ya de ver nuevamente erguirse la nacionalidad húngara, convertida tristemente en una provincia austriaca. Hungría era con Polonia, con Venecia uno de los tres reinos cadáveres sepultados por la crueldad de la diplomacia moderna en aras de los poderes antiguos. Pero vino el conflicto austro-prusiano y Hungría tuvo su rey, su autonomía, su Parlamento, su régimen particular y autónomo. Ya no giró en torno del Austria, sino que al revés, completamente al revés, el planeta fué satélite de su antiguo satélite. Por el número de sus habitantes, por la feracidad de su territorio, por el explendor de su historia, por el mismo régimen particularista que fundaba y mantenia, el reino húngaro venia á ser como el eje de la informe confederacion fundada entre los pueblos austriacos. Por consiguiente, Hungría aparece la nacionalidad despues de Prusia, más interesada en que no se suspenda ni retroceda el curso natural de las consecuen-

cias encerradas en la gran batalla de Sadowa.

Pues era necesario á Bismarck elevar un político imbuido en sus mismas ideas y adscrito á sus mismos intereses á la direccion del imperio austriaco. Ninguno como un magyàr, y entre los magyares ninguno como Andrassy, que á la política austro-rusa habia debido un destierro y á la política prusiana un gobierno, el gobierno de su patria. Y el conde Andrassy subió á la direccion del imperio austriaco para representar á un tiempo el predominio de Hungría en Austria y el predominio de Prusia en Alemania. Este teniente de Kossuth, este republicano de 1848, este desterrado de su risueño Danubio, este mártir de la libertad, este celoso autonomista se convirtió en devoto al emperador y en enemigo de la autonomía de los pueblos que no fueran el pueblo húngaro, y dentro del mismo pueblo húngaro en enemigo de aquellas razas que no fueran su aristocrática y orgullosísima raza.

Y no hay húngaro, desde Deak hasta Kossuth, que no sueñe con la herencia tambien del imperio turco y con una federacion de los pueblos cristianos desmembrados de este imperio, bajo la superior tutela de Hun-

gría. Mas los pueblos de orígen eslavo, que allá en su mente acarician mil proyectos de engrandecimiento, odian con profundísimo odio á la raza húngara, que creen como su padre Atila, de feroz sangre mongólica. Y Hungría y Austria tienen mútuamente una esposa en el pié, con la cual difícilmente podrán moverse hácia el cumplimiento de los fines que acarician, la espina de sus respectivas razas eslavas. Por este momento, gracias á la habilidad de Bismarck y á la decision que tiene el imperio ruso de no moverse hasta que las líneas de sus ferro-carriles se hallen terminadas y el armamento de su ejército apercibido, todo parece en equilibrio. Mas se romperia este equilibrio en cuanto uno de los tres hermanos que ahora se reunen créase bastante hábil para detener á uno de sus dos rivales y bastante fuerte para derrotar al otro. Por el pronto la entrevista es de paz, mas se ocultan demasiados problemas en el seno de esa paz ficticia para que el menos previsor no columbre el relampagueo de la guerra.

Parece imposible que la única gran potencia occidental, capaz de contrastar un tanto los proyectos del Norte, no se conmueva,

no se aperciba, no premedite algun plan que contraste el influjo de los emperadores. La Gran-Bretaña, que no fué agena á la guerra de sucesion con los españoles, ni á la guerra de independencia; que desde fines del pasado siglo se mezcló tanto en los asuntos de la República como en los asuntos del Imperio francés; que ha alentado siempre el régimen constitucional en todos los pueblos continentales y ha combatido con su poderoso infiujo la política austriaca, ¿no vislumbrará ahora los peligros que la cercan? ¿Reduciráse su ministerio en Europa á escribir novelas sobre la probable irrupcion de los prusianos en las islas británicas? Se trata allá en el Norte de la cuestion de las cuestiones inglesas, se trata de la herencia del imperio turco. Todavía humea por los desfiladeros de Balaklava, todavia, la sangre inglesa derramada por la integridad del imperio turco, que amenazaba formidablemente la Rusia. Pues el tratado de París se ha roto, aquel tratado que significaba el apogeo de la influencia franco-británica en Oriente. La marina militar rusa tiene á su arbitrio el mar Negro, cerrado antes por su derrota. Y las conquistas de Rusia en Asia van corriendo con ra-

pidez hácia el inmenso imperio colonial británico. ¿Nada de esto conmoverá á Inglaterra? Ultimamente ha podido quizá evitarnos la futura guerra continental que truena sobre nuestras cabezas. Ha podido apartar á Prusia de ese nefasto pensamiento de la anexion de Alsacia y de Lorena, cuyas consecuencias han de arrancar lágrimas de sangre á las venideras generaciones. Pero se encerró en su egoismo. Dejó inmolar una grande nacionalidad, necesaria á la distribucion del calor de la vida en el cuerpo de Europa. Y aún no estaba oficialmente proclamada la disminucion de Francia, cuando ya Inglaterra se sentia abatida por el predominio de Rusia. Ahora los periódicos ingleses han publicado una circular de Andrassy sobre la entrevista, y en la cual se decia que nada iba contra Francia y todo á justificar la integridad de Turquía. Extraño era que se hubiera el ministro austriaco adelantado á dar una interpretacion á este procedimiento diplomático, que no tenia ninguna importancia, si no tenia tambien un gran carácter de fuerza y de autoridad colectiva. Así es que la circular tan cuidadosamente publicada, ha resultado á la postre

falsa y apócrifa. El Occidente no tiene más que un medio de contrastar el predominio que toma el Oriente en los consejos de Europa. Este medio es constituir frente á frente de aquellos absorbentes y unitarios imperios su libertad, su democracia y sus Repúblicas, que sean como las democracias y las federaciones griegas en frente de los colosales imperios de los persas.

CAPITULO XI.

EL CONGRESO DE LA PAZ.

Madrid Octubre de 1872.

El mes de Setiembre, que ha finado, puede llamarse el mes de los Congresos. Los más notables han sido sin duda alguna el Congreso de los católicos viejos, celebrado en la capital de Baviera; el Congreso de protestantes ortodoxos, celebrado en la capital de Sajonia; y el Congreso de amigos de la paz y de la libertad celebrado en la capital del canton de Vaud.

Se necesita una fe capaz de obrar milagros para asistir en este nuestro tiempo á un Congreso de paz. Las dos naciones más militares de Europa han chocado en terrible choque, y una de ellas se ha estrellado y caido en calcinados fragmentos. El aire lleva todavía en

sus giros los homicidas miasmas exhalados por la muerte y por la podredumbre. Nubes de lágrimas y sangre pesan abrumadoras sobre nuestro corazon y nuestra conciencia. Las batallas han sido matanzas como en las guerras de las antiguas razas asiáticas. Regimientos enteros caian segados por el fuego horrible que era como una tempestad de metralla. Los fosos de las fortalezas se colmaban de cadáveres. Desde el Rhin al Loira los ojos turbados descubrian, y en todas direcciones, regueros de humana sangre, humaredas de voraces incendios, legiones de cuerpos sobre montañas de huesos. Jamás el arte de matar fué tan perfecto, jamás. Las ametralladoras, los cañones Krup llevaban la destruccion á lejanos espacios, donde apenas cabia defenderse de estos mónstruos, muchas veces invisibles, semejantes á los ángeles y génios exterminadores del Apocalipsis. Cuando la artillería no bastaba, furiosos, en delirio, los combatientes incendiaban á los pueblos, cuyos habitantes morian, como los habitantes de Herculano y Pompeya, bajo la corriente de este rio de fuego henchido por la cólera. La destruccion, la muerte han reinado sobre Europa, dejando para lo porve-

nir tal siembra de ódios que el ánimo se apena y entristece cuando contempla lo siniestros y lo monstruosos que habrán de ser sus engendros.

En medio de semejante desolacion reúnese el Congreso de la paz y de la libertad, y espera que el corazon humano perderá estos ódios, la conciencia estas sombras, la voluntad estos feroces instintos, los pueblos estas sangrientas rivalidades, para aunar las naciones, con las naciones las razas, con las razas, la humanidad entera. Poseidos del espíritu universal humano, animados de los principios fundamentales de justicia, en fraternal confederacion, que la ciencia ilumine, que el trabajo mantenga, realizando los dos términos fundamentales de la democracia moderna, la libertad y la igualdad, mediante las cuales concluirán esas legiones de soldados que enconan y esas legiones de aduaneros que aislan, los hombres se amarán y se auxiliarán mútuamente, comenzando una época superior en promesas y esperanzas á la época evangélica, en que la tierra será un reflejo del espíritu humano, y el espíritu humano un reflejo de Dios.

Yo tengo esa fé. Yo la he tenido siempre,

y no la abandono. Pero si tengo esa fé, yo no tengo esperanza de que tales ideas puedan en este nuestro siglo realizarse. La última guerra nos ha dejado una levadura inextinguible de males. El pueblo aleman parece poseido de una sed hidrópica de gloria, pagado de sus recientes conquistas, satisfecho con su imperio militar, y hasta orgulloso de su librea prusiana. El pueblo francés vencido está; pero no está resignado á su derrota. Ningun gobierno se mantendrá si no organiza militarmente á Francia. Ningun ejército será popular, si no requiere sus armas para una pronta venganza. Los amigos más entusiastas de la libertad quieren la guerra aún á costa de caer bajo nueva dictadura militar. Si aplicamos el oido á la prensa, nos parecerá esta máquina del trabajo un agudo clarin de la guerra universal.

Sostened que la accion de las ideas se sustituya en todas partes á la accion de las pasiones; que los hombres se reconozcan fundamentalmente unos, por el espíritu y por el derecho; que los ódios entre los pueblos cesen, puesto que esos ódios solo sirven á los comunes tiranos, y os responderá la prensa de las dos potencias centrales de Europa con

sus mútuas maldiciones; la literatura con sus catilinarias en prosa y verso; el comercio, negándose á recibir los productos y los mútuos servicios de las dos razas, crueles, implacables, por haberse mortalmente herido ambas en campos de batalla todavía rojos de sangre.

No hay reconciliacion por ahora, no, para ambos pueblos sino en la muerte. Los campos de batalla abrazan y abrigan á todos los muertos. La tierra los recibe á todos, los devora á todos, se bebe indistintamente su sangre, recoge las moléculas todavía abrasadas de ódio, y las disemina de nuevo en el laboratorio de la vida universal, sin saber si son de raza latina ó de raza germánica; si pertenecen á la nacion francesa ó á la nacion alemana, más humanitaria ciertamente que la conciencia de esta Europa moderna, tan pagada de su civilizacion y de su cultura.

Era muy filantrópico, pero muy poco práctico, el Congreso de Losana en estas circunstancias. Sin duda por eso no ha tenido ni la importancia ni el éxito que los dos primeros Congresos de Ginebra y de Berna. La democracia europea se ha empeñado en que

ha de resolver súbitamente, y como de un golpe, por mágico arte, todos los problemas que traen conturbadas á las naciones modernas.

El doble resultado de este ambicioso trabajo es divertir sus fuerzas que adquiririan mayor ímpetu concentradas; y fraccionar en mil sectas la gran escuela que adquiriria mayor influjo reunida. Hoy ganaríamos prestigio moral grande y grandes resultados materiales si redujéramos á la práctica todos los trabajos democráticos á estos fines capitales, cuya consecucion bastaria á honrar tres siglos: destruccion de las monarquías; establecimiento de los derechos fundamentales que consagran la personalidad humana, organizacion de todos los poderes públicos en términos que sean originarios de la voluntad social, amovibles por la voluntad social y responsables; descentralizacion dentro de cada nacionalidad para que resulte en plazo más ó ménos largo la democrácia europea. Reducido á estos canónes capitales sería fecundo nuestro gran trabajo. Y seria fecundo porque seria metódico. El progreso se realiza en séries. La série es una ley de la historia como de la naturaleza. Jamás aca-

báramos con la aristocrácia si no hubiéramos empleado el instrumento de la monarquía absoluta. Jamás destruyéramos la monarquía pura absoluta si no la transformáramos y la secularizáramos por el espíritu y la filosofía del pasado siglo. Jamás ésta monarquía nueva, laica, hubiera cedido á nuestros golpes si no la convertimos en monarquía constitucional. Pero convertir las monarquías constitucionales en repúblicas y las repúblicas en federaciones, precisa no interrumpir la série, no traer el segundo término del problema antes de que el primero, su antecedente necesario, indispensable, esté por completo deslindado y resuelto.

El libro de un pensador puede contener lo existente y lo posible, porque la línea de lo ideal y el espacio de la ciencia son, á todas luces, infinitas. Pero los trabajos de los Congresos, los trabajos de los partidos deben ser trabajos más prácticos y sobre todo concentrados á un corto número de ideas, de principios, á fin de que la mancomunidad de esfuerzos quepa en el asentimiento de las conciencias.

Pero el Congreso de Losana empieza por suscitar la cuestion de propiedad, que trata

en largo informe Lemmonier. En seguida los internacionalistas se levantan á sostener su tésis infausta de la propiedad colectiva, que nos llevaria á la extincion de todas las libertades y al planteamiento de un Estado fuerte, despótico, autocrático, moscovita. En pos de los internacionalistas vienen los comuneros de París á sostener que su dominacion fué paradisiaca y á pedir que se fulminen sentencias de reprobacion contra tales ó cuales demócratas. Hay quien llega á decir que Chaudey, el mártir Chaudey, el atleta de otros Congresos, el asíduo redactor del *Siglo*, el republicano sincero, el gran federalista francés, el testamentario de Proudhon, habia sido justamente fusilado. Las imprecaciones, los insultos, las injurias llueven de fraccion á fraccion, de banco á banco, de individuo á individuo ante los reaccionarios europeos, que se frotan de placer las manos, y el resultado último es el descrédito de todos. ¿Y este daño de qué proviene? De empeñarse en que la cuestion social ha de resolverse antes que la cuestion política, cuando la cuestion social es, y no puede menos de ser, el resultado de la cuestion política.

Imposible es decir cómo todas estas exageraciones nos dañan y traen á más andar sobre nosotros una reaccion que encuentra por único fundamento y único justificativo nuestras insensatas demencias.

CAPITULO XII.

DOS SESIONES DE LA ASAMBLEA DE VERSALLES.

Madrid, Diciembre de 1872.

El dia 28 de Diciembre los alrededores del palacio de Versalles presentaban extraordinario aspecto. Inmensa multitud se esparcía por los grandes patios, anhelosa de presenciar una sesion que debia decidir de la suerte de Francia. Las tribunas estallaban llenas, henchidas de espectadores; y los bancos de los diputados apenas ofrecian capacidad bastante á contener la multitud de diputados. En el espacio consagrado al cuerpo diplomático veíanse los representantes de todas las naciones; y en los asientos á los ministros reservados el ministerio con el presidente de la República á su cabeza. Cualquiera hubiese notado en la inquietud

de Mr. Thiers, en el azogado movimiento de todo su cuerpo, en las palabras vivísimas cambiadas con sus colegas, en los momentos de meditacion y de silencio á que solía entregarse, en sus salidas repentinas y sus paseos distraidos por las galerías, en todas sus acciones, que profundos pensamientos embargaban su ánimo. El extranjero todavía en las provincias del Este; la guerra civil todavía relampagueando en la memoria de los pueblos; tres mil millones del rescate nacional por satisfacer; hondas heridas provinientes de la antigua dominacion y de las últimas revoluciones por cerrar; y el partido monárquico soñando con traer sobre Francia las complicaciones horribles que son consiguientes á la restauracion de muerta monarquía en el suelo de sólida y ya establecida democracia.

El asunto de la sesion era discutir la respuesta redactada por Mr. Batbie al mensaje del presidente. Mr. Batbie es economista y monárquico. De consiguiente, su respuesta, á causa de esta segunda calidad, guardaba pocas alabanzas al mensaje. Nada decia contra la persona del presidente; al contrario, la ensalzaba con toda suerte de halagos, y

la ponia altísima en el agradecimiento nacional. Pero decia mucho, muchísimo, contra su política. Para Mr. Batbie, la República es un hecho y nada más que un hecho; no un derecho, y un derecho inmanente del pueblo como creemos todos los demócratas. El relator de la contestacion al mensaje desea que la República se parezca á las instituciones inglesas, en que todo el mundo las reconoce y las acata, y ninguna ley positiva las declara y las formula: proceder excelente si no supiésemos que la tardanza en proclamar las instituciones republicanas oficialmente, aviva las esperanzas de los monárquicos y sus criminales emboscadas contra el derecho.

Despues de proclamar la República provisional, vuélvese airado el relator contra las fracciones radicales. Todos cuantos insultos prodiga la prensa callejera de la reaccion, repítense en aquellos párrafos académicos, si no con menor viveza, con mayor perfidia. Hasta cuestiones agenas completamente á la política vienen al debate, evocadas por aquella pluma enrojecida en el odio. Los radicales no reconocen á Dios. Falso. Hay radicales verdaderamente deistas.

Recuerdo entre otros á Quinet, que mil veces ha hablado con la profundidad de los escritores del Norte, con la belleza de los escritores del Mediodía, acerca de Dios y del amor que tienen á Dios todas las cosas creadas. Pero aunque fuese cierto, ¿de cuándo acá las cuestiones filosóficas, las cuestiones religiosas pueden convertirse en asuntos de odios políticos? ¿Qué habríamos ganado con las instituciones modernas? ¿Quieren llevarnos los monárquicos franceses más allá de la paz de Westfalia?

Y no digo nada de otros problemas que toca tan ociosos é impertinentes. Échales en cara á los radicales que creen descender del mono. Si la Asamblea fuese una academia, si la política una parte de la zoologia, comprenderia esta cuestion, y hasta el apasionamiento en esta cuestion. Puede discutirse, y discutirse con fervor, si tienen razon los que sostienen la inmutabilidad de las especies, ó los que sosteniendo la transformacion de las especies creen las especies superiores dimanadas de especies inferiores por la seleccion natural. Pero traer al debate político las polémicas de Quatrefajes y de Darwin; decir que los pueblos se alarman al

vér los darwinistas escalando el Capitolio, paréceme la bellaquería mayor oida en Parlamento alguno desde que comenzaron los debates políticos en el mundo. Falta grave desconocer el lenguaje propio de cada ocasion y de cada sitio. Si Mr. Batbie es miembro de una Academia de Ciencias, no sería miembro, nó, de una academia de sentido comun.

Pero veamos lo sustancial del mensaje. La extrema derecha recuerda á Thiers que es un delegado de la Asamblea, un mero ejecutante de las disposiciones de la Asamblea. Vaya en gracia. Pero la Asamblea, nombrando á Thiers presidente de la República, hizo de él, á no dudarlo, algo más que mero ejecutante de sus órdenes. Y si nó, ¿por qué lo elevó desde presidente del Poder ejecutivo á presidente de la República? ¿Qué se propuso con este cambio de título? ¿Por ventura una mera transformacion de nombre? Al reconocerle presidente de la República reconocieron que Mr. Thiers no representaba tan sólo el pensamiento de la Cámara, sino que representaba tambien el pensamiento de la nacion. Las pretensiones de la Asamblea á ser el pueblo francés en toda la plenitud de su

soberanía, y el pueblo francés de todos los tiempos, y hasta de los tiempos futuros, parécenme pretensiones á todas luces insensatas. Sobre el apoderado está el poderdante; sobre el diputado está la nacion; sobre el elegido está el elector; sobre unos y otros solamente están el derecho, la justicia. Y las nociones más sencillas de derecho exigen que toda Asamblea, y especialmente toda Asamblea nombrada en circunstancias supremas y angustiosas, se guarde bien de usurpar á las venideras generaciones su espíritu, su voluntad, su pensamiento.

Para dar el golpe mortal á Thiers, el relator monárquico escogió dos tésis en que aparecia con algunos visos de razon. Era la primera tésis la sobrada intervencion del presidente en las discusiones de la Cámara; y la segunda tésis, la responsabilidad ministerial. Sobre este punto basó el ministro de Justicia su discurso habilísimo contra la comision monárquica. ¡Responsabilidad ministerial! Nada más necesario! Pero necesítase que todos los poderes se hallen formulados y distinguidos con propia esfera y órbita perfectamente trazada. Allí donde hay una Constitucion que distribuye el poder, que le

asigna sus atribuciones, que define su naturaleza, y el verdadero alcance de sus facultades, la responsabilidad ministerial debe existir como freno á los excesos del gobierno, como garantía á los derechos del ciudadano. Pero nada de esto vemos hoy en la anómala situacion de Francia. Allí sólo existe la dictadura de una Convencion reaccionaria, que de grado empeñaríase en restaurar el antiguo absolutismo, y su clave europea la Santa Alianza, si no se lo impidiesen leyes de la sociedad, tan poderosas y necesarias como las mismas leyes del Universo.

Hablemos en puridad, hablemos en plata. Desean los monárquicos tener un ministerio responsable para convertir á Thiers en presidente irresponsable, en pasajero rey constitucional. Y desde el punto en que, rey constitucional, apartárase Thiers de la Asamblea, gobernarian los monárquicos á su antojo por medio de los ministerios responsables salidos de su bando; y prepararian á su sabor el golpe de Estado contra las instituciones republicanas con más hipocresía y con menos valor que preparó su golpe de Estado Napoleon el chico. Claramente exigió el mi-

nistro de Justicia á la Asamblea que limitára su poder, que definiera y numerara las facultades del Poder ejecutivo para llegar maduramente á la responsabilidad ministerial. Pero esta Asamblea constituyente que nada constituye; esta Asamblea soberana que tiene contra sí el pueblo, de quien ha recibido la soberanía; esta Asamblea, que habla de dogmas religiosos como si fuera un Concilio ecuménico; esta Asamblea, que nacida de un momento de duda y de terror, aspira á ser el alma de la nacion y á regular á su antojo el espíritu de las venideras generaciones, no puede, nó, exigir que ningun principio constitucional se establezca, cuando su existencia y su poder dan perpétuo mentís á todos los principios constitucionales.

Por eso la gran sesion celebrada dos dias más tarde, aquella en que el ministro de Justicia formuló claramente la enmienda que debia sustituir á la respuesta del mensaje presidencial. Dia lluvioso era; las nubes despedian agua á torrentes. Sin embargo, multitud de ciudadanos cercaban las avenidas de las dos estaciones que expiden trenes á Versalles, tanto de uno como de otro lado

del rio. Queria sin duda ver el pueblo á los que en sus manos llevaban los destinos de la ilustre nacion francesa, los cuales marchábanse en medio de grande agitacion legal, y acaso volverian en medio de grandísima agitacion revolucionaria. Desconoce á Francia, desconoce su génio nacional, su espíritu político, su carácter, quien la crea dispuesta por ningun concepto á tolerar restauraciones monárquicas. El pueblo francés ha llevado largo tiempo luto por su república muerta á manos de dos Bonapartes, como la República griega murió á manos de Filipo y de Alejandro, como la República florentina murió á manos de Cárlos V y Clemente VII. Y Francia sabe, saben sobre todo sus ciudades, cuánto deben al génio de la República. Y despues de haberla conseguido tras dias amargos, tras luctuosas catástrofes, no quiere, nó, Francia que le arranquen aquella forma social, á cuya virtud libra su redencion y su prestigio.

Imaginemos que el espíritu ha pasado, como quieren algunos filósofos alemanes, desde las escalas inferiores á las escalas superiores de la creacion. Imaginemos que ha dormido en las moléculas del mineral; que

por largos esfuerzos se ha levantado al mundo de las plantas y ha sido jugo, sávia, aroma; que de las plantas ha pasado á los animales, ascendiendo desde aquellos sólo dotados de movimiento y de rudimentario organismo, á los dotados de instinto y de órganos más perfectos; que de los animales se ha levantado á la forma humana á vivir en nuestro cerebro, á brillar en nuestros ojos, á latir en nuestro pecho, á expresarse en nuestra divina palabra, esa alada forma de la idea. Y si entonces un sér sobrenatural ó una asamblea de ángeles dijera al espíritu: pues has de retrogradar y has de volver al puro instinto en el mono, al puro crecimiento en el árbol, al sueño en la piedra, ¿creeis que el espíritu no se sublevaria? Desde el momento en que ha llegado á la forma humana, sueña con otra forma mejor, con otro mundo más perfecto, con la vision beatífica de Dios; con todo esto sueña el espíritu, nó con retrogradar, nó con retroceder á las ínfimas escalas de la creacion. Pues un pueblo que en plenitud de vida y de conciencia adquiere la forma republicana, la forma de la libertad y del derecho, pugna por no retrogradar, por no caer en la absurda forma mo-

nárquica, en la forma del privilegio y de la casta.

Se comprende ahora toda la ansiedad de París. A las dos se abrió la sesion. A las dos y media Thiers ocupaba la tribuna francesa, la antigua cúspide del mundo moderno. Su discurso tenia carácter de decision. Si la respuesta del Mensaje se admite en toda su desnudez; si la enmienda del ministro se desecha con todas sus consecuencias; la con ducta de Thiers ya estaba préviamente trazada, la conducta de Thiers debia ser, no la conducta de Bonaparte, no un golpe de estado contra la Asamblea, sino una resignacion triste pero solemne de su poder en manos de la Asamblea. Y los llamados conservadores, los llamados monárquicos se arriesgaban á esto, cuando las heridas de la guerra aun chorrean sangre; cuando los cadáveres del pueblo, del ejército, aún parecen palpitar bajo la removida tierra; cuando las huestes victoriosas aún ocupan los departamentos conquistados; cuando los consejos de guerra aún pronuncian sus terribles sentencias en las luchas civiles; cuando los pontones, los presidios y las islas lejanas aun guardan millares de deportados; cuando el rescate del suelo

pátrio aún no se ha satisfecho por entero. ¿Y se llaman esos hombres nobles, aristócratas, patricios, religiosos, monárquicos, dignos de mandar por juro de heredad sobre todos los demás hombres?

El discurso de Thiers tenia toda la elevacion del momento supremo. La Cámara estaba en tal manera embargada, que no parecia una Cámara francesa, parecia una Cámara española. En España se escucha á todos los grandes oradores con respeto; en Francia con tumulto. Pues ni la derecha interrumpió con grandes murmullos, ni la izquierda con grandes aplausos el discurso de monsieur Thiers. Todos sabian que se libraba en este discurso la suerte definitiva de la patria. El presidente de la República empezó recordando sus tradiciones; empezó diciendo sus ideas religiosas sobre Dios y sobre el alma, sus ideas sociales sobre la propiedad y sobre la familia. Despues recordó sus servicios al órden, su resolucion heróica en tomar aquellos muros de París que habian detenido tanto tiempo á las tropas alemanas y empeñar una hatalla con escaso número de soldados cuando París tenia tres mil cañones, cuatrocientos mil fusiles, y una poblacion entera

en batallas sin número curtida y fogueada. Aquellas frases reconvenian con verdadera amargura á los hombres que entonces le tenian á Thiers por su salvador y que hoy le denuestan y le combaten como inútil instrumento ya empleado en la conesion de sus fines. Las reconvenciones del Presidente no podian ser ni más fundadas ni más justas; y hubieran caido como fuego del cielo sobre aquellas frentes, si los vapores del ódio no apagaran en ellas la luz y el calor de la conciencia.

Cuando Thiers recogió el poder, todo el Este se encontraba ocupado por el conquistador que habia hecho de Versalles su corte; París en la agonía; trescientos mil hombres amenazando á Lyon; otros tantos amenazando á Burdeos; las tropas francesas deshechas y los impuestos adscritos al mantenimiento de la guerra y no al mantenimiento del Estado; la Francia entera destrozada como un buque por la tormenta. Nadie se acordó entonces ni de Monarquía ni de República. Convínose en admitir los hechos consumados y en consagrar todas las fuerzas públicas al rescate de la patria. Pero dos hechos capitales resultan de todo el movimiento polí-

tico de aquellas épocas; dos hechos capitalísimos. Que ningun Monárquico se atrevió á pronunciar la palabra Monarquía; y que el encargado del Poder Ejecutivo, Mr. Thiers, pronunció la palabra República. É hizo más. Dijo que si la República prosperaba, si resolvia las cuestiones pendientes, si rescataba el suelo pátrio, si establecia sólidamente el órden y la libertad, era la forma definitiva de gobierno en Francia, no solo por derecho de razon y de legalidad, sino tambien por derecho de éxito y de victoria.

¿Y qué sucedió? Que vinieron las guerras de la Comunidad de París. El pretexto de esas guerras se encontraba, se creia encontrar, en que la Asamblea conspiraba contra la República, puesto que ponia á su frente un estadista monárquico. Numerosas comisiones de todas las ciudades francesas, corrieron á ver al presidente y á requerirle para que explicase con claridad entera su política. Thiers dijo que su victoria sobre París significaba la victoria de la República. Y aquellas ciudades que hubieran secundado á los comuneros les dejaron solos seguros de que no padecia el gobierno caro al pueblo francés. ¿Cómo se quiere ahora, en este mo-

mento, cuando las fuerzas de la nacion se han repuesto, cuando el ensayo leal de la nueva forma de gobierno se ha hecho, que resulte la República escamoteada y la Monarquía victoriosa?

Esto no puede ser, esto no será. Thiers lo ha dicho con admirable franqueza. Si él hubiese de formar por su propia virtud creadora, por su palabra, como el Dios católico formó al hombre, como el escultor desvasta la estátua, un pueblo, en vez de levantar sobre el suelo francés una América, levantaria una Inglaterra. Thiers tiene razon, puesto que es monárquico. Pero la República ha venido, la República se ha afianzado, la República existe porque es la voluntad y el pensamiento de Francia; no hay más remedio que reconocer y proclamar su existencia.

Este es el problema de los problemas. Todos los demás asuntos que en la respuesta al mensaje se dilucidan son asuntos evocados con arte para cubrir el fin que se busca con perseverancia. No se quiere que Thiers acuda á la Cámara, como si no hubiera sido designado por treinta y seis departamentos, como si no guardara su cargo de diputado, como si pudiera confundirse su presidencia

con ninguna otra presidencia cuando todos los presidentes tienen señalado su plazo de poder que ninguna Asamblea puede quitarle, y él depende solo de una Asamblea á quien debe aconsejar, y contra cuyas voluntariedades no le queda otro veto que el veto de su palabra.

Hábil, habilísimo estuvo Thiers. Todas las dotes de su carácter, todos los recursos de su palabra, todos los medios de su larguísima experiencia campearon á porfía en esta batalla. Amenazar á la derecha con una retirada definitiva, equivalia á destrozarla y atraerse bajo las banderas presidenciales setenta ú ochenta amigos, más adictos á la persona de Thiers que á su política. Plantear la cuestion en su verdadero terreno, en el terreno de optar entre la Monarquía y la República, era tanto como atraerse á toda la izquierda y sellar con sello de infamia cualquier debilidad ó cualquier abstencion. Así la extrema izquierda votó como un solo hombre á favor de la enmienda, á favor del presidente, y votando de esta suerte salvó una vez más la libertad, salvó la República.

El escrutinio fué solemne; el silencio tan profundo, que podia oirse la respiracion de

la Cámara. En cuanto se proclamó el resultado, la mayoría de 37 votos obtenidos por Thiers gritos de «¡Viva la República!» gritos de «¡Viva el Presidente!» llenaron los aires. Estos gritos siguieron á los representantes que tornaban de Versalles á París por todos los trayectos de las vías férreas. Alrededor de las estaciones aglomerábase una muchedumbre, más que entusiasta, delirante. Los papeles, húmedos todavía, pasaban de mano en mano, más que leidos, devorados. Las arterias centrales de París rebosaban en gentes, que repetian las aclamaciones de entusiasmo. El barrio latino ardia como en las fiestas más patrióticas y más populares de la primer revolucion. Sentian los jóvenes que se habian decidido sus destinos en aquella tarde verdaderamente fausta. Del antiguo palacio de un tirano acababa de salir vencedora la República.

No prosigamos. Ante estos sucesos, el historiador se recoge en sí mismo y alaba á Dios que preside todo el movimiento de la Historia. Solemos descontentarnos de nuestro tiempo y atribuirle nuestras dudas individuales, nuestros individuales dolores. Pero las ideas se realizan y animan toda la larga

série de los humanos progresos. Lo necesario para no perderse en el laberinto de los hechos, para tener en las manos el hilo de todos ellos, es fijarse en una idea viva, como se fija el navegante en la estrella del polo. Fijos nosotros, los demócratas, en la idea del siglo, anunciamos la ruina de Napoleon, cuando Napoleon descansaba sobre sus riquezas y sus pretorianos. Fijos en esta idea, predijimos el mantenimiento de la República, cuando la República se perdia en mares de sangre y en horizontes de tinieblas. Ante la realizacion de está esperanza, ni siquiera ánimo tenemos para recorrer los peligros que aún nos amenazan, ni para contar las represalias tomadas por los monárquicos, censurando las expansiones de los Municipios en favor de la forma republicana. Sólamente aquellos que sabemos cuántos esfuerzos el más leve progreso cuesta, medimos toda la intensidad de esta victoria. Sólamente aquellos que sabemos cuántos obstáculos insuperables la reaccion opone, calculamos las consecuencias de esta suprema resolucion. Un gran pueblo, demasiado cristiano, demasiado devoto de la centralizacion y de un Estado fuerte, declara su culto á la forma pro-

pía de la libertad y de la democracia. Despues de esta declaracion, justo será creer que el pensamiento francés no volverá sobre sus pasos, no caerá en manos de dinastías cuyos últimos representantes sólo han acertado á destruir el antiguo poder de este pueblo y á desmoralizar su grande alma. Y como es privilegio suyo divulgar las ideas, esparcirlas en la mente de los demás pueblos, justo es pensar tambien, que esta resolucion de Francia por conservar la República, impulsará á los demás pueblos fuertemente á tener igual impaciencia por adquirirla. Y entrarémos en nueva era de la Historia. Sobre todo, estos pueblos latinos sabrán volver por su antiguo predominio, sabrán demostrar aquella intuicion divina para ver las ideas, aquella heroicidad sublime para defenderlas, aquella superioridad estética para divulgarlas, aquel culto á la forma, verdadero rasgo de su carácter y verdadero secreto de su gloria. Confesad que es un gran dia para todos el dia en que se proclama con solemnidad como forma definitiva de gobierno la forma republicana en Francia. El porvenir justificará nuestro júbilo.

Cerremos esta carta, ya larga. Nunca he

sido amigo de la política de Thiers. Hoy mismo existen entre sus sentimientos y mis sentimientos grandes discordancias. Pero declaro que su serenidad en medio de tantos peligros; su trabajo por libertar el territorio y rescatar la patria en medio de tantas dificultades; su firmeza en conjurar las maniobras monárquicas y reaccionarias; su empeño en sacar de este diluvio incólume la forma republicana; su adhesion al establecimiento inmediato de este salvador gobierno, merecen bien de la conciencia humana hoy, merecerán bien mañana de la Historia.

CAPITULO XIII.

LA MUERTE Y EL JUICIO DE NAPOLEON III.

Madrid, 29 de Enero de 1873.

El emperador Napoleon ha muerto.

Representó ese hombre papel tan importante; dejó huella de sí en el mundo tan inextinguible, que las particularidades más mínimas de la vida y de la muerte de Napoleon III nos interesan como si fueran de primera magnitud: tal es por desgracia el achaque de épocas entregadas á la arbitraria voluntad de un solo hombre. Nó, no quisieron esta mengua los varones de ánimo fuerte, que creian madura la Europa revolucionaria para gobernarse á sí misma por la luz de su razon, por la voz de su conciencia, por el impulso de su voluntad; lo quisieron aquellos que, utopistas é impacientes,

demandaron á la República la cura milagrosa en un solo dia de males engendrados por tres siglos; ó aquellos que, enamorados de un ideal extincto ya en la historia, sacrificaron su propia dignidad personal y la salud de la Francia en aras de su Monarquía y de su Iglèsia.

Pero sea la culpa de quien fuere, quizá de todos, la realidad no es por eso menos triste. El hijo de las discordias matrimoniales entre el pobre rey Luis y la voluptuosa reina Hortensia; el estudiante oscuro y mediano de las universidades germánicas; el modesto oficial de artillería en Suiza, que jamás diera muestra de haber heredado el génio nefasto del jefe de su familia; el conspirador atrevido y torpe de Estrasburgo; el humilde y suplicante vencido de Luis Felipe; el calavera de Londres y de Nueva-Yorck; el triste prestidigitador de Boulogne; el prisionero de Ham, que huyó con el trage y el disfraz de Bandiguet; el plagiario soporífero de todas las utopias socialistas, y el cortesano infame de todas las pasiones populares; el perjuro, que recibió en depósito una República para Francia, y la transformó en un Imperio para sí; el hombre que, de capricho

en capricho, llegó á una guerra dinástica en que creia asegurar su trono, y en que perdió á su patria, ha tenido poder tan grande y tan funesto sobre nuestro tiempo, que es necesario conocer, para completar nuestra historia, todas las particularidades de su muerte.

Aunque de ello en otras correspondencias os haya hablado, nunca estará de más insistir sobre puntos de tanta y tan grave trascendencia para el conocimiento de la época y de tanta y tan grave enseñanza para los pueblos de la tierra. El emperador Napoleon padecia de antiguo el mal de piedra. Poco antes de la guerra, médicos peritísimos le habian sondeado y habian convenido en la necesidad de una operacion dolorosa, pero salvadora y saludable. ¿Cómo no se verificó esta operacion? La libertad mezquina que le habian arrancado imposiciones imperiosas, comenzaba á dar sus frutos de perdicion á la dinastía; se necesitaba una guerra para urdir de nuevo en la victoria el triste látigo con que azotar á los franceses. El emperador tenia que dirigir marchas, que mandar batallas, que sostener encuentros, desafiando con las cóleras de la guerra las inclemencias

de los elementos; y no era posible que entonces tuviese la tranquilidad necesaria ni el tiempo necesario para una operacion de esta clase. Como uno de sus amigos reconviniera á varios de los parientes del emperador por esta verdadera impiedad, los parientes se disculpaban diciendo que un César no podia medirse por el rasero de los demás hombres, y que algun sacrificio le exigian las vertiginosas alturas de su dignidad, los apremiantes deberes con el pueblo, los sacratísimos intereses de su augusta y sobrenatural familia.

Siempre que se estudia el interior de los palacios, se encuentra la inferioridad del rey respecto al modesto ciudadano. En una familia vulgar de las nuestras se hubiera sacrificado todo á la salud preciosa del jefe de la casa y á su conservacion para los suyos. En los palacios reales, despues de sacrificar los intereses de la nacion á los caprichos de una persona, se sacrifica la salud de esta persona á la perpetuidad de su dinastía. El emperador tuvo que salir á la guerra enfermo, casi paralizado, encorvadísimo; sin fuerza para montar briosas cabalgaduras, sin ánimo para resistir el azote de

los elementos, sin claridad de inteligencia ni fortaleza de corazon, á pesar de que en aquella lucha titánica se libraban los intereses de la humanidad. Y hé aquí la suerte de los pueblos entregados á la servidumbre; depender de un elemento tan frágil como la salud de un hombre gastado en el poder y en los placeres.

Despues de su cautiverio, despues de su destierro, á pesar de las emociones que deberian rasgar su corazon, y de las tristezas que debieron corroer su vida, el emperador habia recobrado fuerza y vigor. Pero el mal antiguo apareció de nuevo. Las operaciones que debieron verificarse tres años antes, se consultaron y se decidieron ahora en que el tiempo habia agravado la enfermedad é imposibilitado el remedio. Y estas operaciones fueron repetidas y dolorosísimas. Para calmar su dolor, se apeló al cloroformo. Esta sustancia embotó la sensibilidad, pero tambien la vida. Lo cierto es que despues de largos sueños, á la hora en que otra operacion debia comenzar, porque las primeras sólo habian logrado romper y triturar la piedra, notaron los médicos que se le iba al emperador el pulso, que se le acababa la vi-

da. Nadie podia presumir un fin tan cercano. Todos los príncipes de la casa, todos los amigos de la familia, todos los devotos del emperador y del Imperio estaban ausentes, y aunque sabian el peligro de las operaciones, fiaban en la robustez del enfermo y en la habilidad de los médicos. El mismo príncipe imperial se encontraba en el colegio á sus estudios entregado; la emperatriz en sus habitaciones dada al descanso. De pronto la despiertan, la llaman, álzase de prisa, corre al gabinete del enfermo y se encuentra con la agonía, con la última agonía. «Luis, Luis», grita al oido de su esposo. El emperador abre los ojos al eco de aquella voz querida; pero no puede articular ni una sola palabra. La emperatriz baja su rostro bañado en lágrimas junto al rostro de su esposo, y el emperador hace esfuerzos inútiles para imprimir sus labios por última vez en las mejillas de su mujer. Tras aquel esfuerzo le sobrecoge un primer extertor. La emperatriz le vuelve á gritar que su hijo, su heredero se acerca. El emperador procura sonreirse; pero tras aquella sonrisa le asalta el segundo extertor y espira. El médico se vuelve á la emperatriz y le dice que todo

ha concluido para el César en el mundo. Eugenia Montijo no quiere creerlo, no quiere dar asenso á sus propios ojos. Desolada, fuera de sí, vertiendo un raudal de lágrimas, gritando con toda la fuerza de su pecho, baña el rostro del difunto con lágrimas, le cubre de besos, como si creyera poder reanimarlo al ardor de su cariño. El sacerdote de la casa trae la Extremauncion, que aplica á un yerto cadáver. El príncipe imperial aparece en la habitacion mortuoria, fuera de sí, pálido como la muerte que se extiende sobre la faz lívida de su padre. La emperatriz pierde el conocimiento. Y madre é hijo son á otras habitaciones conducidos para que su dolor no se agrave con la presencia del muerto.

La noticia corre con la celeridad del rayo por toda Europa. Desde el comienzo de la revolucion, desde el fin de la última centuria, seis reyes se habian asentado en el trono de Francia, y solamente uno ha muerto bajo las bóvedas de las Tullerías, Luis XVIII; los demás, todos han pasado desde el trono al destierro ó al cadalso. ¿No prueba esto que la leyenda de la Monarquía se ha desvanecido, que el prestigio monárquico se ha

muerto, que la herencia del poder, la base de las castas se ha derrumbado sobre el herido suelo de esta nuestra vieja Europa? Todo el mundo ve en la muerte de un hombre la muerte de un principio. Todo el mundo adivina que el César se lleva á su sepulcro, entre la flotante púrpura en que sus frios restos se envuelven, aquella leyenda napoleónica que por espacio de medio siglo ha tenido hechizado al pueblo francés é inquietos á los demás pueblos de Europa. No ha muerto un hombre, ha muerto una institucion entera, ha muerto una leyenda histórica.

Todo el mundo sabe que la curiosidad es rasgo característico del pueblo británico. Inmediatamente que Lóndres conoce la noticia, multitud de curiosos corren á la campiña pintoresca, á la quinta lujosa, á la iglesia modesta donde se han de celebrar, más que los funerales del emperador, los funerales del Imperio. Los periódicos envian sus corresponsales, que hora por hora dan noticia de todo cuanto ocurre, publicándose en hojas sueltas, en suplementos, en carteles, en pasquines. Mas ¿qué le puede ocurrir á un muerto? La vida humana es harto

uniforme, y la historia harto monótona; pero es más uniforme aun, es más monótona la muerte; semejante á las espesas tinieblas donde todos los objetos se parecen. Mas los periódicos cuentan y no acaban. Cuentan que se ha habilitado la galería de pinturas para cámara ardiente; que en la mitad se ha erigido un modesto catafalco; que las paredes se han tapizado de terciopelo negro, resaltando bajo la cama imperial la conocida N; que una mortaja de terciopelo carmesí con áureos clavos se ha apercibido en pocos momentos; que en aquella mortaja se ha colocado el cuerpo del emperador sobre un tapiz de terciopelo violeta bordado con abejas de oro, el uniforme de general de division ceñido al cuerpo, la banda al pecho, su anillo de boda, el anillo de boda de su madre á los dedos, la espada de Sedan, la gloriosísima espada de Sedan al costado, y no sé, nó, si en alguna parte tambien esa águila imperial que se ha alimentado con la carne fresca de millares de hombres. Lo único que hay tierno en todo este espectáculo por la curiosidad británica devorado, es el amarillo semblante del pobre huérfano, y el desconsuelo de la viuda, ambos arrodillados de

continuo y llorosísimos al pié del cadáver.

Mas ¡ah! que los muertos de la última guerra tambien tenian madres, y esposas y parientes; tambien tenian hijos. ¡Ah! que en sus ojos bebian muchos séres la luz de la vida, y en su corazon habitaban muchos afectos, y á sus almas, evaporadas de este planeta, vivian pegadas muchas almas cuyos sollozos aún resuenan en los aires y aún perturban la conciencia humana. Y quizá ésta guerra se pensó, se tramó, se urdió, ardieron las ciudades, expiraron sobre los surcos empapados en humana sangre innumerables infelices, para que, al llegar este trance de antiguo previsto, pudiese la desolada mujer llamarse regente, y emperador el demacrado niño. Quizá éste se acordaba del nefasto dia en que corrió desde Saint Cloud á las fronteras y presenció la quema de un pueblo, la quema de Sarrebruch, para celebrar dignamente los dias de su padre, con el holocausto, con la depredacion, con la matanza, cortejo fatal de todos los imperios. Quizá las almas de los muertos venian, entre el humo de los cirios y del incienso, á rozar la luctuosa frente de la desolada viuda, y á ceñirla con la triste, con la tristí-

sima diadema de negros remordimientos.

Los antiguos amigos de la familia y de la casa atraidos por esta desgracia van llegando á ofrecer sus oraciones al muerto, sus servicios á la familia. Uno de los primeros fué el príncipe de Gales, residente á la sazon en el campo, donde mandó suspender todos los festejos que tenia apercibidos para pasar en el contento y en el placer otro dia más de su alegre existencia. Despues le siguen los príncipes de la casa de Inglaterra. Tras los príncipes de la casa de Inglaterra llegan los príncipes de la familia Bonaparte. La princesa Matilde, hija del Rey Gerónimo, prometida un dia á su primo, casada con Demidoff, el riquísimo ruso y separada de Demidoff al poco tiempo, consejero muchas veces del emperador, musa de un salon literario donde se conservaban penosamente las grandes tradiciones de la conversacion francesa en el pasado siglo, sale de Paris con tal premura y llega con tal precipitacion á Lóndres que ni siquiera tiempo tiene de vestirse de luto. Va vestida de color de violeta. El príncipe Napoleon arriba más tarde, mucho más tarde, como que ha debido atravesar Suiza en toda su extension, las orillas

del Rhin, ir hasta Holanda, y allí tomar un vapor que lo condujera á las costas de Inglaterra. A pesar de este largo trayecto en que su esposa la princesa Clotilde le acompaña, no ha tomado ni el más mínimo reposo. Al par con estos miembros de la casa van llegando generales, senadores, ministros, altos dignatarios del Imperio, el que lo llevó á la ruina. Emilio Ollivier; el que lo acompañó en la fortuna, Rouher; el jefe de aquella policía que estaba á un mismo tiempo en todas partes, el misterioso Pietri.

Decíase que muchos militares pensaban acudir y verificar en torno del cadáver una verdadera manifestacion pretorianesca. Pero el gobierno francés habia tomado toda suerte de precauciones y habia dicho que consideraria como desertores á los ausentes sin permiso. De las manifestaciones de duelo dadas á la emperatriz, como es natural tratándose de una princesa desgraciada á la que sirvieron mucho tiempo, hasta las manifestaciones políticas favorables al Imperio, hay una distancia que el simple sentido comun veda traspasar y que el gobierno de la República estaba decidido á sostener. Así es que tras haberse hablado exageradamente

de la inmensa muchedumbre francesa, reunida en Campden-Housse, ahora resulta que solo se reunieron, así de uno como de otro sexo, mil franceses.

Los que corrieron á las estaciones y asaltaron los caminos de hierros fueron los ingleses. Hubo en la peregrinacion para entrar y salir en la Cámara ardiente, apretones, riñas, puñetazos, asfixias á medias, puntapiés á cientos, y alguna que otra pierna rota. Se tenia á sí mismo en ménos el que no lograba ver por sus propios ojos la verja dorada, el jardin henchido de altos dignatarios imperiales, la casa mortuoria, el pálido rostro del muerto, el terciopelo negro y el tapiz morado que le servian de dosel y de alfombra. Así es que la multitud de ingleses fué verdaderamente innumerable, y más innumerables todavía los empellones y coscorrones, compensacion justa á los goces de la curiosidad.

Por fin, el cadáver fué trasladado desde la espaciosa casa mortuoria al pequeño templo católico de Chilehurtz. Antes de la ceremonía se suscitó en la corte de Inglaterra una cuestion importante, interviniendo la autoridad del gobierno. La presencia del prín-

cipe de Gales en el entierro podia considerarse como falta de amistad y consideracion al gobierno de la República francesa. Así es que el ministerio se opuso terminantemente á que el príncipe de Gales concurriera y el príncipe de Gales se atuvo á la opinion del ministerio. Yo, á pesar del juicio desfavorable que siempre tuve de Napoleon III, no critico, antes aplaudo los homenajes rendidos por sus amigos á la memoria y al cadáver de su protector, de su jefe. Pero critico acerbamente, con toda la violencia de mi indignacion, las explotaciones de las tumbas, el comercio con los huesos de los muertos, la parodia de la eternidad, la caricatura del dolor. Y digo esto á propósito de las gentes que abrian el cortejo fúnebre del emperador. ¿Eran sus criados, los que recibieron en vida alguna merced, los que pagaron estas mercedes con profunda adhesion? Pues me parece bien. Lo que me parece mal, pésimamente, es que fueran de París como fueron trabajadores de encargo, jornaleros de contrata, comparsas de Carnaval á querer demostrar el afecto de las clases inferiores á un César, cuya política habia arrancado el derecho á sus almas con sus maquinaciones

del golpe de estado, y habia esparcido en los campos de batalla por la ambicion de poder y predominio sus huesos y su sangre.

A fin de que Inglaterra creyera en la verdad de esta manifestacion de jornaleros, los vistieron de blusa, como si el trabajador francés solo tuviera por traje la blusa muy sucia, como si el trabajador francés jamás entregara sus blusas á las lavanderas. Pero el buen sentido práctico de los ingleses ha hecho pronto justicia á semejante farsa, á tan ridícula comedia, desbaratándola con una solo pregunta. Pues si de verdad son jornaleros, si su venida es tan expontánea y su posicion tan pobre que no tienen otra vestidura de fiesta más que la blusa del taller, y ni siquiera envien esa blusa del taller á una lavandera, ¿cómo han tenido dinero bastante para ir de París á las costas de Francia, y de las costas de Francia á las costas de Inglaterra, y de las costas de Inglaterra á Lóndres; alojarse aquí, acudir al entierro, visitar por algunos dias la ciudad, prescindir del salario, é invertir en estos paseos el dinero que debian haber invertido en el lavado de sus blusas? Además nadie podia darse por engañado cuando los veia conducidos

por Julio Amigues, uno de esos hombres que aman la celebridad sobre todas las cosas, que hacen de los acontecimientos más diversos pedestal de su renombre, campana para herir los oidos agenos, y que así explotan la muerte del emperador Napoleon como la muerte de su enemigo Rossell, tomando fama á la sombra de las personas famosas.

Dicho esto no hay sino decir que un numeroso clero acompañó el cuerpo del difunto; que un obispo inglés ofició; que altos dignatarios lo cercaron; que la muchedumbre de curiosos era inmensa; que entre ellos se encontraban algunos comuneros refugiados en Lóndres; que la reina Victoria y el príncipe de Gales tenian representantes en el duelo y que llamó universalmente la atencion el color pálido, la pena profunda, la emocion del príncipe imperial, y el parecido rarísimo, casi la identidad del rostro del príncipe Napoleon Gerónimo con el rostro del emperador Napoleon el Grande. Es verdad; fisiologicamente se parecen. Pero ¡cuán poco moralmente! El uno era el génio, y el otro es la astucia; el uno la personificacion del valor, y el otro la personificacion de la prudencia. Esto prueba para mí una vez más

la espiritualidad del alma. Se heredan las cualidades fisiológicas, que pueden ser trasmisibles por la sangre; pero no se heredan las cualidades intelectuales, porque esas son del alma y no se trasmiten, no, en la generacion de los cuerpos.

Despues que hubieron dejado el cadáver en las frias catacumbas de la Iglesia, tornáronse á la casa mortuoria. Al subir las escaleras de su vivienda para abrazar á su madre, y decirle que todo estaba terminado, los concurrentes dieron gritos de «viva el emperador» saludando por esta fantástica manera al vástago del muerto que ha de crecer en el destierro. Pero el príncipe imperial se volvió y gritó: Viva Francia. ¿No os parece todo esto horrible? Un hombre ha muerto; su familia y sus amigos le conducen á la última morada; oyen los acentos aterradores de la Iglesia que entona el *Dies iræ*, el cántico del Juicio Universal, y las lecciones de Job, hablando de las humanas miserias en acentos sublimes y trágicos; dejan al cádaver solo, abandonado á la frialdad del sepulcro; se vuelven al hogar vacío, triste, con la sombra del muerto y los vapores de la eternidad en el cerebro; y lejos de con-

sagrarse al silencio y al dolor, se espacían y se arrebatan en gritos de exaltada alegría y demuestran bien pronto en sus aclamaciones á los vivos el rápido é ingrato olvido de los muertos. ¡Qué impotente es la omnipotencia!

Fuera mengua de nuestra civilizacion, señal de irremisible decadencia, signo de la robustez del cesarismo, que Napoleon III hubiese muerto en el trono, bajo las áureas bóvedas de su palacio imperial, rodeado de cortesanos, entre las legiones que consumaron el golpe de estado, para ser conducido al eco del cañon de los Inválidos, en duelo nacional, por su hijo elevado á emperador, por su mujer elevada á regente, por los príncipes de su casa, por los senadores y dignatarios de su Imperio, junto al monholito que las aguas del Sena lamen, sepulcro del jigantesco fundador de su dinastía.

Eso pasaba en la Roma imperial donde un César sucedia á otro César, eso en la Bizancio moribunda, donde nadie tenia fuerza para traer á la vida la extincta libertad; pero eso no podia suceder en esta Europa moderna, que tiene el sentimiento de la libertad, la idea del derecho, la virtud del trabajo.

El cesarismo ha muerto antes que el César; el Imperio ha muerto antes que el emperador; la obra ha sido mucho más frágil que el artífice. En presencia de esta mortaja casi abierta, el primer pensamiento que os asalta es el pensamiento de los horrores y de los vicios y de los males que lleva consigo el poder personal. La sociedad es un organismo demasiado complejo, el Estado un órgano demasiado importante de este organismo, la nacion un ser de magnitud excesiva para que pueda personificarlos un solo hombre. Concíbese eso en sociedades sencillamente montadas, conducidas por una sola idea, adscritas á un solo y determinado objeto, como aquellos imperios militares cuyo jefe iba siempre á caballo, cuyo pueblo estaba siempre organizado en ejército, cuyo ejército vivia siempre en guerra; pero no se concibe, no puede concebirse en esta sociedad complicadísima, de varias y diversas funciones, todas con igual importancia, que exceden á la capacidad y resisten á la direccion de un solo hombre.

Comparad lo que hubiera sido la muerte de Napoleon III en el trono con lo que ha sido la muerte de Napoleon III en el des-

tierro. La Bolsa hubiera bajado, el crédito público se hubiera resentido, los ejércitos de observacion se hubieran puesto en movimiento sobre sus respectivas fronteras, la diplomacia se hubiera alarmado y hubiera tambien alarmado al mundo entero. Hoy, allá en sombría casa de Inglaterra, modestamente alojado, herido por operaciones quirúrgicas que apenas han llegado á noticia del mundo, asfixiado por el cloroformo, en ausencia de su familia y hasta de su hijo, en brazos de la amante esposa, Napoleon ha muerto, sin que se haya extremecido Europa al apagarse un corazon sobre cuyos latidos parecia que estaba montado, como sobre su rueda principal, hace pocos años, todo el complicado organismo de la política europea.

La nacion donde ha ido á refugiarse, á vivir los últimos dias de su azàrosa vida, á morir su oscura muerte, era la nacion más adicta á su persona, á su dinastía, á su política. Los ingleses son siempre los hombres de la observacion, de la experiencia, de la práctica. El criterio de lo útil domina en ellos sobre el criterio de lo justo. Conocen mejor, mucho mejor que nosotros el aspecto real de todas las cosas humanas, el lado po-

sitivo, tangible, por lo mismo que conocen menos los espacios ideales, inmensos, infinitos. Mirar con un talento inglés el curso de las ideas, es como mirar con un microscopio el curso de los astros; para los cielos se necesita el telescopio. Pero el microscopio es utilísimo á la ciencia, porque el microscopio os revela el mundo de lo invisible y sus infinitas maravillas. Y los ingleses ven claramente con su perspícuo talento de microscopio las utilidades que les trajo la política napoleónica, en gran parte inspirada por uno de sus primeros diplomáticos, por lord Parlmeston. En primer lugar, esta política acalló odios interternacionales, rivalidades históricas, mútuas amenazas de guerra; en segundo lugar, tomó parte en la empresa de Crimea, tan favorable á los intereses británicos; en último lugar, aunque este debiera parecer el primero, fué secuela de Cobden y partidaria del libre-cambio, reforma favorable de una manera excepcional al comercio, al trabajo, á la industria de los ingleses. Si hubiera ido á otra nacion jamás encontrára Bonaparte tantas simpatías. Nosotros nunca le hubiéramos perdonado su nombre ni el recuerdo de su historia; los ale-

manes su odio y su guerra; los italianos su oposicion constante á la conquista de Roma; los rusos su sitio de Sebastopol; los austriacos su apoyo á la emancipacion de la Lombardía y del Véneto; los americanos de raza inglesa sus simpatías por los patricios, por los esclavistas, por los negreros de la Carolina y de la Virginia; los americanos de raza española su funesto presente del imperio de Méjico. Sólo en Inglaterra podia vivir y morir el emperador de los franceses.

Su vida y su muerte casi se explican por su orígen. Hijo de un aleman y de una criolla, tenia en su sangre y en su espíritu el temperamento contradictorio, opuesto, de sus padres. Su alma era alemana, vaga, idealista, poco práctica, desconociendo los límites que separan lo posible de lo imposible. Así jamás contaba con la realidad para plantear uno de los ensueños de su mente y para satisfacer una de las ilusiones de su fantasía. Le asaltaba la idea de restaurar el poder europeo en América, de llevar el viejo cesarismo al Nuevo Mundo, de establecer allí un grande imperio como su imperio, pues no miraba ni las dificultades que habia de encontrar en la distancia, ni las dificultades

en los naturales, ni las dificultades en el espíritu americano: concebia y realizaba la descabellada expedicion. Despues creia que la hora de la libertad se acercaba. Pues no caia en la cuenta de que un tirano jamás puede renunciar á la tiranía sin renunciar á la vida; que al cautivar la libertad y luego soltarla, es enroscarse al brazo una serpiente herida y furiosa, y habia de morir por fuerza á sus mordeduras. Necesitó la guerra con Alemania para fortalecer á sú imperio. Pues suscitó aquella guerra de gigantes sin contar con los medios del enemigo, sin contar con sus propios medios, llevado como en furioso torbellino en las vertiginosas espirales de su idea.

Y si por la raza de su padre era Napoleon soñador, idealista; por el temperamento ardiente, meridional, de su madre habia recibido del trópico ciertamente el amor exaltado á los placeres. Así estaba gastada su naturaleza, consumida en la exaltacion, en el exceso, en el abuso de los sentidos. Y cuanto de él queda es un puñado de ceniza en la tierra y una sombra eterna en la historia.

CAPÍTULO XIV.

RABAGAS.

La literatura es un síntoma de renovacion, y señala mayor grandeza en el ánimo y luz más nueva en la inteligencia, cuando á las cimas de lo ideal se eleva y en los resplandores de lo ideal se ilumina. Si el espíritu y el genio francés, llevados en alas de su amor propio á pavorosas catástrofes, hubieran cambiado, cambiáran las letras, manantial vivísimo que brota de las entrañas de la inteligencia, creeríamos en sus progresos. Hace pocos dias que Alejandro Dumas nos reveló claramente cómo la tísis padecida por el ingenio de su generacion es incurable. Una co-

media de su antiguo género vino á mostrar que continúa la corrupcion. Las letras alzan la naturaleza humana al cielo donde es perenne la luz, al cielo de las ideas, y allí la transforman sin que pierda su verdad. Un tipo artístico debe ser como uno de esos tipos perfectos que Platon veia en la mente luminosísima de Dios, norma y modelo del universo. Segismundo es el tipo eterno del hombre sin sociedad y sin educacion. Romeo, Leandro, son los tipos del amor. Pero el arte contemporáneo es un arte de mayor impureza que la misma realidad. El arte contemporáneo es un arte de decadencia. Si alguien dudara de esta verdad tristísima, ahí está el drama último de Victoriano Sardou, llamado *Rabagas*. Este dramaturgo, admiradísimo en Francia porque posee el arte mecánico del teatro, pero falso, violento, superficial, rastrero, ha querido resucitar la antigua comedia política, la comedia de Aristóphanes. Admirable arte aquel en tiempos que carecian de prensa, y que llevaban por lo mismo al teatro con gran fortuna su oposicion á lo presente, sus dolores y sus pasiones. Allí se veia pasar al filósofo y al sofista, al general cobarde ante el enemigo, y al tribuno adulador

del pueblo; á las mujeres que deseaban romper los frenos naturales de su sexo y á los hombres que por débiles se convertian en mujeres; al pueblo en sus delirios y á la demagogia en sus excesos; pero con tal verdad que el espíritu general se reconocia en el teatro, y se entregaba al exámen de su conciencia, á la confesion de sus culpas. Y sin embargo, aquel teatro tan perfecto envenenó á Sócrates, y envenenando á Sócrates, envenénó la conciencia humana. Aquel teatro tan perfecto contribuyó á la decadencia de la democracia en Grecia, y al contribuir á la decadencia de la democracia en Grecia, contribuyó tambien á la decadencia de Grecia. Así como Esquilo, el poeta sublime de lo ideal, anuncia la grandeza política, científica, artística de Grecia y lleva encerradas en sus versos, desde la inspiracion de Fidias hasta la palabra de Demóstenes; el poeta de la realidad, con sér tan grande satírico y tan grande dramático, el genio de la ironía, Aristóphanes, representa la decadencia de Grecia; y por sus versos resuenan los crugidos de la sociedad, que caerá en los nefastos campos de Queronea, en esa batalla cuyo duelo llorará eternamente la conciencia humana.

Victoriano Sardou ha querido representar en *Rabagas* á Gambetta, al dictador, cuyo crímen único fué creer en la vitalidad de su patria. Pero si ha querido representar á Gambetta, la verdad es que no fué ese su primer pensamiento, porque *Rabagas* es un tribuno tornadizo que se vende al rey, mientras Gambetta es un tribuno austero que se consagra al pueblo. La clave de este enigma se encuentra perfectamente. Cuando Sardou empezaba su última comedia, la revolucion acababa de estallar, la República de nacer, y todo eran esperanzas en el pecho, ilusiones en la mente, deseos de que la nueva forma política fuese la forma definitiva de aquella sociedad. Entonces el poeta empezó á pintar el carácter que más detestaban los republicanos, el carácter de Emilio Ollivier, pasado desde la República al Imperio. Y en este intervalo cayó París, cayó Gambetta; la insurreccion de Marzo creó un fuerte espíritu reaccionario; los imperialistas se irguieron; y el poeta cortesano de la fortuna que habia empezado por delinear al caido bajo los escombros del Imperio, concluyó por delinear al caido bajo los escombros de la República. Siempre adoradores del éxito,

siempre dados á la adulacion, almas de siervos, caractéres de lacayos, quieren ser poetas, quieren ser los críticos de lo presente, los nuncios de lo porvenir. ¡Imposible! El sapo estará siempre en el cieno. Para cantar como el ruiseñor es necesario tener como el ruiseñor alas.

Fué la representacion una verdadera batalla. Resentidos los republicanos presentes, como Claretie, comenzaron á decir que extrañaban no se gritase ya «viva el Imperio.» Los gritadores imperiales dijeron que gritase él «viva la Commune.» A estas palabras siguieron grandes insultos mútuos; á estos mútuos insultos, golpes. La policía intervino. Los periódicos reaccionarios cantaron victoria. Los periódicos republicanos criticaron acerbamente al escritor. Y los consejos de guerra que prohiben toda alusion ofensiva á Thiers, dejaron pasar en el París por ellos dominado la alusion á Gambetta. La verdad es que una literatura así no puede inspirar esperanzas vivas en la suerte de Francia. Una literatura así aparece y brilla un momento, cuando los imperios se descomponen, cuando los pueblos espiran, cuando la idea que ha vivificado la civilizacion

se extingue; en las épocas de postracion y decadencia. Si Francia quiere levantarse, es necesario que se alimente de nuevo con la médula de leon, es decir, con las ideas de libertad y de justicia.

CAPITULO XV.

LAS ENTREVISTAS DE LOS EMPERADORES DEL NORTE Y LA CONSOLIDACION DE LA DEMOCRACIA EN FRANCIA.

No os cureis de lo que han dicho, ni de lo que han hecho los tres dueños del Nordeste europeo en sus reuniones. Ellos son como las estátuas de los antiguos dioses, frios objetos de culto. Los verdaderos oráculos se encuentran en el pensamiento de sus primeros ministros. Andrassy es el más vulgar de los tres; y su papel en la comedia el más humilde. Le han nombrado, porque representa una virtud que será muy cristiana, pero que es poco política; la resignacion del vencido á su derrota. Él mismo no es nada en sí; personifica un ideal especialísimo, representa una política determinada: oráculo de

oráculos, su voluntad y su pensamiento se encuentran en el astuto Deack, que le dirige desde el retiro de Hungría. En cambio, Bismarck y Gortschakoff son dos personalidades brillantísimas, dos naturalezas superiores y avasalladoras. Aquel, ministro de un rey pietista como el rey de Prusia, revolucionario en el fondo del alma, de escasa conciencia, pero de mucho talento, prevé con profética anticipacion los sucesos venideros, y aprovecha con maquiavélica oportunidad los momentos á sus planes más propicios; éste, ministro del Czar, sobre el cual ejerce una verdadera dominacion diplomática á la usanza de Talleyrand y de Metternich; sóbrio de palabra; ducho en el conocimiento de la realidad y de sus obstáculos y dificultades; previsor tambien, y tambien apto para aprovechar el cuarto de hora más propicio á su política; ambos extraordinarios, conocen que hoy solamente la paz puede aprovechar á sus respectivas naciones.

Bismarck no renuncia, nó, al pangermanismo. Las regiones alemanas han de formar una sola nacion confederada, ya estén bajo el dominio de Francia como estaba Alsácia, ya estén bajo el dominio de Austria

como están ocho millones de alemanes, ya estén bajo el dominio de Rusia como están las provincias del Báltico. Su política es una política contradictoria de la política rusa y de la política austriaca. Pero Bismarck es un gran político, por lo mismo que Bismarck solo aspira á lo posible en política. Por alcanzar el todo, arriesgaria cuanto ha obtenido en sus dos últimas pasmosas campañas, malograria los frutos de Sadowa y de Sedan sazonados con santa sangre. El nuevo imperio no está todavía consolidado. Las cuestiones religiosas, difíciles donde hay predominantes dos religiones tan irreconciliables como la católica y la protestante, le suscitan á cada paso gravísimos obstáculos. Las familias destronadas conspiran por sus viejos tronos. Los reyes vasallos como el rey de Sajonia, como el rey de Westphalia, como el rey de Baviera, llevan harto indócilmente su deshonroso yugo. El Austria, aunque fraccionada en Estados enemigos, aunque caida bajo la tutela de Hungría, aunque desgarrada por las luchas latentes de razas opuestas que no pueden caber en el pandemonium del imperio, es todavía una formidable potencia. Bismarck necesita tiempo

para consolidar su dificultosa obra, Bismarck quiere hoy, en este momento, la paz.

Y lo mismo quiere el hábil Gorstchakoff. Éste no renuncia á las pretensiones de su gente y de su raza. Las pretensiones de su gente y de su raza son asimilarse por completo á Polonia; dirigir la familia eslava esparcida por las regiones germánicas y por las tierras danubianas; acabar con el imperio turco en Europa y ejercer el protectorado de Asia; sustituir en la direccion intelectual del Occidente á la sabia y poderosa Alemania. El pensamiento humano jamás podrá calcular el número de guerras, de batallas, de revoluciones indispensables á la realizacion de estos apocalípticos destinos históricos que se condensan en la persona de un emperador, Pontífice y general, verdadero semi-Dios bajo el cielo y sobre la tierra. Mas para cumplir una parte de ellos no más, Rusia necesita dos elementos, necesita tener concluido el armamento general de sus razas, y tener concluida la red de sus ferrocarriles. Cuando haya concluido el armamento de sus razas, ¿quién podrá calcular el ejército de ese Imperio, que toca por Occidente con Prusia, con Turquía, y que toca

por Oriente en la China y en la India? Cuando haya concluido la línea de sus ferro-carriles, ¿quién puede prever el sitio donde irán á posarse esas inmensas nubes de langosta, semejantes á las que en tan gran manera comenzaron por aterrar y concluyeron por destruir el Imperio romano? De suerte que Prusia y Rusia necesitan ambas tiempo, mucho tiempo, la una para consolidar sus empresas pasadas, la otra para intentar sus empresas futuras. Y el Austria, oprimida por estos dos colosos, aunque sus intereses hoy sean opuestos al uno que codicia la tutela de los alemanes, y al otro que codicia la tutela de sus eslavos, tiene que recibir fatalmente el impulso de ambos. Los grandes mónstruos de la autoridad, fatalmente condenados, como los mónstruos del mar, como las fieras de la tierra, á devorar á sus inferiores, á sembrar la matanza en torno suyo, duermen ahora en paz; pero con la fiebre de la guerra y con la sed inextinguible de sangre.

Hasta en la manera de ser alojados uno y otro emperador, se revela el tacto diplomático de la cancillería prusiana. Alejandro de Rusia ha ido á su casa, á su embajada,

como igual del emperador de Alemania más que su huésped. Francisco José de Austria ha ido hospedado al palacio sombrío del gran Federico, de aquel Federico que comenzó esta obra titánica; la sustitucion de su poder y de su dinastía al poder y á la dinastía tradicional de los Hapsburgos. ¡Cómo habrá podido meditar el descendiente de los sacros emperadores romanos allá en su retiro de los Tilos sobre la decadencia de las familias que representaban la antigua autoridad imperial, la antigua tradicion religiosa y el poder de las familias que han representado la Reforma y la Filosofía en Alemania! No lo dudemos, nó; ya que siempre hemos creido en el progreso del hombre y en la providencia de Dios. En el combate por la vida, que rige desde la naturaleza, hasta la sociedad, combate inacabable como el movimiento, indefectible como la muerte, las ideas progresivas, vencidas en mil batallas parciales, alcanzan definitivamente la víctima última y total. Ejemplo: la vieja Austria y la nueva Alemania. Pues ese Imperio aleman, hoy tan formidable, será vencido por las futuras democracias. Esa es la única piedra, sépalo el Papa, que puede ya derribar al coloso.

Una idea progresiva, que ha vencido á otra idea reaccionaria, no puede á su vez ser vencida sino por otra idea más progresiva aún. El reino de Italia será vencido, nó por la teocracia, por la república; el Imperio de Alemania será vencido, nó por las excomuniones de la Iglesia y por la espada del Austria, sino por la libertad y por la democracia.

Curioso incidente ha ocurrido uno de estos dias. El célebre escritor Edmundo About, célebre por su ingenio y por su gracia, despues de haber derramado mares de tinta sobre el poder prusiano que tantos mares de sangre ha vertido en Francia, tuvo la ocurrencia de ir á vender una casa de campo que se habia fabricado en territorio entonces francés, hoy aleman. Incomódanle mucho á Bismarck, y en ello muestra escasa elevacion de espíritu, los alfilerazos de los epígramas franceses, y especialmente del más epigramático de sus escritores, de Edmundo About. Y manda un comisario de policía, que le intima la órden de acompañarle hasta las cárceles de Estrasburgo, donde va á dar cuenta de sus acerados epígramas. Imaginaos la impresion que habrá producido tamaño atrevimiento en la impresionable Francia, y sobre todo en su

gobierno. Es verdadera alevosía prender á un escritor por palabras dichas en tierra extranjera y bajo el amparo de su derecho nacional. Este escritor, además, ayer fué comensal del príncipe Napoleon, hoy es comensal del presidente Thiers. Su pluma está empeñada en la defensa de la República conservadora, como ayer estuvo empeñada en la defensa del Imperio liberal. Por consiguiente, opinion pública y gobierno francés se han conmovido hondamente. A consecuencia de esta conmocion, telégramas contínuos han cruzado entre la residencia del presidente de la República francesa y el canciller del Imperio aleman. El Consejo de guerra, que reside en Estrasburgo, y que debia juzgar al criminal, ha dado un veredicto de no há lugar, y Edmundo About ha vuelto sano y salvo á su patria.

Pero las pasiones políticas son verdaderamente implacables en Francia. Sus enemigos han recordado á Edmundo About antiguas ternezas y complacencias antiguas por Prusia. Sus mismos amigos han querido consolarle recordando á este nuevo Voltaire las desgracias del grande Voltaire, cuando su antiguo amigo el rey de Prusia lo moles-

tó, lo persiguió y hasta lo encarceló en Prusia, temiendo, y no en balde, que su acerada pluma le abriese alguna herida en la honra.

Mientras estos incidentes pasan entre Prusia y Francia, la evacuacion de los departamentos ocupados se verifica con toda regularidad. Y á medida que la evacuacion de los departamentos se verifica, la República se afirma y consolida. Los monárquicos no pueden llevar esto en paciencia. Ellos, que son la mayoría de la Cámara, reducidos al papel de triste minoría, privados de poder alzar el rey de sus ensueños al trono mantenido por sus mayores. Así, en la última de las reuniones celebradas por la Comision permanente de la Asamblea, las quejas de los iracundos han estallado. Un duque de antigua prosapia, de aquella que se gloría con su abolengo feudal, ha sido el encargado de referir los agravios. Para este nieto de las cruzadas el presidente de la República se ha excedido al defender con tanto empeño la República. Él quisiera esta forma de gobierno como una antesala para la Monarquía. Mas como vá de veras, como la República se queda definitivamente en Fran-

cia, el gótico duque declara que el pacto de Burdeos se ha roto y que el presidente ha faltado á sus compromisos y á sus juramentos. ¿Se ha roto el pacto de Burdeos? Nó. La necesidad de la lógica ha vencido y ha deshecho las frágiles y arbitrarias convenciones de los hombres. La República se encuentra definitivamente establecida en Francia. Nadie la puede ya derribar. Cuando la Monarquía ha llevado varias veces á Francia al abismo por sus intereses dinásticos, por sus procedimientos reaccionarios, por su corruptora política, la República, que es la nacion misma, viene á curar todos estos males y á inaugurar una época de libertad y de paz.

CAPÍTULO XVI.

EL SUICIDIO DE MR. BEULÉ Y LOS APUROS DE MR. GUIZOT.

Acaba de pasar una trajedia doméstica, que se ha elevado por sus relaciones con la cosa pública, á trajedia verdaderamente política. Hace ya algunos dias que murió Mr. Beulé, miembro que habia sido del gobierno de Mac-Mahon en la emboscada contra Thiers. Todos sus amigos dijeron, y todo el mundo creyó, que habia muerto de muerte natural. Beulé fué un hombre distinguido en letras y ciencias; funesto en política y en administracion. Sus talentos literarios, plenamente manifestados en la juventud, le alcanzaron pension para la escuela francesa de Atenas; y sus trabajos arqueológicos, emprendidos con grandes conocimientos y ejecutados

con grande perseverancia, le dieron merecida fama, sobre todo, su descubrimiento de la escalera de Acrópolis en Atenas. Ha escrito sobre arqueología libros, que si no tienen el universal renombre de los libros de mi ilustre amigo el embajador de Inglaterra en España, M. Layard, merecen de los estudiosos atencion y estima. En aquellos libros recuerdo haber leido las emociones que produjeron en su ánimo la caida de la República y la restauracion del Imperio. Un griego, asentado sobre las ruinas, á la sombra del Himeto, á la orilla del Pireo, en aquella tierra consagrada por el génio de la libertad, miró en tal ocasion tristísima con ojos compasivos al jóven arqueólogo francés, y le dijo estas solemnísimas palabras: me dais lástima, porque habeis alcanzado la libertad y no habeis sabido conservarla.

Con estas ideas se volvió á Francia y se consagró enteramente á sus trabajos literarios. El Imperio le dió una cátedra en la Biblioteca imperial, y aprovechó aquella cátedra para lanzar agudísimos dardos, invectivas, epígramas al Imperio. Los libros sobre los césares y sus familias, eran libros sobre Napoleon y su dinastía. De esta suerte pasa-

ba sus ócios, cuando vino la revolucion del 4 de Setiembre y tras la revolucion del 4 de Setiembre la República francesa. Parecia natural que aquel hombre, tan comprometido en la causa de la libertad, ingresara en el seno de los partidos republicanos. Pues vino á la Asamblea de Burdeos y tomó plaza y número en las filas de los partidos reaccionarios. Un discurso dicho con desembarazo y con las amplificaciones de buen profesor, y con la competencia y gusto de buen artista, acerca de asunto, despues de todo baladí, el teatro de la Ópera, fijó la atencion del Parlamento en su persona, y le dió plaza distinguida entre los diputados de la derecha y cartera importante en el primer ministerio de Mac-Mahon.

Ya en el gobierno, se distinguió por su celo reaccionario, y entre todas las cuestiones que se planteaban tomó á su cargo la cuestion que más atañia á la conciencia y á su libertad, la defensa de los obstáculos puestos á los enterramientos civiles. Imposible es decir las invectivas lanzadas desde la tribuna sobre aquellos que, á la hora de su muerte, cuando todos los velos se caen, cuando la conciencia se eleva pura, desligándose

de la materia como aroma evaporado del roto vaso de nuestro cuerpo, en momento tan supremo prefieren al juicio del mundo, á las preocupaciones del mundo, su fé ó su ciencia, y repugnan morir, aunque sea aparentemente, bajo las maternales alas de una religion no aceptada, no creida en el fondo inviolable del alma. Y este hombre que tanto hablaba de los escándalos de la muerte en los filósofos que no querian asistencia de ninguna Iglesia, ni en su agonía ni en su entierro, habia de dar un escándalo religioso, un escándalo moral, con el atentado á su propia vida, muriendo como cualquier Werther, de infame suicidio.

Sorprendió á todo el mundo su rápido fin, porque era jóven y robusto. Pero recien caido del poder, atribuyóse esto á enfermedad natural, y la enfermedad natural á horrible tristeza, y la tristeza á sus desgracias políticas. Los clérigos, que le habian inspirado sus discursos reaccionarios, recogieron el cadáver y cantaron los oficios religiosos sobre su ataud y sobre su tumba; los ministros que le habian movido á escandalizarse de la muerte de otros, cuyo delito consistia en fidelidad á las propias creencias, le acompa-

ñaron y le dijeron palabras henchidas de misticismo. Beulé habia muerto de muerte natural, en la fé católica, creyente y contrito.

Ya se iba olvidando su muerte, cuando comienzan siniestros rumores á esparcirse y divulgarse. Beulé no habia muerto de muerte natural; Beulé habia anticipado por su propia mano su fin, habia muerto suicida. Se encerró herméticamente en su cuarto, se desnudó de sus vestiduras, se tendió en la cama, se buscó el lugar del corazon y se clavó un puñal. La murmuracion, tan propia de la malignidád humana, comenzó á buscar las causas del atentado, á divulgar que las habia encontrado en disgustos domésticos, en faltas de su esposa. Esta, que siempre fuera honrada en su vida y fiel á su marido, se ve obligada por necesidad á decir la causa del suicidio: sus desgracias políticas y las jugadas en la Bolsa.

¡Cuántas reflexiones provoca esta muerte trágica! Quizá los artistas no deben pretender elevarse de las tranquilas emociones de su vida de goces espirituales á las terribles tempestades de la política. Pero lo que no deben, sobre todo, es servir primero una

causa y luego la causa contraria. Esta muerte de Beulé trae á la memoria involuntariamente la muerte de Prevost-Paradol, aquel escritor delicado y fino del *Diario de los Debates*, que habia esgrimido su ática sátira contra el Imperio, y que en los últimos dias del Imperio, bajo pretesto de su aparente liberalismo, habia aceptado del Imperio una embajada. Fué tan grande el horror á sí mismo, y tan intenso el remordimiento y la reconvencion de su conciencia, que se quitó la vida. Respetemos al muerto y á su desgracia. Pero no debemos respetar en manera alguna á ese clero y á ese gobierno, que torpemente se escandalizan de la muerte de aquellos que no comparten su política ó su religion, injuriando actos sublimes y recuerdos sagrados, para ir luego á honrar y exaltar ante las preocupaciones terminantes de esa misma religion, la existencia y el fin de un suicida.

¡Qué terrible decaimiento prueba la usanza del suicidio! En la antigüedad, cuando Grecia y Roma eran jóvenes y robustas, morian los ciudadanos en la guerra ó en el trabajo, al mandato de la naturaleza. Allá, en los tiempos de decadencia, en los dias del

Imperio, bajo el peso de las cadenas, bajo la deshonra de la servidumbre, al resplandor siniestro de la orgía, al grito desgarrador del Circo; cuando toda idea se apagaba en la conciencia, toda fé en el pecho, toda dignidad en el carácter, los hombres iban á buscar voluntariamente en el regazo de la muerte olvido y consuelo á la tristeza y á la indignidad de la vida.

Otro hecho curioso y dramático, aunque antes cómico que trágico. Emilio Ollivier escribió un discurso laudatorio del Emperador y del Imperio, para ingresar en la Academia francesa. Opúsose Mr. Guizot á que leyera el discurso, y con este motivo dijo palabras durísimas contra el Imperio y el César. Los periódicos cesáreos é imperialistas echaron en cara á Mr. Guizot que hubiera denostado á un príncipe á quien debia su hijo cincuenta mil francos, segun los papeles secretos encontrados en el palacio de las Tullerías. En efecto, cuando el Imperio tuvo veleidades de liberalismo, la familia de Guizot se unió al Imperio, y el hijo del ministro de Luis Felipe ingresó en el departamento de Negocios extranjeros. Encontrándose apuradísimo, Emilio Ollivier le alcan-

zó cincuenta mil francos del bolsillo particular de la Emperatriz. Mr. Guizot ignoraba la obligacion de su hijo hasta que la revelaron los periódicos del imperio. Al verla prodújole hondo disgusto. Poco sobrado de recursos, pues á sus años y despues de haber ocupado tan altos puestos, vive del importe de sus libros, no tenia manera fácil de reunir esa cantidad. Desesperábase en grande angustia cuando recuerda que guardaba una joya de subido precio. Era un cuadro original de Murillo, regalo de la reina Isabel con motivo de sus bodas, en las cuales tanta y tan triste influencia tuviera Mr. Guizot. Vende este cuadro, le dan por él ciento cincuenta mil francos y le envia á la Emperatriz los cincuenta mil francos recibidos por su hijo con todos sus intereses legítimos. Pero la Emperatriz le devuelve el dinero y no quiere aceptarlo, fundándose en dos justísimas razones. La primera en que los dones de los soberanos son dones irrevocables. La segunda en que la Emperatriz no ha divulgado el donativo, sino que se ha descubierto por los papeles secretos de las Tullerías. Mr. Guizot ha depositado la cantidad y entablado un pleito para que la Emperatriz re-

ciba por fuerza la cantidad entregada á su hijo por gracia.

La situacion política del pueblo donde han pasado todos estos sucesos que vamos historiando, parece aclararse á medida que se acerca el dia ya próximo de la nueva reunion de la Asamblea. El duque de Broglie, en discurso pronunciado ante los diputados provinciales de su departamento, ha podido brindar á la salud del presidente de la República, título que cispa los nervios de todos los monárquicos, y ha podido anunciar que será presentada la ley del arreglo de sus atribuciones, ley funesta para las esperanzas borbónicas. Hay quien dice que el duque de Broglie ha querido en esto anticiparse al juicio de sus colegas para seguir mereciendo la confianza del presidente, y anunciar la República definitiva para desgajar algunas fracciones del centro izquierdo y ponerlas á su devocion y á su servicio. Pero los monárquicos, que han erigido el septenado por su parecido á la Monarquía, están ya disgustados de este nombre de República, última sombra de la revolucion de Setiembre, y resueltos á no dejarse coger en nuevos lazos. Así es que el órgano más im-

portante de la derecha, *La Union*, toca fuertemente á arrebato contra la política del duque de Broglie, y dice que se encaminará como siempre á engañar á los realistas, á infundirles aliento para volar con él, y luego dejarlos en brazos de una dictadura militar de siete años y bajo la sombra de una confusa República.

CAPITULO XVII.

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO.

Madrid 5 de Enero de 1873.

Ábrese el nuevo año con grande y ruidoso rompimiento entre el jefe de la Iglesia católica y el jefe del Imperio aleman. Todas cuantas manifestaciones de la política germánica suban á la superficie social, deben seguirse con atencion, estudiarse con cuidado, si queremos conocer el movimiento de la Europa contemporánea, que hoy se somete á una especie de hegemonía de Prusia como en otro tiempo se sometió á una especie de hegemonía de Francia. Y la política alemana tiene el mismo carácter del pueblo aleman, una mezcla extraña de militarismo y de idealismo. Y como tiene tan extraña

mezcla, todas las altas cuestiones políticas toman allí, ora un carácter científico, ora un carácter teológico. Sabida es la indiferencia con que las naciones latinas recibieron la declaracion de la infalibilidad del Papa. Para nuestra manera de sentir y de creer no alteraba esto profundamente las condiciones de la Iglesia. Nuestros racionalistas no creen, y nuestros católicos no razonan. Por consiguiente, ni á unos ni á otros les interesaba con viveza la alteracion fundamental de la Iglesia.

No así en Alemania. Las cuestiones religiosas tienen allí trascendencia inmensa á toda la cultura, y por consiguiente á toda la política. Así aquellos que profesan la fé de la religion, como aquellos que profesan la fé de la ciencia, todos entran más dentro de la interioridad humana, dentro de la conciencia, que nosotros los latinos, dados á vivir en el comercio con la sociedad y con la naturaleza. Las sectas religiosas, sin dejar de ser tolerantes entre sí, cuidan allí ménos del culto, ménos de las ceremonias y más de los principios, más de los dogmas que nosotros, siempre un tanto artistas, y por consecuencia un tanto paganos. Y siendo esto

así, desde el punto y hora en que se declaró la infalibilidad papal, los más fervientes, los más ilustres católicos alemanes declararon á su vèz que se habia consumado la obra iniciada por los jesuitas en el Concilio de Trento, que se habia convertido la Iglesia democrática de Cristo en la Iglesia absoluta de Pio IX. Y desde aquel punto se dividieron los alemanes en católicos que reconocian y católicos que negaban la infalibilidad pontificia con el nombre de viejos y nuevos católicos.

Los viejos católicos eran los que profesaban los antiguos principios de la Iglesia sin las peligrosas murmuraciones del Concilio. Los nuevos católicos eran los que admitian la infalibilidad. El maquiavélico canciller del imperio protegió á los viejos católicos. Las declaraciones del Concilio Vaticano jamás fueran admitidas en Alemania. Los que no profesaban la infalibilidad del Papa continuaron vertiendo sus ideas en las cátedras y administrando los sacramentos de la Iglesia. Los Obispos reclamaron, y sus reclamaciones tuvieron eco hasta en el seno de los parlamentos. Pero el gobierno aleman declaró que él no habia admitido como ley del

reino las declaraciones del Concilio Vaticano, y que no podia deponer de sus puestos, ni perseguir civil ó criminalmente á los mismos que seguian su conducta, y profesaban sus principios. De aquí tremenda cruzada de la Iglesia contra el Imperio, cruzada que se complica con la expulsion de los sacerdotes más adictos á la córte romana, con la expulsion de los jesuitas.

Así andaban las cuestiones religiosas en Alemania, cuando el Papa interviene personalmente en la contienda. Ya hace tiempo que su personalidad llevó grandes obstáculos á la política germánica. Como le nombraran un embajador cardenal, protestó contra este nombramiento, diciendo que en él solo se reconocia su autoridad religiosa y no su autoridad temporal. Entonces Bismarck, con ese ingenio florentino que todos le reconocen y le proclaman, nombró un embajador militar en demostracion de que reconocia en el Papa hasta carácter de generalísimo. Pero la cólera del Papa no habia estallado con estallido fuerte sino en este último instante. Acababa de dirigir una Bula á sus hermanos en Cristo, á los Obispos del orbe católico, una Bula dictada por ese espíritu

intólerante, y escrita en ese estilo altivo que caracterizan las producciones del Vaticano.

En esta Bula ó Encíclica maltrata á las Córtes españolas que han votado la última ley sobre el clero. Despues de maltratar á las Córtes españolas, maltrata á las Córtes italianas. Sus leyes sobre la desamortizacion eclesiástica; sus leyes sobre el derecho de las asociaciones religiosas; sus leyes sobre los conventos; sus leyes sobre el servicio obligatorio que no exceptúa ni á los mismos seminaristas, parécenle aborto del infierno. Hasta los armenios, los católicos de Oriente, que han caido en rebelde cisma reciben sobre sus conciencias y sobre sus espaldas los apóstrofes fulminantes de las cóleras pontificias.

Pero donde el Papa llega al extremo del furor es al tratar del estado de la Iglesia en Alemania. Su voz se levanta con estruendo digno de los cañones prusianos. Su mano toma la sangrienta espada de los ángeles exterminadores. Revuélvese airado contra el César y contra su pueblo. Lo primero que les llama es lo que más podia herir la antigua susceptibilidad alemana, ignorantes, sí, ignorantes de la religion y de sus dogmas. Y despues de llamarlos igno-

rantes de la religion y de sus dogmas, les llama ingratos, pues indica que los católicos saben dar al Papa lo que es del Papa, pero tambien al César lo que es del César, sin duda, elevándola poco ménos que á la categoría de Dios, y obedeciéndole poco ménos que obedece al pastor el ganado. Y partiendo de este doble carácter de la ignorancia y de la ingratitud, agota todos los adjetivos del latin eclesiástico, todos, contra el gobierno de Alemania. En algunos momentos perifrasea felizmente las terribles invectivas de los profetas hebreos contra los emperadores idólatras y contra los Imperios perversos. Y al perifrasear estas invectivas arranca á su lenguaje imperioso, ruidosísimo, apasionado acento de verdadera elocuencia.

Los italianos se han callado, dejando pasar sobre sus frentes la cólera de Dios. Pero los alemanes no se han callado, no. Los alemanes han respondido con iguales invectivas á las invectivas del Papa. *La Gaceta del Norte*, de Alemania, es el periódico oficial de Bismarck. Y en este periódico oficial se llama á la Encíclica del Papa audacia extraordinaria, irreverencia colosal, atentado inaudito. Y despues de decir todas estas atro-

cidades al Papa esgrime sobre su frente verdaderas amenazas. Y para mostrar que estas amenazas no quedan en palabras, el canciller del Imperio ha mandado retirar su embajador de Roma. Y el buen soldado, que representaba á la Prusia militar en el Vaticano católico, há vuelto á Berlin.

Prusia es una nacion esencialmente militar, pero tambien esencialmente científica. Prusia es una nacion que sigue la corriente de las ideas modernas en la esfera intelectual, aunque no la siga con el mismo empeño en la esfera política. Prusia ha dado en el siglo presente la filosofía del progreso, con Hegel. Prusia ha definido la idea del derecho, con Kant. Prusia ha llegado al armamento general que parece hoy una fuerza de los Imperios y que será mañana una fuerza de las democracias. Prusia es una nacion revolucionaria, y en la esfera donde más las revoluciones se arraigan, en la esfera del pensamiento y de la inteligencia.

Así crece cada dia más la agitacion religiosa y toma grave aspecto de cisma. El poder ha juzgado que no le bastaban las antiguas facultades, con ser tantas, y las ha pedido nuevas á las Cámaras, pero contra los

católicos fieles al Concilio. Europa ve ya en todas las agitaciones de los pueblos alemanes, el genio maquiavélico de Bismarck. Lo vé en las controversias teológicas de Baviera. Lo vé en los disturbios últimos de Bélgica. Pero, deteniéndose á considerar un poco la cuestion descúbrese que hay en ella algo superior á las ideas políticas, algo de enconados, aunque íntimos é ingénuos disentimientos religiosos. El hombre que personifica el cisma en Alemania es un hombre de ciencia y de pensamiento; ageno á las cábalas políticas y enamorado del catolicismo puro, íntegro, como lo formuláran los Concilios ecuménico, y lo recibieran las generaciones piadosas.

Recluido en su Iglesia y en su cátedra, sin ese inquieto afan de figurar que suele perder á otros hombres, sin esa elocuencia exaltada que gusta del combate y del escándalo, el canónigo Doellinger no se mueve por impulsos extraños, sino por inspiraciones incontrastables de su corazon y de su conciencia.

Todo el mundo conviene en que su vida es una vida sencillísima. De su austera casa va todos los dias á misa, de misa á la biblio-

teca, de la biblioteca á la cátedra, de la cátedra al oratorio, donde se entrega á piadosos ejercicios, y del oratorio á su gabinete, verdadera celda donde se entrega á prolijos trabajos. Y en efecto, cuando se sigue la vida de este hombre, cuando se cuenta el número de sus obras, cuando se sondea la profundísima ciencia que contienen, el ánimo más prevenido confiesa que este atleta del trabajo intelectual no puede oir más voz que la voz de su conciencia, ni tener más fin que conservar en la muerte la pureza de la vida.

Triste destino en verdad el destino del partido ultramontano. Aparece en su seno un escritor de las singulares condiciones de Lamennais. Su pluma ilumina y fulgura como el rayo. Sus libros cautivan por las ideas á los sabios, y por el estilo al vulgo. Los tonos de la elocuencia apologética cristiana se repiten milagrosamente en aquellas páginas luminosas y encendidas, que juntan á la dulzura del Crisóstomo la energía de Tertuliano. Parece que en pleno siglo décimo-nono ha oido á los profetas y les ha tomado su estro inmortal, los movimientos y las pasiones de sus titánicas almas, igualmente furiosas contra los ídolos y contra los

reyes. Regocíjase la Iglesia de poseer aquel apóstol, cuando un dia va Lamennais á Roma, y en vez de sentir allí las inspiraciones de San Pedro, siente el génio de Lutero.

Nace un grande orador, el padre Jacinto. Su voz de plata parece creada para ser como la campana de la Iglesia. Sus discursos elocuentísimos elevan, edifican, tocan muchos corazones y muchas conciencias rebeldes. En torno del púlpito de Nuestra Señora y del púlpito de la Magdalena se agrupa un auditorio ansioso de oir ideas religiosas y de aspirar las brisas celestes que tanto se echan de menos en el fondo de las grandes ciudades modernas. Parecian renacer en aquella palabra y en aquel hombre las místicas legiones de los antiguos predicadores. Mas de súbito aquella palabra tambien se vuelve, como la pluma de Lamennais, airada y aceradísima, contra Roma.

Doellinger es menos artista, y por consecuencia, menos impresionable que éstos dos hombres. Su génio nada tiene de teatral y de tribunicio. Es el génio aleman recluido en las profundidades íntimas de su propio sér, reconcentrado en meditaciones y plegarias, eminentemente subjetivo, y por lo

mismo alimentándose, nutriéndose de las ideas, sin que los hechos externos de la sociedad y de la política le conmuevan, y menos la perturben.

Doellinger es hoy anciano. El año último del pasado siglo le vió nacer. A pesar de las ideas que llenaron la época de su juventud, y de los ruidosos hechos que subvirtieron tantas instituciones y tantos pueblos, el austero canónigo no vivió sino para su fé y no se comunicó sino con su Dios. A los veintitres años abrazó el sacerdocio, ese ministerio que ejercido con pureza y en conciencia, separa al hombre de todos los intereses, de todas las pasiones, y le obliga á bendecir los agenos puros placeres como el matrimonio, el advenimiento de los hijos, y á participar de todas las penas, de los horrores de la agonía y del luto que deja en pos de sí la muerte.

Doellinger se consagró con fé, no sólo á su ministerio moral, sino tambien á los estudios teológicos. La eucaristía, por la cual se comunica, segun el dogma, la humanidad con Cristo, recibiendo la infusion de su sangre, participando de su divina esencia; la eucaristía fué el principal objeto de los

estudios del teólogo, de las contemplaciones del místico. En ello demostraba cuán apartado vivia de toda tendencia herética, porque uno de los disentimientos más profundos entre el catolicismo y el protestantismo, dimana de la inteligencia de este dogma. Inspirado en esta contemplacion publicó una obra teológica é histórica sobre la doctrina de la Eucaristía en los tres primeros siglos de la Iglesia.

La sabiduría que revelaba, en sus cortos años asombrosa, llamó la atencion general y lo elevó á la cátedra de Munich. Allí profesó la historia eclesiástica, publicando sus lecciones, que fueran á varias lenguas traducidas. Á estas obras ha unido otras de una grande importancia, como los *Orígenes del Cristianismo*, *El exámen de la religion de Mahoma*, *El exámen de la religion de Lutero*, *El Juicio de este reformador*, *El Protestantismo en Alemania y especialmente en Baviera;* obras todas que brillaban por la más pura ortodoxia y por la fé más ardiente.

La única muestra que dió de haber sentido la luz y el calor del espíritu moderno, fué su presencia en la Asamblea de Francfort, donde llevó la representacion de Baviera.

Allí, entre las grandes corrientes de las ideas, á la faz de los primeros pensadores de Alemania, cuando se agitaba el espíritu moderno en sus mayores profundidades despidiendo deslumbradoras centellas, Doellinger sostuvo, en interés de todo espiritualismo y de toda religion, á fin de atraer las almas por puros llamamientos de la palabra y de su eterna revelacion al regazo de las puras creencias, que por siempre rompieran el anillo, ó mejor dicho, el eslabon que une el Estado y la Iglesia.

En 1861, ante uno de esos numerosísimos auditorios que en Alemania congrega el amor á las ideas, Doellinger pronunció una série de discursos profundamente meditados sobre el poder temporal de los Papas. Estos discursos, llenos de erudicion, de ciencia, tenian dos caras. Los católicos podian ver en ellos que jamás se defendiera con tanta piedad mezclada de tanta prudencia, la autoridad de rey como base para el ministerio de Pontífice. Pero los liberales podian ver que ágriamente se combatia la política y la administracion romanas, las proscripciones de los láicos, la ausencia de todo régimen parlamentario, la falta de municipios inde-

pendientes, la asfixia del espíritu privado por una censura implacable de recoger el oxígeno diluido en la pura atmósfera de la libertad.

Una gran polémica se empeñó con motivo de la publicacion de este libro. Los periódicos religiosos convinieron todos en admirar la calurosa defensa del poder político de los Papas y en combatir la ágria censura del ejercicio de este poder. Rudas polémicas se empeñaron de uno y otro lado. Doellinger se mantuvo ageno á todas ellas, seguro de su idea y de su conciencia. Pues bien, este hombre que era una de las lumbreras más vivas de la Iglesia, ha sido expulsado por las últimas imprudentes declaraciones conciliares del seno de la Iglesia. Y su doctrina y su asociacion hallarán fuerte auxiliar en el Gobierno germánico, segun las últimas declaraciones del ministro de Justicia en el Imperio.

El arzobispo de Munich háse alarmado de las palabras del ministro de Cultos y ha publicado, bajo la presion de esta alarma, una elocuente pastoral. En ella sostiene con gran vehemencia que el dogma de la Infalibilidad no altera esencialmente la Iglesia;

que ésta ha podido y debido publicar el dogma en cada nacion sin el pase de los respectivos gobiernos; que los derechos concedidos por la Constitucion deben ser conservados al Catolicismo; y que no es fundada la alarma del Estado contra la Iglesia cuando de un conflicto entre ambas potestades, siempre al Estado le quedaba para defenderse y salvarse, su tajante espada.

El ministro de Cultos debe responder al arzobispo de Munich, que el Estado se alarma con razon, hoy que la Iglesia está constituida como uno de sus poderes. Mas que para conjurar esta alarma no piensa el Estado de ninguna suerte en esgrimir contra los neo-católicos el arma que esgrimieron Felipe II y Cárlos II contra los luteranos, sino en separar la Iglesia del Estado, para que la Iglesia sea, bajo su cuenta y riesgo, una sociedad que sostenga la utopia de lo pasado, como la Internacional es otra sociedad que sostiene la utopia del porvenir: que las esferas de la actividad humana giran siempre entre estos dos opuestos polos, de ideas muertas, ó de ideas prematuras, oriente y ocaso de los siglos.

La separacion de la Iglesia y el Estado

es la fórmula suprema que resuelvé todos los conflictos y supera todas las dificultades. Porque si hay pretensiones en la Iglesia exclusivas, tambien las hay en sus implacables enemigos. Y esto me lleva como de la mano á tratar la cuestion del Congreso protestante de Sajonia. Ese Congreso ha estado en su derecho condenando moralmente el dogma de la Infalibilidad como ya lo ha condenado el Congreso de los católicos viejos en Baviera. Este Congreso ha estado en su derecho combatiendo las ideas de la Orden de los jesuitas. Pero este Congreso no tiene derecho, àbsolutamente no lo tiene, á pedir que la Orden de los jesuitas sea expulsada de Alemania. La disolucion por la fuerza, las expulsiones violentas, se conciben allá en los tiempos del absolutismo, bajo Cárlos III y Pombal, bajo Luis XV de Francia y José II de Austria. Pero esos procedimientos absolutistas no pueden ser los procedimientos de nuestro tiempo. Ahí teneis la prensa, esgrimidlá; ahí teneis la tribuna, asaltadla; ahí teneis la asociacion libre, venid, disciplinad sus fuerzas, y valeos de estos medios para ilustrar las conciencias sobre las ideas jesuíticas, para mover las voluntades contra

su conducta, para matar moralmente esa asociacion; así la disolvereis por la luz y al aire libre; pero perseguirla, extirparla por el hierro y el fuego, negar á sus miembros el derecho á su creencia, á la divulgacion de su creencia, á su organizacion, eso es proceder como procedieron los Valois con los hugonotes en la noche de San Bartolomé, como procedió Felipe II con los luteranos, entregándolos á la Inquisicion, eso es abjurar de la democracia, y perder toda confianza en sus procedimientos de libertad y de justicia. Yo sé que hay escritores liberales y estimables, como Cayla y Laurent, los cuales, despues de una acusacion fiscal tremenda contra los jesuitas, sostienen que es necesario, indispensable, disolverlos á la fuerza, expulsarlos de nuevo, como fueron expulsados en el siglo pasado. ¡Qué error! Las obras de la violencia siempre son frágiles. Cuando á una causa le dais el prestigio de la persecucion y del martirio, le dais tambien esa fuerza sobrenatural que penetra hasta en el fondo de las almas y que ejerce sobre las almas una tan poderosa atraccion como la que ejerce el sol sobre los planetas. Protestantes, católicos, jesuitas, neo-católi-

cos, sectas religiosas todas, no hay más que un medio de ganar hoy las conciencias, y es la propaganda de la palabra y el culto de la idea.

CAPITULO XVIII.

OJEADA POR EUROPA.

Niza 3 de Octubre de 1874.

Cuando el emperador de todas las Rusias se aparta del sentido general de las potencias del Norte en las cuestiones de España, aseguran sus voceros en la prensa que este apartamiento no significaba flojedad en los lazos ni tibieza en los afectos, los cuales tienen como unidos é identificados en la misma política de paz y de armonía á los tres colosales Imperios. Pero van siendo tantos los síntomas de disentimiento, que alarman á los más optimistas y á los más seguros de la continuacion de la paz europea, frágil siempre y precaria. Primero, no reconoce el Czar al gobierno de Madrid; despues le escribe

una carta al pretendiente de Navarra; ahora le manda un edecan á su ejército, como el emperador Guillermo manda otro edecan al ejército de la República; en seguida expide los príncipes y prineesas de su familia con grande frecuencia á París; y estos príncipes asisten á la representacion de pomposas funciones á favor de los alsacianos y loreneses, que en el fondo son grandes protestas contra la anexion de Alsacia y de Lorena al Imperio aleman. ¿Qué hay aquí? ¿Se ha convencido el emperador Alejandro de que el Imperio germánico es el canciller Bismarck, y de que el canciller Bismarck representa y significa la revolucion de arriba? En verdad la representa. Ha descompuesto el Austria; ha emancipado Hungría; ha devuelto Venecia al seno de Italia; ha tendido en el polvo de Sedan al Imperio francés; ha arrancado la corona de los reyes á la tiara de los Papas; ha destronado el feudalismo de los principillos germánicos; ha herido mortalmente á los ultramontanos; y ha trabajado por la libertad, por la democracia, por la República en Francia y en España. Seamos francos. Hay para alarmar á un emperador. Así es que el conde de Arnim, hoy preso, incomu-

nicado, puesto bajo triples cerrojos en la cárcel de los más vulgares criminales despues de haber representado con magnificencia la persona misma de su soberano en las capitales de los primeros pueblos; sabia cuán certeró iba á ser el golpe de su oposicion y cuán grande la herida de su víctima si demostraba palpablemente, no sólo al emperador de Alemania, sino tambien al emperador de Rusia, por papelès fehacientes, por escritos indiscutibles, auténticos, que el primero de los ministros, á ciencia y conciencia, es el primero tambien de los revolucionarios de Europa. Por esta razon llamábase el folleto que la cárcel ha interrumpido: *La revolucion de arriba*. Pero si el emperador Alejandro se asusta de Bismarck, el emperador Alejandro se asusta de su propia sombra. Imaginaos un hombre que siendo hermoso, y resultando hermoso á los ojos de todos, se mirase á un espejo y se encontrara feo, horrible en su imágen; pues tal es el revolucionario Alejandro, asustándose del revolucionario Bismarck. ¿Qué otra cosa es sino revolucion, y revolucion formidable, la reforma del Czar, que ha traido al seno de la justicia el Jurado, y al seno de la sociedad la

emancipacion de los siervos? Tradiciones seculares, leyes antiguas, privilegios de la nobleza, rentas aristocráticas, todo ha sido vulnerado por ese gran revolucionario de arriba que se llama Alejandro de Rusia. Desengáñese S. M. I. En nuestros perturbados tiempos no hay más remedio que evitar las revoluciones de abajo, siempre calamitosas. Y para evitar las revoluciones de abajo no hay más medio que emprender las reformas arriba. El que se asusta del ímpetu de estas reformas se parece al torpe mulo que se espanta del silbido y fragor de la locomotora. Alejandro de Rusia es un revolucionario como Guillermo de Alemania. Por consecuencia, en la conducta del Czar, en sus plácemes á D. Cárlos, en sus sonrisas á Francia, debe haber algo que se parezca á un cambio de frente y que tienda á preparar en lo porvenir una alianza entre el primer pueblo del Oriente y el primer pueblo de Occidente para coger entre dos fuegos al Imperio germánico, que no se contenta con la reivindicacion de Alsacia y de Lorena, sino que aspira tambien á la reivindicacion de las provincias del Báltico. «No hay remedio, me decia un diplomático aleman este verano,

tenemos que estar hasta los dientes armados, no tanto á causa del desamor que nos consagra la Franoia, como á causa del amor que nos profesa la Rusia.» ¿Si así como Bismarck ha heredado las ideas de la Asamblea de Francfort y de la revolucion alemana, habrá heredado sus enemigos, y la unidad imperial tendrá, como la unidad democrática, en Rusia su mayor peligro?

El emperador de Austria quisiera seguir un poco al emperador de Rusia en sus manifestaciones anti-revolucionarias; pero no le dejan, porque el emperador de Austria es un prisionero, y nada más que un prisionero de sus antiguos vasallos de Hungría. Así es que nadie mira por dónde vá ni á dónde vá el emperador, á pesar de que viaja mucho en las diversas partes de su Imperio; todos miran por dónde van y á dónde van sus ministros, sus gobernantes, los húngaros opresos que á su vez oprimen hoy al Austria. No hay reaccionario que no se queje de la falta de consideracion en que han caido los príncipes; y no hay reaccionario que no contribuya á esta falta de consideracion con sus mismos escritos, como si fueran esclavos, cual los griegos del destino, esclavos del es-

píritu de este nuestro siglo, que denigran y combaten. Al demonio no se le ocurre lo que este verano se le ocurrió á Veuillot, atacando al general Serrano. Y lo que digo de Veuillot digo de Villemesant. El director del *Fígaro* la echa de legitimista, de borbónico, y quisiera restaurar á los hijos de San Luis en el trono de Francia. Para esto, el más lerdo lo conoce, no hay otro camino que conservar el prestigio de las monarquías legítimas, rodear de una aureola de santidad á los reyes, persuadirlos de que tienen una mision divina sobre la tierra, y persuadir á los pueblos que les son los reyes muy superiores en ciencia, en experiencia, y sobre todo, en virtudes. Pues el dichoso periódico legitimista coge la pluma, y en artículo trasparentísimo cuenta que la emperatriz de Austria se ha ido de Viena huyendo de su marido; y que se ha refugiado en Escocia á llorar venturas de otra mujer y propias desventuras ¿Creen los legitimistas robustecer así á las dinastías legítimas que están en el trono, y volver al trono las dinastías legítimas que están en el destierro? Lo peor del caso es que todo eso era fantasmagoría parisien, murmuraciones de boulevard, men-

tira de café; y la emperatriz, concluidos sus baños, pasados los calores del estío, vuelve al lado de su esposo el emperador, y á sus fiestas y á sus saraos en los sitios reales de Hungría, donde pasará tranquila y felizmente el próximo invierno. Pero los lectores del *Fígaro* habrán aprendido que los reyes son muy superiorès á sus vasallos. Y á propósito de fiestas, no puede tirar muy largo la emperatriz de Austria sin exponerse á que sus súbditos de Budapest le recuerden el pésimo estado de la hacienda de los húngaros. Despues de su emancipacion se han dado estos caballeros, que en su amor al lujo recuerdan constantemente su orígen asiático, el orientalismo de su sangre, se han dado á tales construcciones, á tales gastos, que tienen, como la Italia libre, como la España revolucionaria, su Hacienda completamente perdida. Y lo peor del caso es que la perdicion de la Hacienda dimana de un hábito político arraigadísimo en la bella Hungría y fomentado por el partido liberal. Cuando pugnaba éste por su autonomía y demandaba una Constitucion propia, con la santa independencia de la patria, para apurar al Imperio, para sitiarle por hambre, aconseja-

ba la resistencia invencible al pago de los tributos. Y en efecto, los campesinos húngaros no pagaban. Se ha consumado la revolucion, ha venido la independencia; Hungría no es solamente autónoma, sino dominadora del Austria; y el campesino, el eterno Sancho Panzo del terruño, que busca por el mundo su propia utilidad, sigue negándose al pago y prefiriendo aquella barata servidumbre á esta cara libertad. El ministro de Hacienda toma fuertes y enérgicas medidas para percibir la totalidad de los impuestos y recomponer la descompuesta Hacienda de Hungría.

En Alemania, tambien tiene el privilegio de embargar la atencion pública, despues de los dramáticos incidentes del campesino que ha atentado á la vida, y del conde que ha atentado á la honra del príncipe Bismarck, y despues de sus respectivos procesos, el problema de los problemas, el problema económico. Parece imposible; pero aquellos cinco mil millones de francos que podian ceñir el planeta, puestos unos tras otros en luises, como de un zodiaco de oro, se han perdido en el férvido oleaje de la vida moderna y en la voracidad de nuestros Es-

tados, como torrentes en el mar, como piedras en los abismos. Los pueblos germánicos deben pagar, no solamente el Estado particular de cada uno de ellos, sino el Estado central, sol que los sostiene y los calienta, pero que en parte tambien los abrasa. Y este gobierno central no puede darse por satisfecho como gran parte de los gobiernos republicanos, con la renta sencilla de aduanas; su complicacion embarazosa, sus funciones múltiples, sus ruedas varias, el lujo de la córte, las exigencias de un grande Imperio, su numerosa policía, su numerosísimo ejército, la costosa representacion diplomática en las naciones extranjeras, exigen muchos dispendios, y estos dispendios suponen muchas cargas, así á los pueblos como á los gobiernos. Para exprimirlos, para sacarles todo el jugo, tiene un medio sencillísimo la invasora Prusia, el Zolverein, la liga aduanera, cuyas redes aprieta ó afloja, segun que se muestran más ó ménos favorables los gobiernos. Así ha podido deslizar su mano rapaz suavemente en el producto de las contribuciones indirectas, en el tabaco, en la sal, y hasta en los consumos. Pero no satisfecha con esto, amenaza el impuesto más cuantio-

so, el impuesto sobre las bebidas. Imposible imaginar los rios de cerveza que dá, por ejemplo, Baviera, y los rios de oro que el impuesto sobre la cerveza lleva á las arcas públicas. Si el Imperio le quita ese recurso, ¿de qué vivirá la monarquía meridional, careciendo, como carece, de materias imponibles? Así Baviera trabaja para que Prusia se contente con el tributo que hoy percibe, con una cantidad que los diversos Estados sacan como pueden, y que es proporcionada al número de sus habitantes. Pero un Congreso de sabios estadistas, de catedráticos bismarckianos, de doctores nacionales, de economistas-socialistas, va pronto á reunirse con el propósito laudable de inventar una contribucion para el Imperio, para el gobierno nacional, y se cree que propondrán y formularán un atrevido impuesto progresivo, el cual pasará, con esperanzas de éxito, desde las academias de los sabios á las sesiones de los Parlamentos. Y no quisiera despedirme de los asuntos de Alemania en esta rápida ojeada por la política europea sin referiros todo lo que han visto los ojos de un periodista francés en las piedras de colosal mosáico recien labrado en Venecia. Allá, en la des-

embocadura del gran canal, junto al marmóreo templo de la Salud, frente á los monolitos de San Márcos y de San Jorge, se alza un palacio antiguo convertido en fábrica de mosáicos modernos, y que hoy tiene revestida su fachada de estas preciosas piedras. de estos relumbrantes dibujos, como si fuera un palacio de multicolores cristales. En tan grandioso taller se fabrica el inmenso mosáico que adornará la base del monumento próximo á elevarse en Berlin á las victorias alemanas y á los soldados muertos. El dibujo del mosáico ha sido naturalmente hecho en Alemania, y se está copiando en piedra por la mano felicísima del mosaista Salviati. Un escritor francés, de esos que sueñan con la columna Vendome y el arco de Triunfo y las victorias galas grabadas en uno y otro monumentos, ha tenido ¡oh femenil curiosidad! la desdichada ocurrencia de ir á ver el mosáico destinado á perpetuar la memoria de los triunfos germánicos. Y ha visto una porcion de cosas extrañas que refiere con el ingénio propio de su raza. En el centro, la Germania triunfante, personificada por una mujer amarillenta; alrededor, los héroes de la guerra, vestidos unos con los

abigarrados uniformes al uso, y otros con los vistosos trajes de la Edad media, y aunque todo esto sea, como ellos dicen, bizarro, y, como decimos nosotros, extravagante, extraño; lo grande, lo extraordinario, lo increible es que habiendo querido el artista significar la idea de que la prensa francesa promovió la desastrosa guerra, ha pintado una Euménide, una Furia que incita á la matanza, y para dar carácter más significativo y simbólico á esta Euménide, le ha puesto la cara misma del gran periodista Emilio Girardin, con su histórico mechoncillo y todo sobre la frente.

Inútil deciros cuánto habrá hecho reir á toda Europa semejante ocurrencia. No creo que el artista aleman se haya atrevido á esa caricatura tintamarresca, digna de un número extraordinario del *Charivary*, sobre todo tratándose de un patrio monumento consagrado á la posteridad. Mas si lo hubiera hecho, si hubiese puesto al célebre publicista sonando como una Furia, como una Euménide, la trompeta de la guerra, hubiera expresado la verdad, toda la verdad histórica; porque así fué, así pasó desde tres años antes de las irreparables, de las indecibles

catástrofes de Francia, en gran parte causadas por el furor guerrero de sus más célebres publicistas, los cuales arrastraron á un pueblo móvil y á un Imperio ansioso de perpetuarse por la gloria, al desastre último en las ráfagas de aquella tempestad sin ejemplo, en las sirtes de aquella aventura sin nombre.

Miremos Inglaterra. Un gran tumulto ha sobrevenido últimamente, que prueba, como en todas partes, la agitacion electoral suele rebasar del límite señalado á las manifestaciones pacíficas, á las prácticas tranquilas del sufragio. En una de las ciudades más trabajadoras de Inglaterra, luchaban, para uno de los distritos vacantes en el Parlamento, tres partidos: el partido conservador, el partido liberal, y el partido democrático ó republicano. Si los republicanos nuevos y los liberales antiguos se hubieran préviamente entendido en este como en otros muchos distritos, lográran victoria segura sobre los conservadores. Pero no sólamente se han desentendido y separado de toda avenencia, sino que han dejado aparte al conservador, y se han hecho entre sí, liberales y republicanos, una guerra á muerte de pa-

labras y de votos. En medio de esta guerra, el conservador ha venido mientras los nuestros disputaban y se ha llevado el triunfo, y ha cogido la presa. El candidato republicano era M. Bradlaugh. Mis relaciones antiguas con todo el radicalismo europeo, y mis ya largos viajes por Europa me han dado ocasion de conocer á todos estos tribunos. Es el candidato un hombre como de cuarenta y cinco años, alto, fornido, tipo de trabajador, la cara pelada como un pastor protestante, los ojos azules, con dulce vaguedad mística; la boca grande en cuyos finos labios se dibuja benévola sonrisa; los piés desmesurados, las manos callosas; el aire modesto, y el traje siempre correcto y sencillo. Tiene escasa instruccion, aunque algun talento natural, y en política, siendo como es un hombre puramente consagrado al trabajo manual, demuestra aquel sentido práctico y aquella vista pronta, aquel juicio sereno y aquella oportunidad maravillosa, que dan, como al último de los pastores suizos, al último de los trabajadores ingleses, la práctica constante de la libertad y el saludable ejercicio del derecho. Pero, cuando en plaza pública, rodeado de muchedumbres ansiosas, aquel

hombre corpulentísimo se levanta con su figura colosal, con su rostro dulce sobre aquel cuerpo hercúleo, con su voz de una sonoridad inmensa que llega á todas partes y quiere tocar al corazon del pueblo, las muchedumbres del Norte, tan dóciles al imperio de la palabra como las muchedumbres del Mediodía, le siguen, le aplauden, le idolatran. El tribuno comete una falta grave; mezcla á sus ideas de emancipacion social y políticas no sé qué especie de sistema iconoclasta, digno de cualquier emperador de la antigua Constantinopla, y no sé qué dogmatizante y ligero ateismo digno de cualquier desocupado del boulevard de París. Por lo demás es un hombre convencido, y un trabajador honrado. Por espacio de algunos dias tuvo agitados á sus comitentes con fervorosos discursos, en términos que, al saberse el resultado del escrutinio, al considerar vencido á su ídolo, aunque Bradlaugh empleó esfuerzos extraordinarios en disuadirles, se conmovieron, se amotinaron y rempieron en agitados grupos y numerosas partidas por calles, por plazas, apedrearon á los electores contrarios, hirieron á los agentes electorales más visibles, asaltaron las casas, pren-

dieron fuego á algunos muebles y fué necesario proclamar la ley marcial, traer las tropas que estaban en las cercanías y empeñar un combate, el cual dió por resultado la derrota de los tumultuados y la prision de sus principales cabezas, como en demostracion de que en todas partes la libertad, tan necesaria á la vida, tiene sus tormentas.

Y ya que hablamos de elecciones, hablemos de las elecciones últimas á los Consejos generales en Francia. No ha querido el Gobierno que se renovára la Cámara y se renuevan todas las demás Corporaciones populares. No ha querido que se agitara al pueblo con unas elecciones generales y se le agita con otras elecciones varias, en las cuales se encierra tambien alto sentido político. Hoy en toda Francia se discute sobre el valor y la significacion de las últimas elecciones. Cada partido se atribuye la victoria como sucede siempre en épocas de confusion y de duda. Pero valiéndose de los datos publicados por los mismos periódicos ministeriales y reaccionarios se viene á concluir que los republicanos han conseguido seiscientos votos y los conservadores seiscientos setentá y ocho. A primera vista no hay duda, con

la influencia política de su parte, con el Gobierno á su nombre, con las fuerzas administrativas de su lado, los conservadores han conseguido setenta y ocho votos de mayoría. Ayer mismo un periódico monárquico cantaba su victoria y añadía que el pueblo francés no quiere la República. Pero inmediamente despues de este cántico, al otro artículo, como si hubiese querido darse un mentís á sí mismo, se queja en tono plañidero, con lágrimas y hiel en la pluma, de que los conservadores, esos conservadores victoriosos, se dividen á su vez en fracciones múltiples, enemigas entre sí, con banderas, con soluciones, con monarcas contrarios, y en tales términos, que jamás podrán oponerse á la República y al programa concreto, claro, mantenido hoy por todos los republicanos juntos, con unidad de miras y perfectísima identidad de política. Por consiguiente la situacion es la misma: una escasa mayoría monárquica que se convierte en fragmentos varios de imperceptibles minorías así que quiere evocar y coronar su monarca. De esta situacion jamás saldrán los monárquicos franceses, porque si en tiempos de fe y exaltacion realista, lo esencial era la

Monarquía, y lo accidental era el monarca representante siempre de Dios sobre la tierra, tan respetado por sus súbditos llamándose Cárlos V como llamándose Cárlos II, hoy lo esencial en nuestros tiempos de duda es la dinastía. Y en la dinastía que deba heredar la República jamás concordarán los jefes de los partidos dinásticos: el conde de Chambord, el duque de Aumale, el conde de París, el príncipe imperial y el príncipe Gerónimo Napoleon. Y hé aquí porque los partidos monárquicos han llegado á no poder fundar la Monarquía. De todos modos, la agitacion electoral es inmensa.. En Niza, donde me hallo, existe empeñada mortal batalla entre los mantenedores de la República definitiva y los mantenedores del provisional septenado. Los primeros echan á los segundos en cara el ser separatistas, enemigos de la integridad de Francia, y los segundos echan á los primeros en cara el ser perturbadores de toda sociedad. Las paredes están llenas de proclamas y de reclamos; los periódicos de artículos virulentos; los ánimos de dudas y de zozobras sobre la salida franca y más pronta para llegar á tranquilo y seguro porvenir. Digan lo que quieran to-

dos los alquimistas políticos; para Francia no queda sino una solucion política posible, la República, moderada, sensata, templadísima, como conviene á un pueblo donde pululan por desgracia tantos demagogos. Así lo comprenden los partidos y el combate es ardiente, y la victoria disputadísima. Aquí en todo se conoce el carácter meridional de los contendientes. La manera de presentar las candidaturas tiene algo de particular que revela costumbres dignas de atencion y estudio. No se limitan á encarecer sus ideas y á recomendar sus soluciones, que es lo importante en la contienda electoral. Como los monárquicos hablan de las prendas personales de los pretendientes, los unos de la laboriosidad del conde de París, los otros de la voz del conde de Chambord, de aquella voz de sirena capaz de convertir un corazon de roca, un Danton, á la legitimidad; los otros de la bella cabeza del príncipe imperial, maravillosamente erguida sobre un cuello de cisne; aquí hablan de Mr. Chiris, por ejemplo, candidato con probabilidades de éxito, y dicen á la letra: «Mr. Chiris, de treinta años, rubio oscuro, cara redonda, fresca y sonrosada; cuidadoso de su barba que lleva corta, limpia

arreglada; de cabellos lisos, brillantes, perfumados; á su ojal la legion de honor, á su cuerpo levita negra ceñida y abotonada, chaleco blanco, pantalon gris perla, corbata azul, y sombrero alto.» Francamente, el candidato se recomendará por su acierto en el pensar, pero no se recomienda por su gusto en el vestir. ¿No os parecen estas miserias propias de pueblos viejos, de pueblos decadentes?

CAPITULO XIX.

LAS SECTAS DEMOCRÁTICAS EN FRANCIA Y ESPAÑA; LAS SECTAS RELIGIOSAS EN ALEMANIA É INGLATERRA.

Florencia, 29 de Setiembre de 1874.

Los embajadores de Prusia y de Austria han sido recibidos oficialmente con gran pompa en el palacio de la presidencia en España. Perseverando ambos en una funesta línea política que han trazado como norma á su conducta, olvidaron que el Gobierno tiene su nombre consagrado en nuestra patria; que su jefe tiene su título oficial reconocido y propalado en todos los documentos, y eludiendo la palabra moderna, culta, expresiva, la palabra de señor Presidente, le han llamado á secas señor Duque, cual si España fuera ó algun prédio feudal, ó algun ducado como el ducado de Módena. ¿Que quie-

re decir eso de señor Duque? ¿Ni qué importancia tiene un nombre, puramente de aparato y de gala, al cual no responde ninguna idea en la conciencia, ninguna institucion en el espacio y hasta ningun recuerdo político en nuestra historia? ¿Tan fuera de sí les tiene al señor emperador de Alemania, cabeza visible de la nacíon hoy más poderosa é influyente, y al señor emperador de Austria, jefe reconocido de tantas naciones y razas, la existencia de una República en la nacion monárquica por su temperamento y por su historia, que meten como sendos avestruces la cabeza bajo del ala para no ver la imposibilidad de toda restauracion monárquica, y por consiguiente, la necesidad de consolidar las instituciones republicanas? Para implantar la autoridad, para sostenerla, para compelirla al cumplimiento del deber y á la coaccion de la obediencia, no se necesita en España que mande un rey descendiente de cien abuelos ilustres, basta con que mande un modesto ciudadano, un simple presidente. Pero si es grave lo que han olvidado en sus respectivos discursos, es gravísimo lo que han añadido. Por su cuenta propia, como si alguien les llamara á dar su voto en

asuntos exclusivos de nuestra soberanía interior, grabada con sangre española en cada una de las piedras de nuestros caminos, han recomendado la política conservadora, los procedimientos conservadores, el gobierno conservador. Al leer esto, involuntariamente se pregunta uno si estamos ó nó en la nacion de 1808, en la nación de la guerra de la Independencia, en la nacion que ha personificado con el Cid el tipo del héroe y del mártir de la patria, como Suiza en Guillermo Tell ha personificado el tipo del héroe y del mártir de la libertad. Señores austriacos y alemanes, pasaron los tiempos en que veniais con el nieto de los Reyes Católicos y con su turba de famélicos flamencos á tomar nuestros mejores ducados, á repartiros nuestras riquezas, á representar parte del poder público en la regencia, combatiendo á Padilla é iniciando la época funesta del absolutismo en España. Hoy no tenemos aquella grandeza ni rebosamos del planeta; pobres y divididos, nos consumimos en una guerra interior cruentísima y loca; pero no toleramos que directa ni indirectamente se desconozca nuestra soberanía, y preferiríamos un tirano alzado sobre los hombros del pue-

blo español, que nunca podria durar mucho tiempo, á la deshonrosa libertad traida por una intervencion extranjera. El emperador de Alemania, sin duda en algun vahido, propio de la omnipotencia, ha imaginado que es el emperador del Sacro Romano Imperio, y que preside y dirige como un Dios á las naciones convertidas en sus tributarias y en sus provincias. Pues nó, y mil veces nó. España ha sido siempre tierra funesta para los reyes extranjeros. En España, en nuestros riscos del Norte, bajo la mano de nuestros fuertes montañeses encontró Carlo-Magno su terrible Roncesvalles; en España encontró la raza de los Anjous, que habia decapitado á los emperadores de Alemania, su tribunal y su castigo; de España tuvieron que huir en Italia Cárlos VIII y Luis XII; por habernos desafiado, sucumbió vencido en Pavía y prisionero en Madrid Francisco I; por habernos molestado, tuvieron sus descendientes nueva derrota en San Quintin y sitiado casi París; la guerra de España acabó con el poder de Napoleon I, que parecia haberse desposado con la victoria; por la intervencion en España la restauracion se desavino de los liberales y cayó bajo el peso de las revoluciones;

los matrimonios españoles fueron la tumba de Luis Felipe, y Méjico, la Nueva España, con la candidatura al trono de la España antigua fueron á su vez la tumba de Napoleon III.

Un periodista, muy poco político en verdad, pero ingenioso, que defiende á gracias y á sofismas la restauracion alfonsina, se frota las manos, echa las campanas al vuelo, se baña en santa alegría anunciando que la República ha desaparecido de nuestro suelo, porque no la han mencionado en sus discursos los embajadores extranjeros. Pero creo que con ser su pluma poco penetrante, es enemigo más terrible á la República que la palabra de esos caballeros. Quiéranla en verdad los españoles, que todo lo demás nos tiene sin cuidado. Y si tan anhelosos estuvieran de Monarquía; si tanto la institucion les encantara, como suponen los monárquicos, ya habrian los españoles ido á buscar de rodillas al rey más ingénuo y más propio, al que tienen á la mano, al descendiente de San Luis, al representante de la raza legítima, á D. Cárlos, que cuenta ejércitos feroces como un conquistador, clérigos batalladores como los antiguos jefes francos, obispos que an-

dan predicando de region en region la santa cruzada contra los infieles y pidiendo á los fieles dinero, no para sacar almas del purgatorio, sino para meter príncipes en el trono. Pero *La Iberia* ya ha encontrado un medio de fundar una Monarquía, panteista, humanitaria, universal, omnímoda, omnilateral, que diria cualquiera de los pedantes al uso. Ha encontrado que lo mejor es fundar una Monarquía á la cual tengan todos los españoles derecho de opcion. Hace algun tiempo decia yo que en los pueblos látinos hay tantos candidatos al trono, que cada francés ó cada español podia tomar para sí un rey como se toma un criado. Pero *La Iberia* lo ha compuesto mucho mejor; nos ha hecho á todos reyes, á todos candidatos al trono. De suerte, que suponiendo diez y seis millones de españoles en la Península y ocho ó nueve en todas nuestras posesiones de Asia, Africa y América, ahí teneis veinticinco millones nada menos de candidatos, veinticinco millones de pretendientes, que cada cual puede darse para su divertimiento y para solaz del género humano, ó una guerra civil como la que cuesta el candidato D. Cárlos, ó una guerra extranjera como la que costó

el candidato Hohenzollern. Y ahora, decid que no es posible la restauracion de la Monarquía en nuestra patria.

No sé quién dijo que todos los dias se muere algun monárquico y nace algun republicano. Y, en efecto, uno de estos dias se ha muerto M. Guizot, y con él ha muerto tambien una de las glorias monárquicas de Francia. Guillotinado su padre en la revolucion, perseguida su familia, de raza meridional como oriundo y nativo de Nimes, protestante por su educacion y por sus propias inspiraciones, educado en Ginebra y con algo del temperamento grave y seco de aquella ciudad y de su genio profundo; secretario de aquel ministro Montesquien, para quien pedian los chuscos de su tiempo al cielo el milagro imposible de convertirlo en Montesquieu; cortesano de los Borbones, con los cuales entró en la vida pública; su enemigo más tarde por haberle depuesto de la cátedra y condenado á silencio; revolucionario de 1830 y aspirando á contener la revolucion en sus fórmulas estrechas; jefe de aquella coalicion que derribó á M. Molé por ministro insuficiente y elevó á M. Thiers, que llegó á ser un ministro excesivo; cola-

borador de la política de éste en la embajada de Lóndres, y luego contrario á su política en la cuestion de Oriente, que estuvo á punto de lanzar sobre Francia á toda Europa; presidente del gobierno de Luis Felipe desde 1840, desde la desgracia de Thiers, pero presidente orgulloso, imperiosísimo, imitando á Casimiro Perier en el culto á la autoridad y no comprendiendo que la autoridad para ser fuerte en este siglo, ha de ser progresiva y reformadora; opuesto con todas sus ideas y con todas sus fuerzas, con todos los recursos de su talento, que era grande, y con toda la mágia de su palabra, que era maravillosa, á la admision de nuevas clases en el estrechísimo cerco del censo; tenaz en su error hasta traer una revolucion que derribó su Monarquía; ecléctico en ciencias, fatigoso en literatura, seco y monótono en sus escritos, augusto y majestuoso en sus discursos; inteligencia de esas que tienen verdadero microscopio para ver las cosas pequeñas y que carecen del telescopio que abraza los espacios; historiador que entra en la historia con el pensamiento preconcebido de ajustar los hechos á su sistema y su sistema peca de mezquino y estrechísimo; incorrup-

tible y corruptor, pues no podia ser sino corrupcion aquella política que se fundaba en atribuir todos los derechos al dinero; ansioso de mandar, primero en el Estado que le debió una revolucion, despues en la Academia que le debió el convertirse á un partido y parecerse á una camarilla; despues en la Iglesia protestante, que desorganizó y dividió con sus tendencias imperiosas y con su intransigente despotismo; engañado sobre sus facultades, pues se creia un hombre de Estado, cuando en realidad era un hombre de gabinete y de estudio; ciego, irremisiblemente ciego, sordo, irremisiblemente sordo, que ni veia ni oia las olas de la democracia henchida por tantas ideas y resonante por tantas tempestades; pero de todos modos, uno de los hombres más grandes y más ilustres de nuestro siglo: tal era M. Guizot.

¿Cuándo se convencerán los franceses de que podrán dar cuantas vueltas quieran alrededor de todos los candidatos imaginables á la Monarquía, pero tienen que caer por fuerza en la República? Prohiben cuidadosamente que se pronuncie este nombre; lo borran de las paredes de sus monumentos y de las arengas de sus prefectos; y sin embargo,

el nombre viene por sí mismo, por su propia virtud, á designar la nacion de 1879, la nacion de la democracia, la que ha representado el espíritu progresivo y revolucionario en Europa. Comprendemos la filosofía de los hechos que han pasado á larga distancia de nosotros, y no comprendemos la filosofía de los hechos que pasan á nuestra misma vista. Vemos cómo las varias generaciones han nacido con una idea sobre la frente, parecida á la lengua de fuego que resplandecia sobre la cabeza de los apóstoles en el Cenáculo. Pero no distinguimos la idea traida á la historia por la generacion á que pertenecemos. Sabemos cuando las diversas fases de la historia antigua entran en el período de preparacion de una idea, del estallido de esta idea, de reaccion, de soluciones; y no vemos estos mismos períodos en las fases históricas que nosotros formamos y en los períodos políticos á que nosotros asistimos. E indudablemente, estas dos Repúblicas, francesa y española, tan contestadas por los encargados de defenderlas, tan combatidas por los mismos que las sirven y las explotan, negadas siempre y siempre vivas, rodeadas de embates y serenas, circuidas de pretendientes, y

seguras de sí mismas; con el jefe del Estado enfrente en vez de estar al frente; con el Gobierno en contra; con el ejército incierto y dudoso; con el pueblo no habituado á comprenderlas, y salvándose de todas estas dificultades y viviendo por sí mismas; único íris en nuestras tormentas, única esperanza en nuestras desgracias; esas Repúblicas están ahí para demostrar la impotencia de las conjuraciones monárquicas y la virtud y la fuerza de nuestras salvadoras ideas.

Lo digo con pena; pero lo digo como un holocausto ofrecido por mí siempre á la verdad: la República tiene más, muchas más probabilidades de éxito en Francia que en España. Y tiene más probabilidades de éxito en Francia que en España, no porque tenga Francia una riqueza grandísima, una administracion bien montada, un ejército disciplinado y sumiso, sino porque tiene el partido republicano disciplina tan fuerte y unidad de miras tan grandes, que desconcierta á sus enemigos, divididos en legitimistas, imperialistas, orleanistas, y demás devotos del gobierno personal.

No es el partido republicano de Francia aquel conjunto de escuelas sofísticas, en que

cada grupo era una secta, y cada sectario un enemigo de sus compañeros y de sus afines; un visionario que imaginaba encontrar en su receta particularísima la única medicina de las sociedades humanas; el partido republicano francés hoy forma un grupo compacto; condena y olvida rencillas antiguas; se somete, no á los más brillantes soñadores, sino á los políticos más prácticos; y admite la direccion del antiguo doctrinario Mr. Thiers, y votará, como un solo hombre la presidencia de la República, para un general del Imperio, para el general Mac-Mahon.

Pronto recogerá los frutos de su conducta. Nosotros ignoramos las leyes de la sociedad, y se lo atribuimos todo á los hombres. Impacientes por la realizacion de nuestros principios, no sabemos contar con el tiempo. A satisfacer una venganza personal, á volver ofensa por ofensa, solemos sacrificar las mayores ventajas políticas. Hemos gastado todos nuestros hombres, montándolos á caballo en la tempestad, y pidiéndoles luego que nos dieran paz cuando el desórden estaba en nuestros mismos corazones. Poetas fervientes, no nos contentamos con la Repú-

blica de las tristes realidades, la queremos con todos los espejismos múltiples de nuestra oriental fantasía; y le pedimos que lo arregle todo y nos redima á todos en rápidos momentos. Predicamos la indisciplina, y nos extraña que el ejército se indiscipline contra nosotros; acariciamos los pronunciamientos, y nos extraña que contra nosotros se pronuncien; somos los primeros en desacatar á las Asambleas, y echamos fuego por la boca cuando la desacatan nuestros enemigos. Al que avisa los peligros, al que evita los escollos, al que anuncia la tempestad, al que dice cuántos grados de República pueden soportar nuestras costumbres monárquicas, le llamamos apóstata, y traidor, y torpe; y seguimos predicando en lo vacío la República de nuestros ensueños. Cuando los franceses eran así; cuando entraban en competencias de optimismo; cuando cada cual trazaba una República á su antojo; cuando los dantonianos conspiraban contra los girondinos y los llevaban al cadalso; cuando los robespieristas conspiraban contra los dantonianos y los conducian al cadalso; cuando los thermidorianos conspiraban contra los robespieristas y los conducian al cadalso; cuando cada dia

se señalaba una manifestacion contra el gobierno, y el Hotel de Ville peleaba con el Luxemburgo, á la manera que el monte Aventino con el monte Palatino en la antigua Roma; y entraban los mismos diputados en las Asambleas para disolverlas; y los trabajadores en vez de ir á las urnas iban á las barricadas; y se unía al nombre de República la destruccion de la propiedad; y se media el calor social por el calor de nuestras encendidas cabezas; entonces, en 1793 y en 1848, los franceses, con el pensamiento puesto en la República, engendraron el Imperio. Pero ahora, la calma, la sensatez, la union; el conocimiento de la realidad y de sus dificultades; la renuncia á peligrosas utopias; el buen sentido práctico; el conocimiento de la historia; la conformidad con las dificultades que no se pueden vencer; el contar con el tiempo y sus obstáculos, ha de traer necesariamente la victoria de la República.

Y esto es tanto más de esperar, cuanto que no cesan las divisiones entre los enemigos de la República. El partido legitimista se halla dividido en fieles al septenado de Mac-Mahon, é impacientes por el triunfo de

la Monarquía antigua. El partido orleanista se halla dividido entre los que quieren establecer una magistratura semi-republicana para el duque de Aumale, y los que quieren la Monarquía doctrinaria en el conde de París. No hay que hablar de los imperialistas. Estos son los más divididos, los más fraccionados entre sí. La augusta viuda dirige un partido que pretende conservar puras las tradiciones del Imperio sobre la cabeza del príncipe imperial. El príncipe Napoleon dirige otro partido más avanzado, más democrático, más dispuesto á hacer del Imperio una dictadura plebeya. El odio ha llegado al furor entre estos dos partidos. El príncipe Napoleon ha negado que su difunto primo fuera de sangre napoleónica, proposicion que explícitamente negaba la legitimidad del príncipe imperial. La emperatriz, de antiguo indignada con su pariente, se ha prevalido de esta ocasion propicia para inferirle una ofensa y armarle una fuerte oposicion nada ménos que en la isla predilecta de los Bonapartes, en la isla de Córcega. El príncipe ha sido solemnemente destituido de los derechos eventuales á la corona imperial, y un príncipe de la familia de Luciano,

puesto en su lugar sobre las varias candidaturas á los Consejos generales de Córcega. Y de aquí una batalla campal en los respectivos periódicos, una série de mútuos insultos, otra série de respectivas evocaciones históricas, las sendas injurias, el llamarse unos á otros todo cuanto hay de ultrajante en los diccionarios; demostracion evidente de que esas familias divinas que se creen con el privilegio exclusivo de mandar á las demás familias humanas y que ostentan una diadema en sus sienes, demuestran luego que no son superiores, sino inferiores, y muy inferiores, á los mortales sobre quienes pretenden ejercer un supremo imperio.

Todavía se habla, y mucho, en el mundo, de la conversion al Catolicismo de Lord Ripon, aunque el *Times* la haya denominado la perversion de Lord Ripon y querido quitarle sus títulos de ciudadano y su derecho á influir en la política inglesa. Afortunadamente, nuestro tiempo es más tolerante que el periódico de la ciudad; y el millonario inglés podrá añadir á sus autiguas creencias la Concepcion de María y la Infalibilidad del Papa, sin que corran grave riesgo sus privilegios y sus prerogativas en el mun-

do de la política. Aunque jefe de los frac-masones, el conde pertenecia de antiguo á la Iglesia ritualista en la protestante Inglaterra. Y la Iglesia ritualista va poco á poco ensayando la Constitucion de una especie de Catolicismo con su disciplina canónica, con su gerarquía eclesiástica, con sus ceremonias brillantes, con su culto á las artes, con su aparato deslumbrador; hasta con la presencia real de Cristo en la hostia sin quedarle más de su antiguo carácter inglés que una invencible, una insuperable enemiga al Papa de Roma. Los progresos de estos ritualistas llegaban á tal extremo, sus innovaciones á tal audacia, su espíritu de retroceso hacia el romanismo á tal exacerbacion, que los protestantes aguardaban escandalizados el dia que volverian por las calles conduciendo en andas la imágen de María entre coros, flores, músicas, pluviales capas de brocado, palios de tisú, nubes de incienso, ni más ni ménos que los católicos. La alarma se trasmitió de la opinion á la prensa, de la prensa al Parlamento, del Parlamento al Gobierno; y hubo necesidad de proveer á un remedio, dando leyes, que disponen el nombramiento de comisiones encargadas espe-

cialísimamente de impedir esta adulteracion peligrosa en el culto protestante. Al Sínodo nombrado para este fin pertenecen algunos laicos. Y con motivo de la conversion de Ripon háse armado ruidosa polémica entre ritualistas y ortodoxos ingleses. Los ortodoxos han dicho que una Iglesia, como la Iglesia ritualista, aquejada de las debilidades católicas, lleva insensiblemente muchas almas al Catolicismo. Los ritualistas á su vez han dicho que la intolerancia de los ortodoxos, su espíritu estrecho, su mezquino carácter, sus sínodos oficiales, sus impedimentos á la libertad religiosa concluirán por disgustar á las almas tiernas y sensibles y verdaderamente pias de un culto tan árido, llevándolas al seno de otra religion donde puedan encontrar más calor y más vida.

Lo cierto es que, despues de tanto declamar contra la indiferencia presente, en ningun tiempo, en ninguno, á lo ménos de nuestro siglo, las cuestiones religiosas tomaron la gravedad y la solemnidad que en este momento tienen.. La disolucion de la Iglesia de Irlanda que ha operado profundísimos cambios en el Imperio británico; las resoluciones del Concilio Vaticano que han

lanzado tantos fulminantes problemas sobre la conciencia encrespada de la vieja Europa; la separacion del poder temporal y el poder espiritual que hacen coexistir á un Papa airadísimo y á un rey excomulgado sobre la tierra y bajo el cielo de Roma; las reformas llevadas á cabo por la dieta de Austria, todas henchidas del viejo espíritu regalista de José II; la lucha á muerte entre el poderoso canciller del emperador de Alemania y las Iglesias ultra-católicas; las leyes religiosas que han promulgado diversos Cantones de la Confederacion suiza; esa misma guerra del Norte de España, guerra contra la libertad moderna, contra la separacion de la Iglesia y del Estado, contra todas las reformas revolucionarias, dicen bien á las claras que los asuntos relativos á Dios, á la conciencia, al espíritu, á otra vida más allá de esta vida terrena, embargan con sus varias manifestaciones una gran parte del pensamiento de esta generacion. Así no extrañareis que os hable de un Congreso celebrado en Bon bajo la presidencia del célebre teólogo Doellinger, cuya sabiduría en materias eclesiásticas os he alabado tantas veces y cuya separacion de la Iglesia católica os he dicho cuán

importante era para los disidentes y cuán grave para el Papa. Cuando un pensador emprende trascendental revolucion, no sabe jamás donde irá á parar, donde le llevarán sus compromisos personales y el desarrollo de su propio pensamiento. Los primeros cristianos solo se propusieron renovar, rejuvenecer la Sinagoga, y no alcanzaron que la habian destruido y aniquilado. Lutero empezó por querer la reforma de la Iglesia de Roma y concluyó por intentar la destruccion de esta Iglesia; Doellinger, en los comienzos de su obra reciente, *La proclamacion de la infalibilidad*, recien cerrado el Concilio, solo queria que la Iglesia diese como no sucedido cuanto habia pasado, que la Iglesia quedara tal como estaba en la víspera de las últimas declaraciones dogmáticas y ahora pide que se quite su carácter de ecuménico no solo al último Concilio de Roma, sino tambien al penúltimo Concilio de Trento; que se declaren universales tan solo, católicos en el sentido extricto de la palabra, aquellos antiguos Concilios de Oriente, donde se reunieron las dos Iglesias; que se tenga por heterodoxo el concepto *filioque* añadido al símbolo de la fé; que se reconcilien por una revision de sus

respectivos dogmas todas las comuniones cristianas en el seno de la Iglesia universal, sobre la que descenderá de nuevo el Espíritu Santo, para iluminar á un tiempo el mundo y la conciencia. En torno de su persona, bajo la presidencia del sabio dóctor, se han reunido enviados de Francia y de Italia, obispos ingleses, patriarcas armenios, reformadores alemanes, pastores anglicanos, representantes de la Iglesia griega. Como fácilmente se puede presumir, no han llegado á un acuerdo, porque el asunto es de suma importancia; pero el intentarlo, el proponerlo ya tiene en sí un mérito extraordinario, y sean cualesquiera los resultados, esta nueva cuestion religiosa agitará en sus entrañas la conciencia de nuestro siglo. Al concluirse las sesiones, todos los indivíduos allí reunidos, pertenecientes á diversas creencias, á religiones opuestas, que, por tener un predominio material tanta sangre han derramado en el mundo, plegaban sus manos, ponian sus ojos en el cielo, y recitaban dos oraciones que todos conservan, que á todos los reune en el seno de un mismo Dios, el Padre nuestro, y el *Te-Deum* de San Ambrosio.

Pero es imposible que teólogos eminentes no comprendan las dificultades inmensas de su obra. Se propone, se arregla en un Congreso cualquier cuestion política, cualquier cuestion económica, por intrincada que parezca. Las cuestiones religiosas necesitan algo más; necesitan, sobre todo en aquellos que tratan de fundar una especie de nueva religion, fé mística, sobrenatural elocuencia, apasionamiento exaltado, afan por el combate, sed de martirio, una especie de don de milagros, que les preste la titánica altura de los redentores y de los profetas; que los haga dignos de ser inmortalizados por la epopeya y puestos en el cielo de las artes. Y aunque un hombre llegara á tener la altura colosal que ha dado Miguel Angel á los profetas de la Sixtina, poco habria hecho con ser él personalmente tan grande, si no habia engrandecido á su siglo, si no se habia encontrado con una generacion dispuesta á creer en él y á seguirle hasta la muerte. Los grandes profetas, los grandes redentores no hacen más que condensar en sí la materia cósmica de ideas difundidas, como vagas nubes, por lós espacios inmensos de la conciencia humana.

¡Cuánto cristianismo no hubo antes de Cristo, y cuánto luteranismo antes de Lutero!

Pero todavía existe una dificultad mayor. La reunion de las varias iglesias en una sola iglesia, quizá es una utopia opuesta á leyes fundamentales de la naturaleza y de la historia, á la ley de la infinita y rica variedad de la vida. Se vé que el Cristianismo con su Dios uno, con su Verbo uno, se ha dividido en varias Iglesias, las cuales conservan el carácter de las diversas razas y naciones donde han brotado. El Protestantismo aleman es individualista y enemigo de Roma como las tribus alemanas; el Catolicismo de España y de Italia reviste, con ser tan conforme en los dos pueblos, el carácter distinto del suelo y de la historia, y hay tal diferencia entre uno y otro culto, como entre los santos del Corregio y los santos de Rivera; el Galicanismo aparece cual término medio entre el Protestantismo y el Catolicismo, á la manera que Francia es una nacion media entre las naciones latinas y las naciones germánicas; tiene la Iglesia anglicana el carácter gerárquico-aristocrático de la nacion británica; el Protestantismo calvinista, el austero carácter republicano de Suiza; las

Iglesias católicas de Oriente adoran más á Dios ó á los santos, segun que son más semitas ó más indo-europeas; de suerte que no hay poder en el mundo capaz de acabar con la variedad de séres en la naturaleza y con la variedad de ideas en la conciencia. Los viejos católicos acarician una verdadera utopía.

CAPÍTULO XX.

LA POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR DEL SEPTENADO.

Marsella 20 de Julio de 1874.

La Asamblea francesa, despues de conmemorar á los muertos, toma vacaciones como cualquier estudiante en la flor de su edad y en la primavera de sus esperanzas. La Asamblea sólo quiere por ahora una cosa, el poder sin nombre propio, sin definicion conocida, sin carácter señalado y concreto, el poder personalísimo del duque de Magenta. Se han empeñado los diputados en que su duque esté sobre los reyes antiguos y sobre las instituciones modernas, como una especie de Dios. La religion política de Francia, me decia ayer un comerciante marsellés con su verbosidad meridio-

nal, es actualmente el dnalismo. Como en la teogonía persa, tenemos un Dios que ha hecho todo lo bueno, y otro Dios que ha hecho todo lo malo; un Dios de la verdad y de la luz, otro Dios de la mentira y de las tinieblas; un general Mac-Mahon, vencido en Sedan, que representa el honor, la disciplina, la inteligencia, la victoria, alojado en los antiguos palacios y personificando la jóven Francia; y otro general, Bazaine, vencidò en Metz y perseguido, procesado, condenado, puesto en el potro, recluido en sombría fortaleza, llevando sobre sus espaldas el peso de todas las culpas, de todos los errores de su patria, que sabiendo como acaban los imperios napoleónicos cuando les sirve el génio, se empeñó locamente en resucitarlo cuando sólo podia estar servido por un príncipe mediano, aunque de alguna astucia y de no poco talento.

Así es que no sabemos ya en Francia á qué atenernos, cómo llamarnos, decia mi comerciante. Mal podríamos decir lo que seremos mañana, cuando ignoramos lo que somos hoy. Celebrábase, creo que en Rouen, una fiesta entre militar é internacional, un concurso al tiro de la carabina. Habia ingle-

ses, y las músicas inglesas tocaron su himno nacional. Habia belgas, y las músicas de Bélgica tocaron el himno nacional. Llega su vez á los franceses, y no saben cuál es su himno popular, su himno patrio, la voz de su nacion. Todo parece indicar la Marsellesa, porque el alma de Francia se confunde con el génio de la revolucion. Pero la Marsellesa es demasiado republicana para los vientos que corren. El cántico de la Partida es girondino. La vuelta de Siria es bonapartista. Entonces, para salir del apuro, tocaron el duo de los *Puritanos*, cuyo asunto está tomado de Inglaterra, y cuyo autor es nacido en Italia.

Cansado de oir los lamentos del comerciante marsellés, fijé mis ojos en el periódico oficial y leí el nervioso é intencionado discurso de Gambetta, oponiéndose al proyecto de suspender las sesiones. Menos agresivo que otras veces, más dueño de su palabra y de sus pasiones; hábil, como conviene á todo verdadero láctico parlamentario; trazando en boceto, sin verdadera insistencia, el carácter que deben tomar los partidos conservadores dentro de la República, dijo muy buenas cosas y muy aprovechables á la ma-

yoría, entre otras aquella de que creian muy cándidamente que la Francia habia votado sus ideas porque la Francia habia votado sus personas.

En los discursos de Gambetta hay siempre estro, fuerza, aire de combate. Y sus enemigos lo interrumpen con frecuencia, y él recoge y devuelve las interrupciones con felicidad. Pero una de ellas, escandalosa por lo infundada y por lo injusta, no fué ni recogida, ni tal vez escuchada por el orador republicano. Hablaba de la República, y uno de esos corzos que formaban entre los artesanos ó entre los esbirros de Napoleon, se atrevió á decir: la República murió en Francia entre el desprecio de todas las gentes honradas. Es falso, completamente falso. La República, que habia atravesado ya sus crísis más graves, que habia vencido sus dificultades más invencibles, cuando entraba en largo período de calma y se apercibia resueltamente á desarrollarse en todas sus legítimas consecuencias, fué sorprendida y asaltada por un perjuro á la cabeza de varios salteadores, todos acribillados de deudas, que verdaderos ladrones domésticos, abusaron de su confianza, y la hirieron, y la ase-

sinaron impiamente y á traicion en las sombras, por la espalda. Este crímen inútil, ni ha sido absuelto aún por la conciencia humana, ni será jamás escusado en el tribunal de la historia..

Como decíamos, Gambetta no oyó, ó no atendió á la interrupcion, y al dia siguiente fué publicada con todas sus letras en el Diario oficial de la República. El respetable diputado de las colonias, Schoelchoer, uno de los hombres que más han contribuido á la abolicion de la esclavitud, se levantó en la sesion siguiente á denunciar indignado esas palabras y á requerir á su autor sobre si las mantenia ó las explicaba. No encontrándose presente el diputado que las dijo, se levantó su colega y correligionario Gavardie á mantenerlas y corroborarlas. Aquí fué Troya. El representante de América le respondió que mentía, los diputados bonapartistas se levantaron como heridos de un rayo al sentir este bofeton moral; los diputados de la derecha les sostienen y les alientan; á su vez los diputados de la izquierda protestan con grandes vociferaciones; un bonapartista que quiere subir á la tribuna, es arrojado de ella por un republicano que quiere á su vez

ocuparla; cruzan los aires las palabras canallas y miserables, críspanse los puños y se llega á las manos, y el presidente, en medio de aquella inundacion de insultos, no escuchados sus consejos, no obedecidos sus mandatos, tiene que cubrirse y suspender tan escandalosa sesion.

Y mientras tanto el ministro de Justicia propone que sea perseguida con ensañamiento la prensa y tratada sin ningun género de indulgencia por magistrados que ya han sabido matar más de cien periódicos republicanos. El ministro de la Guerra pone en estado de sitio el departamento de los Pirineos orientales, y como un diputado se quejara el ministro de la Guerra responde que aquellos habitantes tienen el corazon generoso, pero la cabeza llena de materias fulminantes é inflamables. Y la Asamblea celebra largas sesiones para concluir la discusion del presupuesto y darse en cuerpo y alma á las largas y estériles vacaciones que se ha propinado temerosa de la muerte. El consuelo único que le resta es un artículo del *Times* en el cual se dice, que á pesar de no haber definido nada, á pesar de no haber concretado nada, la Asamblea ha conseguido que los poderes del

mariscal Mac-Mahon se afirmen y tomen claramente un sentido contrario á las esperanzas bonapartistas. ¿A las esperanzas bonapartistas? Nadie lo diria. Hoy mismo los periódicos exaltados del partido, aquellos que cantan las limosnas dadas por la Emperatriz, y se quejan de que se ponga en duda la correcion de las facciones del príncipe imperial, dan las gracias á Mac-Mahon por haber prohibido una estampa que ellos estiman injuriosa y que es verdadera, representando al emperador Napoleon que va en carretela abierta por los campos de Sedan, entre filas de cadáveres, fumando el cigarrillo que tantas veces le afeó Girardin, á presentar cetro y espada á su vencedor, al rey de Prusia.

Si las cuestiones interiores no presentan aspecto claro en Francia, tampoco lo presentan las cuestiones exteriores. Aquel pueblo, el primero entre los latinos á entrar en la tolerancia universal, por su edicto de Nantes; el que dictó la paz de Westphalia, esa herida abierta en el corazon á la teocracia; el que llevó la serenidad olímpica de la filosofía al sentido comun por medio de la prosa límpida de Voltaire; el que proclamó los principios de 1789, se ha dado con triste fre-

cuencia á las peregrinaciones religiosas, á los libros devotos, á los milagros mágicos, á las correrías por los monasterios donde se cuentan leyendas de hechos, tan repugnantes por su inverosimilitud como por su materialismo; hechos que provocan la risa universal, aquella misma risa con que Francia mató el espíritu de la Edad media para sentarse luego, como arrepentido penitente, sobre sus apagadas cenizas. Y estos pujos de beaterio tienen el triste inconveniente de que le quitan muchas simpatías, ¡oh! muchísimas; las simpatías del Austria, que cada dia va separándose más de su antiguo concordato; las simpatías de Italia, que cada dia vá huyendo más de su antigua teocracia; las simpatías de España en guerra cruda é implacable con los defensores del trono y del altar.

Y un pueblo que tiene en contra de sí otro pueblo tan fuerte y tan orgulloso, y tan orgulloso y tan tenaz como Prusia; otro pueblo aferrado á sus ideas, decidido en sus propósitos, capaz de recurrir á todos los medios para obtener su fin político, debe meditar con mucha madurez qué alianzas puede perder y puede ganar en todas las eventua-

lidades de lo porvenir y en todas las evoluciones de los gobiernos. Y si Prusia cree hoy algo, cree que habia sido sobrado generosa con Francia que le ha concedido desahogos y respiros inesperados é inmerecidos, y que conviene á toda costa quebrantarla á fin de no consentir que levante de nuevo sus siete cabezas como el mónstruo del Apocalipsis, y se ciña las siete coronas perdidas en un dia de infortunio, y en un verdadero vértigo de orgullo. Pueblo que tiene enemigo tan implacable debe procurarse á toda costa amigos en el mundo.

¿Y cómo sigue Francia este desinteresado consejo? ¿Cómo cumple esta sabia ley de conducta? Si nacion debia estarle agradecida, era la nacion italiana. Cuando en triste esclavitud se arrastraba, le tendió Francia los brazos, y le ayudó á desclavarse los piés y las manos de su ignominioso patíbulo, de su altísima cruz. Mas por una inconsecuencia temeraria Francia queria que Italia no se desciñera su corona de espinas, Francia queria que Italia conservara en la libertad la mayor de sus argollas, el poder temporal de los Papas. Mientras pudo, allí estuvieron sus tropas. Una vez separadas, si Italia se movió,

de nuevo aparecieron los zuavos á ser como los Cirineos del Papa. Hoy, en su angustia, en su desgracia, Francia conserva todavía una fragata, el *Orinoco*, por las aguas de Italia, como una sombra última de la intervencion y un último asilo de la teocracia. En los dias de los grandes aniversarios, en la conmemoracion de los triunfos italianos, abstiénese esa fragata, su tripulacion entera, no ya de toda muestra de regocijo, sino tambien de toda muestra de cortesía, como si protestara en silencio contra la obra de su propia nacion. Para aumentar este cúmulo de inauditas torpezas, y comprometer á su nacion y á su Gobierno, píntanse solos en verdad los obispos franceses que tendrán muy estrechas relaciones con el Espíritu Santo, pero que no tienen ninguna, absolutamente ninguna con el espíritu moderno. Pastorales, procesiones, rogativas, jubileos, sermones, todo ha sido empleado con estruendo para rogar á Dios que restaure el poder temporal de los Papas y destruya por ende la independencia y la libertad de los italianos. El arzobispo de París en uno de sus últimos mandamientos ha sido osado á calificar con dureza al Gobierno italiano. A estas in-

sensateces episcopales han seguido amargas quejas diplomáticas. Á estas quejas diplomáticas no ha podido oponer el Gobierno otra cosa más que evasivas sobre la independencia del Episcopado. Independiente y es nombrado casi por los Gobiernos; independiente y es mantenido por el Erario; independiente y forma parte integrante de la administracion y de la política. Así no ha tenido el Gobierno otro remedio que desautorizar en nota oficial reclamada por Italia, las palabras del arzobispo de París, y apercibirse á retirar de las aguas romanas el temerario *Orinoco*. Pero todo esto deja entre las naciones amargos recuerdos y predispone á una frialdad que puede convertirse en odio así que lleguen dias de crísis y de angustia en que el espíritu de los pueblos se revela en tremendos estallidos.

Pues si esto le sucede con Italia, aun le suceden cosas más graves con España. Desde el principio de la guerra quéjanse todos los Gobiernos españoles de la tolerancia que han tenido con los carlistas las autoridades políticas de la frontera. Los facciosos han tenido allí reuniones públicas. Los facciosos han hecho el ejercicio de sus reclutas en tierra francesa. Los facciosos han traspor-

tado impunemente contrabando de guerra. Savalls ha recorrido casi en triunfo las poblaciones de la frontera. Lizárraga ha podido pasar con su traje cubierto del polvo de sus batallas y su estado mayor galoneado y condecorado, en ferro-carriles franceses desde Navarra á Cataluña. Doña Margarita hà residido públicamente en Pau mereciendo atenciones oficiales, y ha pasado en tren de reina con sus gentiles-hombres y sus damas desde Bayona á España para sostener con sus blancas manos la bandera de la guerra civil y escitar sus fanáticos partidarios al combate y á la matanza. Hasta en los hospitales militares franceses ha habido una seccion destinada á curar las heridas de los soldados carlistas. La prensa española se ha conmovido y puesto el grito en el cielo. La prensa inglesa, despues de muchas vacilaciones, se ha fuertemente asociado á la prensa española y ha pedido que cesara este enorme escándalo. La prensa republicana y liberal de Francia, no menos interesada por la causa de la civilizacion y no menos insistente en sus reclamaciones, ha señalado con el dedo, como cómplice del carlismo, á ese prefecto de los Bajos Pirineos, Nadaillac, que no du-

da un punto en servir con su librea oficial á la República y con su corazon y sus obras á la Monarquía.

El asunto no pasaba de la esfera de los periódicos, cuando toma amenazador aspecto. Los protegidos de Francia son los incendiarios de Teruel, los que han arrancado los ojos á pobres é inermes ancianos, los que han sacrificado mujeres y niños de pecho, los que ha tenido una orgía de sangre en las calles de Cuenca, los que han fusilado en un dia, durante cinco horas seguidas, ciento sesenta prisioneros de guerra cogidos un mes antes é inmolados á la más espantosa crueldad. Estos malvados, empedernidos de corazon, negados de inteligencia, han cogido entre los prisioneros un corresponsal de periódicos alemanes y lo han fusilado bárbaramente, diciendo para mayor afrenta que en la hora suprema habia desistido de su propia religion y abrazado la religion de sus verdugos. Mientras tanto la conspiracion ultramontana que se extiende por toda Europa, que aquí propone la bandera blanca, allá el triunfo de D. Cárlos, acullá el poder temporal, aparece siniestramente comprometida en la tentativa de asesinato consumada por un loco furioso en

la persona del canciller de Alemania. La solidaridad de la civilizacion moderna salta á los ojos. El asesino es una sombra de D. Cárlos que se proyecta allende el Rhin y que allí como aquí anhela sangre. Y Francia es cómplice en su política interior de los ultramontanos, en su política exterior de los carlistas. ¿Qué la puede molestar más en este momento? Que Prusia intervenga en los asuntos de España y se muestre interesada por un pueblo de raza latina, de sangre latina, vecino de Fracia, natural amigo de esta nacion. Pues Prusia insinúa una alianza, un envío de tropas alemanas que guarden la frontera, mal guardada por las tropas francesas. Ya conoce Prusia el orgullo español, ya sabe que preferiríamos la muerte á la deshonra de una intervencion; pero no importa, así molesta á Francia, así le demuestra que despues de quitarle todo su influjo allende los Alpes, se halla tambien dispuesta á quitarle todo influjo allende el Pirineo. La cuestion toma grave aspecto, porque Alemania, que ha reemplazado á su antiguo culto por el pensamiento abstracto la energía en la accion, se apresura á enviar dos buques de guerra á la desembocadura del Bidasoa.

Estos buques pudieran querer entrometerse en visitar los barcos que bajo bandera inglesa llevan contrabando de guerra. Y la Gran-Bretaña no puede tolerar á ninguna potencia el derecho de visita en buques consagrados por su pabellon. Todas estas cuestiones han sobrevenido del empeño de ese gobierno francés en olvidar los rudimentarios deberes de la más sencilla neutralidad. Y conviene no olvidarlas, porque la historia enseña que las intervenciones en los asuntos de España han sido siempre fatales para Francia. Afortunadamente está el pueblo español perturbado, pero no decaido, y más pronto ó más tarde sabrá soterrar en el polvo á los carlistas que se levantan en armas contra su civilizacion y su libertad, sin necesitar más fuerza que sus propias fuerzas, ni más númen que su idea.

CAPITULO XXI.

LA LIBERTAD DE VENECIA MIRADA DESDE PARIS.

Incomparable espectáculo ofrece la Italia libre. Estoy seguro de que las aclamaciones infinitas de los venecianos; el eco de sus músicas que entonaban himnos de triunfo; el coro de sus hermosas hijas en cuyos labios jamás se habia dibujado una sonrisa cuando eran esclavas; la alegría infinita que como una luz salida del espíritu de todo un pueblo se reflejaba en las lagunas y en los canales con más brillo que el sol del Adriático; todo este inmenso poema con el cual han soñado tantos poetas, por el cual han combatido tantos héroes y han muerto tantos mártires, salvará las distancias é irá á regocijar tambien á América, esa tierra de la li-

bertad. Venecia fué entregada por Napoleon al Austria; Venecia despojada de sus riquezas, de su explendor de su gloria. El Bucentauro, el lecho donde el Dux se desposaba con la celeste laguna en señal de su dominio sobre el Mediterráneo, yacia destrozado sobre los escollos del Lido, presa de los piratas del Norte. El milagro de la historia de Venecia fué haberse salvado durante toda la Edad media de la irrupcion de los bárbaros. Cuando Roma se desplomaba, cuando las cenizas de su gran cadáver se esparcian á los cuatro puntos del horizonte en alas de los huracanes del siglo v, algunos latinos fugitivos, dispersos, especie de sacerdotes que llevaban en los pliegues de su manto los últimos penates de la civilizacion, salvador del universal incendio, fueron los que, refugiándose sobre los escollos que se levantaban en las lagunas del Mediterráneo, fundaron esa ciudad sin par, en la cual despuntó la Grecia antigua su corona artística en el dia de su muerte y el Oriente moderno su corona sacerdotal en el dia de su renacimiento. Venecia habia visto pasar á Atila sin detenerse, como si comprendiera el verdugo de Ocidente que así como en Roma estaba el mis-

terio de lo pasado, que era necesario destruir, en Venecia estaba el misterio de lo porvenir, que era necesario respetar. Venecia se habia libertado de los lombardos que fueron á acampar en las llanuras dominadas por la hermosa Milan, levantando allí la sede de un nuevo imperio. Merced á este milagro, Venecia alzaba sus torres y sus palacios cincelados entre el bituminoso mar de la barbarie, mar de lodo y sangre que inundaba toda Italia. Así Venecia tuvo por dominio el Mediterráneo, grabó sus armas en el Archipiélago griego, modeló sus monumentos con el cincel roto de Grecia, los hermoseó con los esmaltes de Oriente, y pudo conservarse entre las sombras de la Edad media, con la luz de los recuerdos encendida en su hogar, como la estátua de Vénus coronada por la diadema de Isis, extendiendo su manto azul, recamado de plata, sobre el Mediterráneo oriental. Y esta Venecia, esta ciudad misteriosa que se habia salvado de los bárbaros del Norte durante toda la Edad media fué á caer á sus piés en el siglo presente. Jamás se ha visto una desesperacion mayor. La ciudad entera se parecia á Bruto en la noche de Philipos, desgarrada por una des-

esperacion sublime, clavándose hasta las entrañas el puñal de los grandes suicidas. Se necesitaria el acento de Jeremías para pintar las tristezas de Venecia. Byron ha escrito dos poemas, pequeños por su extension, infinitos por su mérito, dos poemas que son igualmente tristes : *Las Tinieblas, el mundo, sin sol; Vencia, la ciudad sin libertad.* Sus teatros estaban cerrados; sus museos desiertos; sus calles abandonadas; sus grandes palacios en ruinas; sus muelles solitarios; sus mejores hijos fugitivos; sobre las lagunas donde la música extendiera sus más risueñas creaciones, reinando un gemido sin fin, y las aguas del Adriático amargadas por mares de lágrimas. Se cuentan rasgos sublimes de esta resistencia de Venecia al yugo extranjero. Cuando el emperador de Austria fué la última vez, encontró la ciudad desierta de sus habitantes. A pesar de las muchas guardias, de los innumerables espías, sobre los históricos mástiles de la plaza de San Márcos ondeaban las banderas tricolores como para recordar al tirano que Venecia pertenecia á Italia. El teatro de la Fenice ha estado cerrado durante diez y siete años, desde que Venecia sucumbió en 1849, como

llevando el duelo dela patria Todas las tardes iba á la plaza de San Márcos una música militar austriaca á dar una serenata á la ciudad. A pesar de que entonaba los cánticos de los más populares compositores italianos, las melodías más dulces de Bellini, las marchas triunfales de Rossini, los venecianos, tan amantes de la música, huian de la plaza que estaba materialmente desierta. Ya se sabia; si alguien se paraba á escuchar, era un extranjero. Ninguna comunicacion habia entre el pueblo y los soldados austriacos. El gondolero que veia pasar la góndola de un archiduque huia para no saludarle. Una jóven se enamoró de un oficial austriaco. En la noche, cuando Venecia dormia, cambiaban alguna palabra los dos amantes, alguna sonrisa. Pero sabian que su amor era imposible. Su amor creció, y creció sin esperanza. Entonces tomaron una de esas resoluciones heróicas que la pasion explica. No pudiendo faltar ni á su corazon ni á su patria, se suicidaron. La muerte los desposó en el seno de las lagunas. Y esta desesperacion era de todo un pueblo. Imaginaos su alegría, su locura, cuando sus cadenas se han roto, cuando sus enemigos han huido, cuando el

cuadrilátero, el clavo de la servidumbre fijo en su frente se ha convertido en el timbre de su independencia, cuando los manes de sus héroes han recibido una suprema satisfaccion, cuando el representante de la unidad italiana ha entrado en sus muros donde acaba de coronarse la obra mayor de nuestro siglo, el sueño de cien generaciones de grandes oradores, y de grandes poetas. Así es, que la prensa europea ha fatigado á la fama con la descripcion de las fiestas venecianas, de esas fiestas que han venido á eclipsar las que Byron idealizó en sus versos, las que Pablo Veronés retrató en sus cuadros, las que Donizetti popularizó en las incomparables armonías del primer acto de su Lucrecia Borgia. Seria de ver la Iglesia de San Márcos, medio oriental, medio griega, medio bizantiua, y sin embargo, fundamentalmente italiana como la historia de Venecia, iluminada con guirnaldas de luz, repetidas como las estrellas del cielo por el espejo de las aguas. Seria de ver el gran canal, esa calle de agua donde se halla escrita en piedra la historia de la arquitectura moderna. Allí el palacio de la Aduana con su ángel de bronce dorado que parece salir

del fondo del mar para saludar como la alondra al sol; allí el palacio Dario con sus cincelados de gótico florido, sobre las cuales como que se siente aún el soplo del renacimiento; allí el palacio lombardo de Manzoni; allí el monumento de Trever con su Ayax colosal esculpido por Canova, que como los venecianos encadenados, desafía la cólera del cielo; allí el palacio Barbarigo pintado por Ticiano; allí el Doria, donde se unen el estilo bizantino y el lombardo; allí desde el agimez árabe hasta el arco bizantino, desde el arco bizantino hasta la ogiva, desde la ogiva hasta las ventanas florentinas del renacimiento, desde estas ventanas hasta los delirios del último siglo cargado de ornamentos, el desarrollo del génio de Italia al través de una de las más bellas artes plásticas, idealizadas por la luz que desciende á torrentes de un claro cielo y que repiten lagunas tan claras y tan azules como el cielo. Esta magnífica calle cubierta de flores, de gasas, de terciopelo; llena de una multitud inmensa que ocupaba sus terrados y sus intercolumnios; multitud entusiasta, delirante, que henchía de vítores el aire mientras en el canal repetian tres mil góndolas en

sus adornos y en sus gondoleros la historia toda de Italia, como para recordársela al rey afortunado que la corona y la concluye con tan expléndida victoria. Todos convienen unánimemente en que la escena más tierna de esta série de magníficas fiestas ha sido el acto en que el Rey ha ornado con la medalla de honor la bandera de Venecia, que ondeaba durante el sitio de 1849 en sus torres melladas por la artillería tudesca. Venecia se resistió diez y siete meses, mandada por un gran orador que ha muerto sin ver su patria libre, pero con la fé más viva en su victoria. Venecia fué en esta ocasion sublime la Zaragoza de Italia. Su martirio ha tenido un término. La utopia del Dante, de Petrarca, de Maquiavelo se ha realizado con la victoria de Venecia. Demos gracias al Dios de la libertad.

CAPITULO XXII.

CALUMNIAS VERGONZOSAS.

París, 1867.

Despues de la sesion célebre, que una controversia entre Ollivier y Thiers sobre Historia de Francia, elevó á la altura de una sesion académica, celebróse otra que estuvo á punto de concluirse á palos. Comenzó con un discurso insignificante del vizconde de Lanjuinais, en que repetia los ya sabidos argumentos contra el Gobierno personal del Emperador. M. Gueroult, director de *L'Opinion Nationale*, siguióle en la tribuna, pronunciando un caluroso discurso lleno de terribles argumentos, así contra el poder temporal como contra el poder espiritual del Pontífice. Concluido este discurso habló M. Keverguen, que debe ser furioso reaccionario

segun derramó aceite hirviendo sobre la oposicion radical. El orador dijo que debia leer cierto artículo de un periódico belga para que se supiese la causa secreta, el móvil único á que algunos diarios habian obedecido al sostener con tanto empeño la unidad de Alemania, así como la unidad de Italia. El artículo era de un periódico belga. Y en él se decia, que al llegar al capítulo de gastos secretos en discusion de los presupuestos prusianos, cierta cantidad no se habia podido justificar, porque está consagrada á subvencionar cinco grandes periódicos franceses, los cuales habian recibido la enorme suma de un millon quinientos mil thalers. Estos cinco periódicos á quienes se aludia eran: *Le Journal des Debats*, *Le Siecle*, *La Liberté*, *L'Opinion Nationale*, *L'Avenir National.* Dos directores de estos periódicos, M. Gueroult y M. Havin, se sientan en la Asamblea. Emilio Ollivier es amigo íntimo de Emilio Girardin. La indignacion producida en los aludidos por estas infamias les exaltó en tan alto grado y los puso tan fuera de sí, con sobrado motivo, que hubo necesidad de la intervencion de varios diputados para evitar un conflicto y un gran desacato al Parlamen-

to. Estuvieron á punto de abofetearse en el seno mismo de la Representacion Nacional. Puedo hablar con un poco conocimiento de causa en esta grave cuestion. La prensa en Francia tiene una situacion muy precaria. Si se exceptúan Havin y Girardin, no hay ningun escritor que haya hecho fortuna en la prensa. Las redacciones son tan estrechas como las nuestras y están mucho peor puestas. Los sueldos de grandes escritores son mezquinos, muy mezquinos. Cuando la última guerra de Italia, el corresponsal de un periódico francés que seguia al ejército italiano se vió rodeado de las mayores aflicciones por lo escaso de su paga. Los lectores no son muchos, no son nunca en proporcion de este país tan poblado. El timbre sólo cuesta cinco céntimos. Se vende cada número por quince. Es decir, que con los otros diez céntimos han de pagar redactores, administradores, corresponsales, críticos de todas clases, así científicos como literarios, el papel y la impresion. De aquí graves complicaciones financieras. De estas graves complicaciones necesidad de servir á algun establecimiento de crédito, que al menos exige la publicacion de sus cuentas, de sus anuncios, de sus

empréstitos. Esta desfavorable situacion ha sido creada por la dureza de la ley. *L'Avenir National* depende del Comptoir d'Escomptes, *L'Opinion Nationale* depende un poco del Palais-Royal, *Le Temps* se ha visto forzado por apuros financieros á tener ciertas complacencias con la familia de Orleans, M. La Vallette es accionista del *Journal des Debàts*. *La Liberté*, á pesar de su inmensa clientela y de la reputacion de su director, pierde dinero. Pero esto es todo cuanto hay de desfavorable para la prensa francesa, no lo dudeis. Sin embargo, las calumnias se amontonan á millares sobre los periódicos, á millares. Se dice que Rouher paga al *Courrier* para sostener ideas socialistas que dividan al cuerpo electoral republicano de París; se dice que Girardin recibe dinero de Rusia por sostener que es imposible á Francia intervenir á favor de Polonia; se dice que Prusia pensiona á Gueroult para apoyar la unidad de Alemania; se dice que Italia pensiona á Havin para sostener la unidad italiana. Yo tengo motivos para creer que todas estas imputaciones son calumniosas, completamente caluniosas. Yo puedo decir que cuanto esos periódicos sostienen está en sus conviccio-

nes políticas. Yo sé de causas muy pobres, muy desgraciadas, muy aisladas en el mundo que han sido sostenidas con un interés muy vivo, muy entusiasta por esa prensa francesa tan calumniada, sin que haya habido necesidad de invocar más que la comunidad de ideas ó el nombre querido de algun compañero en desgracia. Esta es la verdad, toda la verdad; y esto resultará del tribunal de honor, á que la prensa liberal francesa ha encomendado este asunto con tanta dignidad; tribunal compuesto de sus mismos enemigos, cuya sentencia se comprometen á publicar. Yo estoy seguro de que se desvanecerán todas las calumnias.

CAPITULO XXIII.

MURMURACIONES POLÍTICAS.

El príncipe de Sérbia ha sido asesinado. Varias versiones corren sobre este suceso. Las dificultades europeas se complican: el Oriente guarda la clave de todas ellas, y han asesinado al príncipe para remover insuperable obstáculo. Esta es una version. Nada tiene que ver la política en la misteriosa inmolacion del príncipe, que se ha consumado á impulsos de una venganza del honor y de los celos. Esta es otra version. El órden público no se alteró un momento. La guardia nacional, el ejército, el pueblo y el Gobierno provisionalmente establecido han optado por el sobrino querido del príncipe, educado en la casa del demócrata Huet, uno de nuestros más puros y perseverantes correligionarios de

Paris. El príncipe ha marchado á recoger su corona; pero razones de alta política le han detenido en su camino. Rusia no ha manifestado su pensamiento sobre la sucesion á ese trono. Austria mantiene el heredero designado por el príncipe difunto. Turquía se limita á reivindicar su fantástico, su nominal dominio soberano sobre todos estos países. En cambio, no sé qué síntomas de recrudecimiento noto en Rusia. Si vuelvo los ojos á Polonia, encuentro siempre la sentencia inapelable de su muerte eterna, escrita sobre su tumba por la mano de los autócratas. En gran número de iglesias ortodoxas los cosacos entran, arrojan los bancos, rompen las efigies de los santos, obligan á los curas á predicar en ruso, aunque el pueblo no entiende la lengua de sus verdugos. Cuando los campesinos han corrido á proteger sus templos, á interponer sus pechos entre las sagradas imágenes de María, consuelo de su servidumbre, y las bayonetas cosacas, han sido bárbaramente inmolados en presencia de un pueblo fiel, que ha empapado lienzos en la sangre de los mártires para conservarlos hoy como una reliquia en la opresion y convertirlos mañana en una bandera con-

tra Rusia. El gobernador de Poldaquia se distingue entre todos por su barbárie. No le cede el general Potapoff, el cual en Citowany ha mandado descargar los fusiles de sus tropas sobre los infelices que acudian al templo del Dios católico, del Dios á quien adoran su conciencia, su consuelo en las amarguras de la vida, su esperanza en las sombras de la muerte. Hasta en la *Gaceta de Moscou* ha resonado el grito de dolor arrancado á la conciencia humana por esta barbárie. Pero no se puede sostener el crímen sino por una série interminable de crímenes. El asesinato de Polonia ha sido la abominacion de las abominaciones. Y este asesinato que se repite todos los dias en todas las generaciones, no es más que un crímen colosal, infinito, cuyo castigo ha de ser una de las obras más grandes de la justicia de nuestro siglo y una de las demostraciones más evidentes de la eterna presencia de Dios en la historia. Aparte de estos grandes crímenes que se enroscan á los piés de Rusia, siéntese que penetra por la conciencia del coloso el aliento del espíritu de nuestro siglo. Los muertos heróicos vuelven, resucitan en testimonio de la inmortalidad del heroismo. Sí, porque

es una resurreccion santa, la más anhelada del génio, la concedida sólo á séres privilegiados, renacer en el pensamiento, en la memoria de aquellos pueblos que ingratos persiguieron ú olvidaron á sus héroes, y que despues de mucho tiempo se ven obligados á buscar sus restos y colocarlos en sus lares como objetos santos consagrados por la religion del patriotismo. Tal es la fiesta que vá á consagrarse á conmemorar los sacrificios de Novikoff y de Radistcheff, perseguidos é inmolados por la implacable saña del despotismo, renovadores del mundo social, profetas del pensamiento, héroes del progreso, mártires de la libertad que fueron derribados á la fosa desde el Tabor donde se habian transfigurado por el enorme crímen de haber visto venir desde las alturas los siglos futuros á consolar y emancipar los pueblos esclavos.

Así, cáusame profunda extrañeza que sea Rusia relativamente más agradecida á sus grandes hombres que Francia, ó al ménos que las autoridades francesas. Yo no conozco en el mundo gloria más pura que la gloria de Hoche, el sublime general de la Convencion. En la primera juventud ha di-

rigido un ejército de ciudadanos que pacificó la Vendée, y que salvó de la coalicion de los reyes á Francia, y con Francia al mundo. Vivió con la sencillez del heroismo en la pobreza y murió misteriosamente, en medio de sus victorias, que fueron victorias de la humanidad; fiel á la República, sin haber soñado con volver contra su patria la espada esgrimida contra el extranjero. Su estátua se levanta en Versalles, y es la más respetable que hay, y la más digna, y la más duradera, y la más noble en aquel panteon de reyes. Las autoridades francesas no han querido que el aniversario de Hoche se celebrara con grandes manifestaciones. Ha hecho bien. Si el general republicano vive, acaso no hubiera diez y ocho de Brumario, y por consecuencia Imperio. Y merced á la generosa iniciativa de Francia, de esta gran nacion, Europa seria hoy una República confederada y libre en vez de ser un campo de batalla.

Volvamos á Rusia. El espectro del hambre se pasea por sus estepas. El emperador ha encontrado un gran remedio; devorar un periódico. Y lo ha devorado contra las leyes mismas promulgadas por él con toda solem-

nidad y que prohibian la supresion de los periódicos despues de tres advertencias. El Moscovita no habia recibido ninguna. Pero las exigencias nacionales eran superiores á la satisfaccion que pueda darles el Emperador. De suerte que Alejandro no puede satisfacer ni el hambre material ni el hambre nacional de Rusia. Y el hambre es horrible, porque no parece sino que se reproducen aquellos tiempos de la Edad media, en que la peste convertia comarcas enteras en vastos cementerios, y el terror religioso en tales términos se exacerbaba, que parecia posible el suicidio de un pueblo.

La verdad es que si Rusia, en vez de mostrar desapoderadas ambiciones en Oriente, mostrara el deseo vivo de auxiliar allí una federacion de pueblos en reemplazo al Imperio de los Sultanes, Constantinopla seria libre. Corre con grande validez la idea de que el Sultan tiene accesos de demencia. Al ménos así lo ha dicho en una nota el ministro de los Estados-Unidos á su Gobierno. Y como las notas de los ministros de este país se publican fácilmente, Fuad Pachá, que ha visto en ella la revelacion de un gran misterio, ha mostrado diplomáticamente al ciu-

dadano Morris su disgusto. Yo no extrañaria una enfermedad de esta clase. He visto al Sultan de cerca y he notado en su rostro una indiferencia muy próxima á la imbecilidad. Puede ser que la inteligencia se muestre en aquella noche del alma por delirios semejantes á relámpagos. Las costumbres indolentes, los placeres del Serrallo, la vida muelle, el opio moral del dogma fatalista que adormece todas las facultades y prepara á todos los delirios, pueden muy bien haber enloquecido al Sultan, sin contar con el poder absoluto que es ya un gérmen de demencia para todos aquellos que lo ejercen, como es un gérmen de embrutecimiento para todos aquellos que lo sufren. El virey de Egipto pasa por un cumplido europeo, educado en los colegios de Francia, capaz de llevar el soplo de la libertad al adormecido espíritu de los árabes, y de fundar una especie de Estados-Unidos semíticos á la sombra de las Pirámides, esas tumbas de los déspotas levantadas sobre los huesos de los esclavos. En este país hace dos años que no se paga una mensualidad á los empleados, y sin embargo, el virey de Egipto que manda un pueblo hambriento dió á la gran duquesa de Ge-

rolstein, es decir, á la actriz por excelencia del boulevard Montmartre, dos millones de francos por una noche de orgía, dos millones arrancados á las manos de familias, que acaso para entregarlos tendrian que privar de pan á sus hijos. Tales son las demencias del despotismo, y tales tambien los signos evidentes de que el despotismo musulman se muere. Por eso todos los amantes de la civilizacion desean ver libre el Oriente de esos montones de inmundicia, de esos pueblos gangrenados por la servidumbre. Pero es necesario que los herede, no el Imperio ruso, gran peligro para el Occidente, por su grandeza formidable; no el reino de Grecia, grande peligro para el Oriente por su debilidad, sino la fórmula única que puede resolver todos los antagonismos, la federacion greco-eslava entre los pueblos helénicos y los pueblos eslavos. Pero lo cierto es que cada dia se ven por aquellas regiones orientales síntomas de que allí está encerrada la guerra universal. La Rumanía, temiendo las ambiciones de Austria, sobreexcitada por la entrevista del Emperador austriaco y el francés en Salzburgo, se vuelve hácia Rusia. Sérbia aumenta desmedidamente su

ejército, y más desmedidamente todavía su armamento.

¡Felices países aquellos en que reina la libertad! No hay acaso cuestion más pavorosa ni más amenazadora que la cuestion de Irlanda. Es una cuestion religiosa, porque atañe á las relaciones de dos iglesias rivales; una cuestion social, porque amenaza las condiciones de la propiedad; una cuestion de equilibrio universal, porque empuja hácia las ideas americanas, hácia la alianza americana un pueblo, parte integrante en Europa del grande imperio británico. Y todavía hay motivos de esperar que con agitadores como Brigth, con pensadores como Mill, con prensas como la prensa inglesa, con tribuna donde todos los dolores pueden estallar, con asociaciones que conmueven hasta el fondo de la conciencia nacional, sea posible una solucion que llegue á dar la libertad á la Iglesia perseguida y á convertir los arrendadores en propietarios. Así una comision compuesta de jefes de una escuela filosófica importante, la escuela positivista, ha podido dirigirse al Parlamento inglés pidiendo satisfaccion para los votos de los fenianos y al pueblo inglés enseñándole que

todas las soluciones del porvenir se encuentran contenidas en esta fórmula salvadora para Occidente: la República.

¿Y quién no admirará el gran ejemplo de los Estados-Unidos? Servicios inmensos nos presta desarrollando las instituciones republicanas en todos sentidos y consagrando los derechos individuales en toda su plenitud; servicios mayores cuando se lanza al abismo de la guerra, y en tan grave crísis conserva su federacion y vuelve de la victoria con las cadenas rotas de tres millones de esclavos; pero hoy, en este momento, juzgando al jefe del Poder ejecutivo, proceder que nosotros no hemos podido abrazar sino pasando por dictaduras como la de Cromwel y la de Robespierre, ó sufriendo golpes como el 18 de Brumario y el del 2 de Diciembre; hoy, desatando dentro de la ley todos los términos de un gran conflicto entre el presidente y la Cámara, que en nuestra vieja Europa traeria una gran revolucion; hoy se ha elevado á ser la nacion ideal, porque en ella aprenderán los pueblos que en una democracia es posible herir con la ley, someter á la justicia el jefe del país cuando ha faltado á la ley, cuando ha des-

conocido el derecho, sin que el órden se perturbe y sin que las instituciones interrumpan su luminoso curso, tan seguro como el curso de los astros en la inmensidad de los cielos.

¡Eterna gloria á la América!

CAPITULO XXIV.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.

París 15 de Noviembre de 1867.

La cuestion por excelencia, aquella de que no podemos separar los ojos, la cuestion capital hoy en el mundo, es la cuestion de Roma. Van á ella unidos tantos intereses morales, religiosos y políticos que no es maravilla ver uno y otro continente suspensos de esta suprema solucion que entraña en sí el espíritu de todo una época y la suerte de las generaciones venideras. Desde el punto de vista religioso la cuestion de Roma toca á los problemas del espíritu, de la vida y la muerte, de la eternidad. Desde el punto de vista de las relaciones entre la Iglesia y el Estado la cuestion de Roma toca al problema verdaderamente más grave, al problema de averiguar si hemos de admitir los derechos de todas las conciencias á profesar su

propio culto ó si hemos de inclinarnos ante la intolerancia de la Iglesia. Desde el punto de vista político la cuestion de Roma entraña este dilema terible: ó el pueblo romano tiene el derecho de pedir las condiciones civiles y políticas que son esenciales á nuestra civilizacion, en cuyo caso el Papa debe caer, ó el absolutismo teocrático tiene derecho á ser mantenido en el centro de Europa armado de su guadaña por una liga de reyes, en cuyo caso debe desaparecer Italia. Estos son, mirados á la ligera, los más graves problemas que entraña esa cuestion romana planteada desde el principio casi de la historia moderna y todavía no resuelta. Así no es maravilla que sacerdotes, poetas, soldados, repúblicos, madres de familia, jóvenes y viejos, todo el mundo fije sus ojos en ese anciano, heredero de los Césares y de los Pontífices levantado sobre las ruinas de la ciudad más prestigiosa que han conocido los siglos; sosteniendo en sus cansados hombros el peso de una sociedad que se ha arruinado; cada dia más solitario, más desposeido de la vida, que se va á encender otras luces y animar otras instituciones; y demandando, sin embargo, que se sacrifique ante su trono de

sombras, y á la prolongacion de su agonía irremediable, la hermosa y desgraciada Italia como los dioses celtas ó los dioses cabires exigian los sacrificios humanos para continuar amparando á la tierra. Yo no conozco problema, á la verdad más insoluble que el problema romano, cuando lo quieren resolver aquellos que solo apelan á un criterio conservador ó monárquico. La caida del poder temporal de los Papas, ese acontecimiento que tanto con razon temen los reaccionarios, es, sin embargo, el resultado de todos nuestros hercúleos trabajos, el testamento de toda nuestra expléndida civilizacion. Cuando la historia antigua se acaba, cuando los dioses se mueren, cuando los Césares caen, cuando el Tíber arrastra lamentándose al mar los anillos con que la conciencia humana habia desposado el paganismo, cuando las tribus bárbaras entonan cánticos de victoria, alumbradas por los incendios, con sangre hasta las rodillas, sobre campos de desolacion, donde se mezclan los huesos de los esqueletos con las ruinas de las ciudades; el único poder que de pié queda con fuerza bastante para imponer una autoridad y dictar un derecho, es el poder que se extiende

sobre la cuna de las sociedades nacientes, el poder religioso de la Iglesia. Por eso ante el Papa bajan su frente Clodoveo, Recaredo, Atila, Pipino, todos los bárbaros. Solo en nombre del cielo se puede sostener una sociedad naciente; solo Dios puede gobernar á pueblos semi-salvajes; y Dios necesita para revelarse y herir los sentidos groseros de tosca raza en su infancia, una personificacion, y esta personificacion es el primer sacerdote de la primer ciudal del mundo que todavía conserva el prestigio recibido de sus dioses y de sus héroes, y este supremo sacerdote es el Papa. De tal suerte se constituyó esa teocracia, que por los conventos, por las artes místicas, por la teología, por los cánones, por las decretales verdaderas ó falsas, se apodera de todo, desde la conciencia hasta la propiedad, desde el Gobierno hasta la familia, desde el derecho político al derecho civil, llamándose á sí misma con orgullo el sol que ilumina y vivifica el mundo. Pues si se quiere seguir el curso de las ideas, la direccion del movimiento político y social; si se quiere ver hácia qué punto han caminado todas las generaciones y en qué punto se han concentrado todos los esfuerzos, debe recono-

cerse que todo cuanto se ha hecho por tantos héroes, que todo cuanto se ha padecido por tantos mártires, todo se ha condensado en esta suprema aspiracion: convertir en sociedad láica la sociedad teocrática. Los primeros reyes iban á pedir la sancion de su autoridad al Papa. Mas así que la Monarquía está creada, sacudirán esa autoridad. El poder civil nacerá de una victoria sobre el poder religioso. Los primeros jurisconsultos serán teólogos. Pero la invasion del derecho romano vendrá á matar el derecho canónico. La jurisprudencia nacerá de otra victoria sobre el poder religioso. La primera escuela será el convento. Las monarquías emancipadas crearán las universidades para emancipar la ciencia. La Universidad ha sido otro castillo levantado enfrente del poder teocrático. Y luego vendrá algun movimiento más formidable, se oirá desde un extremo á otro del mundo el grito de la conciencia humana que pide su pronta emancipacion. Una legion de héroes tomará por asalto la Roma intelectual de la Edad media. Los unos serán monjes, los otros poetas, los otros pintores; pero todos, como por un soplo celeste movidos, negarán esa tutela de un poder que

en la soberbia quiere tener amortizada la conciencia y amortizada la tierra. Abelardo, Arnaldo de Brescia, el Dante, Savonarola, son los héroes del pensamiento. No importa que unos mueran en el destierro y otros en la hoguera. Sus gritos de dolor impulsan á nuevos combatientes, sus aureolas de mártires aumentan la luz del espíritu humano. Y despues viene el renacimiento, y se encuentra en las ruinas un arte superior al arte monástico, y se encuentra en los mares un mundo hasta entonces oculto á la ortodoxia, y se encuentra en la conciencia una moral natural superior á la moral teológica, y se encuentran en la astronomía verdades no presentidas por los que se creian depositarios de toda verdad, y comienza una revolucion religiosa que arranca el espíritu á las manos de Roma, y una revolucion filosófica que le arranca la ciencia, y una revolucion política que le arranca, por último, la sociedad entera fundada en su propia soberanía y en la igualdad de todos los cultos, y en el derecho natural de todos los hombres. En este gran naufragio el poder temporal de los Papas se ahoga. Los reyes le arrancan por medio de Concordatos la mayor parte de sus

antiguos privilegios. Las sociedades prescinden de su viejo derecho canónico. El matrimonio civil le aparta la familia. Y la sentencia pronunciada por la filosofía hace siete siglos se escribe al frente de las Constituciones modernas. Si queda todavía algo de ese poder temporal en Roma, es como queda la momia despues que han pasado los Faraones; como quedan los ídolos despues que han pasado los dioses. Ahí está el poder temporal; ahí está inflexible, rígido, hosíficado, sin modificaciones, porque de modificaciones solo son susceptibles las sustancias, sin movimiento porque de movimiento solo es susceptible la vida, abrigando bajo su sudario los teócratas, los místicos, los legitimistas, los reaccionarios, los reyes destronados, todos los gusanos que producen naturalmente todos los sepulcros.

Por eso temo que una gran nacion, cuya lira ha sido nuestro encanto, cuya corona de gloria ha sido un luminoso astro en las noches de las edades pasadas, cuyo cántico ha abierto el raudal de la inspiracion en la mente de todos los pueblos; temo, en una palabra, que Italia muera, víctima de ese poder absoluto, sentado hoy en el trono de los

Césares„ y capaz de secar con su soplo hasta la conciencia humana. Los últimos sucesos me han demostrado una verdad bien triste; que es más fácil de tomar la fortaleza de los ejércitos, como el cuadrilátero guarnecido por la corona de un emperador, que la fortaleza de las preocupaciones, como Roma guarnecida por la tiara del un Papa. Italia ha recabado Venecia, pero Italia no ha podido recabar todavía Roma. La teocracia intolerante, opresora, incapaz de comprender el espíritu de nuestro siglo, dominando desde la voluntad hasta la conciencia, rigiendo el mundo todavía entre las sombras de los errores feudales, se arraiga en el suelo de la Ciudad Eterna, merced á esas bayonetas francesas, cuyas puntas han sido como el arado con el cual hemos destrozado la tierra europea de las raíces feudales. Ha sido inútil todo el heroismo de Garibaldi. En alas del entusiasmo ha abandonado su isla; ha roto la cadena de hierro que lo tenia como ceñido á su roca; ha volado al campo donde combatian los suyos, y ha inscrito en las piedras de Monte Rotondo una victoria más en la cual ha ilustrado su propio nombre y el nombre de su Italia. Pero nadie puede luchar

con el destino y contrastar una fuerza avasalladora é invencible. El Papa, el emperador de Francia y el rey de Italia se coligan contra Garibaldi. Todos los poderes del mundo se conjuran contra ese hombre, cuya principal arma es la fé, y cuyo ejército, desnudo, hambriento, vive solo por la fuerza de sus ideas. Cuando ya ante los mandatos del destino se retiraba, caen sobre él un gran número de soldados pontificios y soldados franceses, armados de fusiles, cuya puntería es muy certera, y cuyos tiros son de mucho alcance y lo derrotan por la superioridad del armamento en los campos de Mentana. El porvenir cantará siempre entre sus elegías esta derrota. Así como no se puede escribir sin lágrimas el nombre de Queronea porque recuerda la muerte de Grecia, y con ella la muerte de la libertad y del arte, no se puede escribir sin lágrimas el nombre de Mentana que recordará eternamente la muerte de esa Italia, cuya resurreccion contábamos entre los milagros de nuestro siglo. Hay la perversa costumbre en nuestra Europa de no creer sino en la virtud y en el mérito del vencedor. Los vencidos son siempre torpes y solo merecen á nuestros hábiles del dia la

sonrisa del desprecio. Pero el mundo pertenece á los vencidos, á Sócrates que toma la cicuta, á Galileo que padece en la inquisicion, á Cristo que muere en la cruz. Garibaldi no se ha contentado con ser el héroe de Italia, ha sido tambien su mártir. Vencido, con el corazon lleno de penas causadas por la muerte de tantos valientes; preso en el seno de esa nacion que le debe el ser; atormentado por el rey á quien ha dado una corona, es el hombre mayor de Europa hoy, porque en el frio excepticismo que nos consume es el hombre de la fé, el hombre que por los demás hombres se sacrifica, sin otro móvil que los impulsos de la conciencia.

Podrá eclipsarse la razon humana, podrá sucumbir el derecho, podrán los tiranos todos conjurarse contra la verdad, contra el bien, podrán las supersticiones formar espesa y negra nube para sostener una autoridad mentida en el centro del mundo moderno que tanto ha combatido por la luz; pero no podrán impedir que el absolutismo, sea militar, sea teocrático, haya sucumbido en la conciencia, y que todo aquello que sucumbe en la conciencia, sucumba tarde ó temprano en la historia.

CAPITULO XXV.

CONSIDERACIONES SOBRE EL NORTE DE EUROPA.

París, Diciembre de 1867.

La inteligencia entre Galitzia y su dominadora el Austria, se halla muy quebrantada. El periódico el *Lemberg* ha sido recogido. Un meeting que debe celebrarse para conmemorar la Confederacion de Bar, ha sido prohibido. Austria teme que los clamores de Polonia resuenen en San Petersburgo. Los polacos de Galitzia han hecho lo posible por ayudar á la reconstruccion del Imperio; han ido á la Asamblea de Viena olvidando que así renegaban de su propia nacionalidad y se convertian en elementos austriacos. Mientras los necesitó el Imperio, halagólos con toda suerte de promesas, dióles todo género de esperanzas. Pero promulgada la nueva Constitucion, adquirido el consenti-

miento de Galitzia á su propio sacrificio, todas las promesas se olvidan, todas las esperanzas se desvanecen; y la autonomía, ya mezquina en la Constitucion, es mezquinísima en la práctica. El ministro constitucional de Austria procede como pudiera proceder el autócrata de todas las Rusias, prescindiendo del nombre, del orígen, de la lengua, del carácter nacional de Galitzia. Se quiere ahogar hasta su alma; se quiere enterrar hasta las generaciones venideras, petrificándolas en el seno del Austria, de la cual se desprenden para unirse á sus hermanos de Polonia, con los que se hallan unidos por la identidad del espíritu. Galitzia no es un Estado, no es parte de una raza, miembro de una nacionalidad, nó; es una provincia, y provincia poco favorecida del inmenso Imperio austriaco. El resultado de tamaño error del Imperio es claro: una alianza de Galitzia y de Bohemia contra el Imperio austriaco, ese opresor de los pueblos, ese verdugo de las nacionalidades.

Sí, Polonia, nacion de los peregrinos y de los mártires; nacion que vá dejando sus hijos por extranjero suelo, sin poderles ofrecer ni un hogar ni un sepulcro; nacion des-

cuartizada impiamente, y sin embargo, viva sobre la rueda de sus tormentos, llenando inútilmente el aire con el eco de sus lamentos y el vapor de sus lágrimas y de su sangre, que enternecerian á las piedras, no tan duras como el corazon de los tiranos; Polonia no se levantará, no se redimirá mientras continúe el mundo bajo el yugo de la diplomacia y de sus ídolos sombríos; no se levantará, no se redimirá sino el dia en que el viento de la tempestad, encerrado en las nubes de tantas ideas amontonadas en nuestros horizontes, se desencadene por Europa é imprima su beso eléctrico en los labios de los pueblos muertos, y los llame á la resurreccion en el seno del Dios de la libertad y de la justicia.

Esa Rusia, que tiene su férreo pié sobre la garganta de Polonia, se agita por la electricidad revolucionaria. Los antiguos conquistadores, los tártaros, se hallan contrastados por las tribus federales, inquietas, en cuya alma no muere nunca el instinto de la libertad, que descendieron de la Lithuania, y que llevaron una levadura republicana al seno de la inmensa Rusia; de ese mar de vida oculto hoy todavía en las tinieblas, pero

que se removerá en su lecho hasta atronar con sus bramidos al mundo. ¿Se ha olvidado que la libertad tiene allí tambien sus mártires? Yo he conocido algunos en mis viajes por Europa; yo he visto ancianos que han pasado treinta años en Siberia, pero sin que la nieve de la edad caida sobre su cabeza, haya apagado el fuego del corazon, siempre ardiendo en la llama de la esperanza. Horroriza oirles contar sus sociedades secretas bajo las plantas mismas del Czar; sus proyectos inverosímiles como una leyenda caballeresca, pero audaces como todos los esfuerzos de la desesperacion; sus caidas en manos de los esbirros, los cuales aparecian como gigantescas aves nocturnas en las catacumbas de sus conciliábulos, cerradas al aire y á la luz; sus sufrimientos en calabozos llenos de dos ó tres palmos de agua, por la cual nadaban ratas hambrientas; sus dolores en el tormento, de que conservan señales como si fueran hijos de otras edades, evocaciones de las tumbas; la sentencia horrible que los condenaba á ver morir en el patíbulo á sus cómplices, tenidos por más criminales que ellos, y siendo en realidad con la muerte menos castigados; su viaje á

Siberia y sus trabajos en el infierno de las minas, no viendo la luz por haberla tanto deseado; su vuelta al suelo de Rusia despues de largos años, sin encontrar ni su mujer, casada por fuerza con otro, ni sus hijos, forzados á olvidar el nombre paterno, ni su casa arrasada, ni los huesos de sus mayores, sobre los cuales se ejercian las venganzas de ese Czar-Pontífice, cuya cólera cree disponer hasta de los eternos dominios de la muerte. Ryleieff, Serge Mouravieff, Bestoujeff, morian serenos contemplando su ideal, como los mártires cristianos. El primero, al subir al cadalso en una mañana de invierno, húmeda, triste, sintióque un escalon de madera cedia bajo sus plantas, y que al golpe una grande herida se le abria en una pierna: «Pobre Rusia, atrasada Rusia, exclamó, donde ni siquiera se sabe colgar á un hombre.»

La situacion económica del imperio ruso es detestable. Las reformas á medias han dado el resultado necesario: el caos. La capitacion, impuesto vejatorio y oneroso, ha subido de una manera alarmante. En 1864 era de ciento treinta y cinco millones de francos, y los pueblos se quejaban. Hoy es

de trescientos millones. Cada campesino paga seis francos más que pagaba anteriormente. Y se decia en 1864 que no era posible pasar más allá. En 1863 la deuda extranjera se elevaba á muy cerca de novecientos millones de francos, lo cual obligaba á pagar anualmente ciento veinticuatro millones de interés. Hoy se ha elevado el interés á ciento cuarenta y dos millones; lo cual quiere decir que se ha aumentado tambien extraordinariamente la deuda. La interior sumaba ciento diez y seis millones de intereses anuales. Hoy suma cuarenta y nueve millones más de francos. A esto se une un laberinto de otras deudas que secan el Tesoro, y tan graves medidas contra el crédito territorial, que rebajan el precio de la propiedad y el producto del trabajo. El imperio ruso, como todas las monarquías europeas, tiene un cáncer en la conciencia y otro cáncer en el estómago.

Hace pocos dias que allá, en el Principado de Sérbia, acaba de festejarse la subida al trono del príncipe Milano con la ejecucion de catorce conjurados, reos de la muerte del príncipe anterior. Las minuciosidades que nos dan los periódicos extranjeros de tan bár-

baro atentado hieren el corazon y agitan siniestramente los nervios más sensibles. Los reos han ido á morir atados como fieras. Cada uno de ellos era ejecutado aparte, con grandes ceremonías, que aumentaba su prolongada agonía y el terror de sus compañeros. Imagínese cuánto sufriria el décimocuarto, que oyó trece veces las descargas asestadas á sus cómplices y pasó junto á trece cadáveres bañados en sangre. Una de las balas fué á herir al capitan que mandaba el piquete y que cayó muerto al lado de los reos. ¡Cuántos horrores!

CAPITULO XXVI.

UN DISCURSO DE FAVRE Y UNA VICTORIA DE THIERS.

Paris, Enero de 1868.

La diccion de Julio Favre es severa, el estilo sóbrio, la dialéctica contundente, la idea elevada, la intencion profunda; y en algunos momentos, sobre todo, cuando la indignacion habla, toma toda su arenga la solemnidad majestuosa de una gran tormenta. Voy á ver si me es posible resumir en breves conceptos sus principales argumentos. Tratábase de la cuestion romana. La primera expedicion á Roma tuvo en su orígen por objeto defender Italia contra Austria. El ministro de Francia declaró ante la Asamblea Nacional que jamás cometeria la República francesa el fratricidio abominable

de aniquilar la República romana. Pero la República romana fué aniquilada y el Papa repuesto en su trono. Entonces Napoleon Bonaparte, á la sazon presidente de la República, escribió una carta al embajador en Roma diciéndole, que al reponer el Pontificado en el sólio temporal, deshecho por las revoluciones, de ninguna manera habia sido su ánimo restaurar el absolutismo teocrático, y por lo tanto, era necesario exigir del Gobierno pontificio las reformas indispensables á la vida de los pueblos en este nuestro siglo. El Gobierno pontificio, á pesar de deber al Gobierno francés su existencia, negóse á toda reforma. En vano insistia Francia; la insistencia de Roma era incontrastable. Vino la guerra de la Independencia y Roma estuvo con Austria, con los Borbones, con los príncipes destronados, con los enemigos de Francia. Entonces perdió gran parte de sus provincias, abrasadas como toda Italia por el fuego de un santo patriotismo. El ágila francesa alejó con sus alas el incencio, que llegaba hasta las frágiles puertas del Vaticano. A este nuevo servicio siguieron por parte del Gobierno francés nuevas demandas de reforma, y á

estas nuevas demandas de reforma nuevas negativas por parte del Gobierno romano. Entonces, valiéndose el Papa de su autoridad religiosa, de sus ejércitos por todo el mundo esparcidos, de su fuerza moral, elevó á artículos de fé en un documento eternamente célebre, en el *Syllabus*, todos los errores, todas las preocupaciones, todos los principios que Francia ha condenado en sus Códigos. Poder civil, matrimonio civil, libertad de pensar, libertad de cultos, igualdad de los ciudadanos, derechos modernos, todo fué declarado contrario al Catolicismo. Italia que, merced á tantos trabajos, se constituia y se emancipaba del extranjero, fué maldecida. El Papa le declaró la guerra. En su ansiedad por ver libre de extrañas gentes todo el suelo italiano firmó Italia la convencion de Setiembre, en que se comprometia á no intervenir en Roma ni á dejar que ninguna fuerza extraña interviniese. Pero si la convencion ha sido rota, decia Favre, ha sido rota por Francia. Francia organizó la legion de Antibes, que era una intervencion disfrazada. Francia envió al general Dumont á contener los desarmes de los zuavos pontificios. Francia dijo por boca de sus

ministros de la Guerra, que el servir al Papa era tanto como servir al Emperador. Y al mismo tiempo el Papa condenaba en contínuas maldiciones á Italia sobreescitando contra sus leyes las conciencias. En este tremendo estado Francia ha intervenido, y al intervenir, sin favorecer al Papa, ha deshecho Italia. La nacion francesa ha rasgado el *Syllabus*; pero de sus fragmentos ha hecho tacos para cargar el fusil contra los enemigos del *Syllabus*. Los resultados de tal política deben ser tremendos, como lo son siempre los resultados de toda política equívoca.

El discurso de Favre produjo una inmensa sensacion. M. Rouher, como hábil táctico parlamentario, queria procurarse el espectáculo de que la oposicion contestara á la oposicion. Pero habia una parte de la oposicion, los legitimistas y los orleanistas, que deseaban algo más que una batalla, deseaban una victoria sobre el Gobierno. Y la obtuvieron. M. Moustier, ministro de Negocios extranjeros, se encerró en sus habituales reservas. Habló, como en el Senado, mucho de la independencia espiritual del Pontífice, pero poco ó nada de su independencia temporal. Estas reservas disgustaban á la mayoría

conservadora y católica. Entonces M. Thiers, como antiguo general de Parlamento, aprovechó la ocasion para poner el Parlamento sobre el Imperio. Habia del lado del Gobierno la reserva; del lado de la mayoría la franqueza. Apoderarse de la conciencia de esta mayoría; expresar su pensamiento; formular sus aspiraciones; defender claramente el poder temporal del Papa; ofrecer como solucion que permanezcan á su lado indefinidamente las tropas imperiales; decir que sin trono de rey no puede haber independencia de Pontífice para el jefe supremo de la Iglesia católica, la cual es la Iglesia patria en Francia; maldecir de la unidad de Italia como una gran desgracia; esperar que sin Roma esa unidad será imposible; proponer francamente que Francia tenga su espada desnuda á las puertas de Roma para que Italia vaya en su demencia por la unidad hasta clavársela en el corazon; hacer y decir todo esto, entre los aplausos de la mayoría, entre los saludos y los gritos entusiastas de los imperialistas, era sustituir la política de un enemigo del Gobierno á la política misma del Gobierno, el pensamiento de Thiers, al pensamiento del Imperio, y poner el Cuerpo

legislativo mandando sobre el Emperador obediente. La táctica era hábil, de un consumado capitan, de un grande orador. No puede darse más flexibilidad de talento, más riqueza de recursos. En tres largas horas de sofismas, la reticencia, la argumentacion contundente, la broma fina, la duda filosófica, la teología escolástica, la historia, la política, hasta las efusiones del misticismo, hasta los explendores de una elocuencia religiosa, todo fué por el hábil orador empleado para conseguir un grande triunfo parlamentario. Este héroe de la palabra no ha tenido todavía un Waterloó. Cuarenta años han pasado despues que su talento llegó á la madurez y todavía está robusto. Y ese talento robustísimo acabará por este ú otro camino con el debilitado Imperio.

Mr. Rouher, al dia siguiente ha ido al Cuerpo legislativo, ha asaltado la tribuna, y prescindiendo de todo género de consideraciones, franca y claramente, ha descubierto el secreto de la política imperial, diciendo que Italia jamás, jamás, jamás, tendrá á Roma. No puedo pintar bien el entusiasmo que esta declaracion produjo. Las señoras agitaban sus pañuelos blancos cual la ense-

ña de los Borbones; los diputados aclamaban á grito herido al Emperador; los obispos y los cardenales aplaudian hasta el escándalo y se entusiasmaban hasta el llanto. Las Cámaras francesas parecian un Concilio declarando un dogma de fé. La extrañeza era tanta que se preguntaban unos á otros, los católicos fervientes si es que habian oido bien. Algunos pedian sus notas á los taquígrafos. Otros detenian al ministro para demandarle explicaciones. Entre estos se distinguia Thiers, al cual escuchaba Rouher con tanto acatamiento como si escuchara al mismo Emperador. Se veia que el orador enemigo del Imperio, reinaba sobre el Imperio. Así és que obligó al ministro de Estado á subir nuevamente á la tribuna y declarar que entendia por dominios del Papa no solamente la ciudad de Roma sino todo el territorio sujeto hoy á su autoridad suprema. El entusiasmo redobló entonces. Favre quiso hablar pero nadie pudo oirle. Tuvo que bajar de la tribuna sin expresar su pensamiento. Beryeer, el legitimista, dictó el órden y la manera de la votacion, que fué numerosa, compacta, á favor del poder temporal del Papa. Entre los que más se distin-

guian por su adhesion calurosa estaban los diputados judíos. Y sin embargo, el telégrafo nos dice que al abrirse el Parlamento italiano, Menabrea, ese ministro conservador, esė ministro casi clerical, reclama Roma como parte de Italia y dice que Francia nunca hubiera consentido un gobierno extranjero en París. ¿Por qué ha de exigir á Italia que consienta un gobierno extranjero en Roma? El partido conservador que presentaba á Lanza como candidato á la presidencia del Congreso italiano ha triunfado sobre el partido avanzado que presentaba á Ratazzi. Pero la victoria ha sido solamente de cuarenta votos. Italia no renunciará jamás á Roma.

Si Rouher dice que Italia jamás tendrá á Roma, é Italia dice que jamás renunciará á ella, paréceme que prevalecerá el jamás de Italia. Esta nacion entrará en Roma á despecho del Imperio. Los imperios mueren y los pueblos son inmortales.

———

CAPITULO XXVII.

CHISMES DE VECINDAD.

Febrero de 1868.

El suicidio es una enfermedad de las sociedades decadentes. En tiempo de nuestro D. Rodrigo, cuando España iba á morir de envilecimiento en el Guadalete, los suicidas menudeaban hasta el punto de emplearse miles de leyes en evitarlos. Aquí se ha cerrado una puerta. Pero la desesperacion abre mil. Vivir es milagroso. Morir es fácil. Hace pocas noches un zapatero se encerró en su casa, y como si fuera un poeta romántico, puso á la puerta de su tienda: «Cerrada por muerte de sus dueños.» Afortunadamente ahora amanece muy pronto, el vecindario se levanta muy temprano, el anuncio revela el proyecto del crímen, la policía se entera

y los dueños de la tienda, un matrimonio, aparecen ya en el momento trágico, el zapatero, ébrio, acariciando el puñal como Otelo, y la zapatera defendiéndose con las almohadas del lecho conyugal, como Desdemona. Mas no há podido evitarse la perpetracion de otro crímen análogo. Un pobre peluquero se dió á la bebida en términos que llegó á la locura. Su mujer le abandonó. Entonces sintió por ella una pasion infinita. En el mundo sólo conocemos el bien cuando lo hemos perdido. El marido abandonado rogó, instó. La mujer desoyó sus ruegos y sus instancias. Antes de ayer, desesperado, viéndose en el mundo solo, ahogó su conciencia en un cántaro de licor y se partió en pedazos el corazon con un cuchillo catalan.

En fin, este París nuestro es una trajedia contínua. Y sin embargo, cómo le aman cuantos le han habitado, siquiera sea por una sola vez. Hace pocos dias jugaba á la pelota y al globo cautivo un muchachuelo en un colegio parisien. De pronto vienen á decirle que tiene una corona. En efecto, vá á cambiar su colegio por un palacio y su trono por el trono de Sérbia. ¿Creeis que está contento allá en las tierras orientales,

donde el cielo es tan claro y tan explendido el sol? Nada de eso. Le envia al amigo preferido un caballo apacentado en las praderas del Danubio, ese rey de los rios de Europa. Y le escribe una carta sentimental echando de menos en las alturas del trono su colegio y su querido París. Pero tiene razon. Imaginaos que los diputados de Sérbia se limpian los dientes con la misma navaja que les ha servido para cortar la carne. Imaginaos que antes de buscar la bola blanca ó negra para votar, se levantan su túnica de lana en pleno Parlamento para buscar las pulgas engendradas por asquerosa suciedad. Imaginaos que cuando van á ver á su príncipe llevan manojos de puñales y de pistolas y no sé cuántas carabinas y escopetas. Esto es horrible, horrible para un pisaverde de París. Y si el pobre príncipe quisiera descargarlos de puñales y de pulgas le llamarian tirano. Despues discuten estos señores en una nube de humo. Cada diputado tiene durante la sesion una pipa inmensa junto á su silla, y fuma como un turco, á pesar de su horror tradicional á Turquía. El príncipe ha adquirido en el puritano colegio de París, donde se ha educado, horror al ta-

baco. Hablando el otro dia con uno de los más considerables entre los diputados, le decia que el tabaco es la venganza tomada por América de sus conquistadores europeos; que el tabaco es un veneno esparcido en los aires. Asegurábales que en los Estados-Unidos, modelo de costumbres parlamentarias, el general Grant puede no ser elegido presidente en las próximas elecciones, porque lleva un trabuco siempre encendido en la boca, y parece como que se dá aires de Júpiter olímpico dentro de su espesa nube de humo. Vuestro Parlamento, añadió, se dá aires de infierno. El asuntó ha tomado graves proporciones. Los diputados han dicho que si persiste el príncipe en ese odio á la embriagadora nicotina, le tirarán el dia menos pensado las pipas á la cabeza, lo cual no es una amenaza liviana, pues junto á cada pipa hay un inmenso botellon de agua hirviendo, á la usanza del Oriente.

El tabaco es ya invencible. El otro dia se trataba en una de las reuniones públicas que en París se celebran, de la emancipacion de la mujer. Muchas de ellas hablaban como grandes oradoras, reclamando los derechos políticos. ¿Quereis nuestros derechos?

les dijo un obrero. Pues cumplid nuestros deberes. Compartid con nosotros el titánico trabajo de defender la patria. Poned sobre las armas un millon trescientas mil mujeres. Veremos la acogida que os guardan los prusianos. El argumento era atroz. El obrero se sentó y dijo á un compañero: apresurémonos á impedir la emancipacion de la mujer. El dia que manden nos prohiben el cigarro. Teneis que andar, hermosas, mientras mandemos los hombres, que nos vamos á dejarnos arrancar con tanta facilidad como imaginais, el poder; teneis que andar en una nube de humo.

CAPÍTULO XXVIII.

LOS GRANDES PARTIDOS FRANCESES.

Zurich, Agosto de 1874.

Creedme; la situacion de Francia me entristece como la situacion de España me apena, me agovia, me desespera. Yo nunca creí que en una y otra nacion fueran los partidos tan ciegos. Yo nunca creí que en una y otra nacion hubiera tantas gentes olvidadas de que, si deben una parte considerable de su existencia á un partido, al partido de su eleccion y de sus ideas, le deben tambien su vida, la vida entèra, á la patria. Avergüenza leer las cosas que unos á otros se dicen los hombres públicos en Francia; sonrojan al más frio los dicterios que mútuamente se arrojan al rostro.

El *Gaulois* dice de Gambetta que ha surgido de las botellas; Gambetta, uno de los po-

cos grandes oradores que todavía le quedan á la tribuna francesa. *El Fígaro* toma por su cuenta el nombre ilustre, dos veces ilustre, de Casimiro Perier. Eleva al padre, le corona de flores, le alza un altísimo pedestal, alaba su energía en el decir y su energía en el proceder, la fé monárquica y la tenacidad en esta fé, los servicios prestados al órden sin salir jamás del círculo legal, su medida de liberalismo ardiente y de genio y carácter para el gobierno; y luego dice que el hijo es un ambicioso vulgar, vano hasta la soberbia, iliterato hasta la ignorancia, envidioso hasta el ensañamiento; de apariencias catonianas y de debilidades femeniles; que se cree cabeza de grupo y es cola de Thiers; bajo y rechoncho, con un cerebro semejante á extraña coliflor, y una palabra que tiene los oidos en contínuo desagradable martilleo; capaz de pasarse desde el monarquismo á la República, y desde la República á la legitimidad por rivalidad política con el marido de su hermana, con el duque de Pasquier, quien era ya jefe del centro derecho, y daba envidia á su buen cuñado, converso al republicanismo conservador para ser tambien jefe de otro centro.

El duque de Broglie denomina poco menos que facinerosos á los escapados de las colonias penitenciarias de América; y los escapados de las colonias penitenciarias de América dicen que el duque de Broglie, antes de haber subido al gobierno, encontraba un escribano y un alguacil tras cada árbol de sus campos; y que si Thiers ha desembargado el territorio francés, el duque orleanista solo ha sabido desembargar su propio territorio. Enrique de Pene recuerda á los electores que Rochefort está inhabilitado para recibir sus sufragios. Es verdad, dice éste, pero mi inhabilitacion depende de causas políticas, en tanto que vos estais tambien inhabilitado, y vuestra inhabilitacion proviene de quiebras comerciales.

No concluiria nunca si hubiera de repetir cuanto se dicen unos á otros los periodistas y los hombres de Estado en Francia. Las vacaciones de la Cámara merecen acerbas críticas á la opinion. Lejos de ser una tregua, son como un combate. Cada partido se agita con más fuerza y con más pasion á medida que la interinidad se prolonga por más tiempo. Los legitimistas no creen haber jugado su última carta. Antes de que la Cáma-

ra se reuna inventarán cualquiera de esas peregrinaciones en que son muy duchos, sin desalentarse por los trabajos más penosos seguidos siempre de los abortos más deplorables. Si el nieto de San Luis no se decide á ir á Francia, los legitimistas irán donde les llame, á bendecirle, á saludarle, á recordar su antigua prosapia, sus ideas góticas, su culto al derecho divino, su constancia en mantener la bandera blanca, su devocion al Papa, su creencia de que por la cuna donde nació y por la leche que mamara le pertenece incuestionablemente ser el jefe de todos los franceses y elevar el trono roto por el huracan revolucionario, ese trono tantas veces hundido sobre el suelo republicano de Francia.

Los bonapartistas han ocultado sabiamente sus maniobras con la fórmula de apelacion al pueblo. Para ello la única esperanza se halla en el campesino que ignora mucho de historia moderna, y por lo mismo no sabe nada de todo cuanto han hecho los Bonapartes por Francia, nada del asesinato de dos Repúblicas para concluir por tres invasiones y varios desmembramientos. A pesar de que sus maniobras han sido repetidas ve-

ces amenazadas, y aun puestas á dos dedos de un ruidoso proceso, imprimen circulares, fundan comités, reparten gratis sus periódicos, fotografían de mil maneras á su príncipe imperial, excomulgan á Jerónimo Bonaparte, y declaran que ni en el caso de morir el heredero directo le reconocerian con opcion al Imperio; presentan su candidato en cada distrito, y se aperciben á recoger los frutos para ellos próvidos y sabrosos de los errores de todos. Bien es verdad que va siendo cada dia más clara la complicidad del Gobierno con los bonapartistas. Como sirviendo á la República han dado los gobernantes en llamarse monárquicos, y entre los partidos monárquicos el único que tiene alguna popularidad es el partido bonapartista, buscan tristemente en sus filas todos aquellos empleados civiles y militares, guarda-bosques, peatones, estanqueros, todos aquellos funcionarios que más útiles son, pardiez, en nuestros pueblos, esencialmente burocráticos, por la época de las elecciones. Un hecho ha venido á mostrar hácia qué lado se inclina con mayor inclinacion el Gobierno. Toda Francia habia cargado las culpas de sus derrotas sobre las espaldas del general Bazaine,

que al saber la proclamacion de la República creyó que la República no era la Francia y entregó á Metz por una mezcla inconcebible de estupidez y de engaño. El consejo de guerra, celebrado con las más escrupulosas solemnidades, le condenó á muerte. El presidente de la República conmutó su pena por la pena de prision perpétua. El mariscal sufria esta prision allá en las riberas mediterráneas, en clima dulcísimo, al abrigo de un cielo meridional, á la vista de tierras benditas y de mares deslumbrantes. Uno de estos dias, con el horizonte muy cerrado, con la mar muy gruesa y tormentosa, viene su mujer á verlo, y en la misma barca se acomoda despues de haberse descolgado por una ventana desde alto muro, merced á segura escala, y gana un buque italiano que le devuelve á la libertad y le entrega al asilo de hospitalaria tierra. Los carceleros han sido procesados, el jefe del castillo preso, la guarnicion severamente conminada, los empleados suspensos ó depuestos, segun los grados de sospecha que han inspirado, todos perseguidos, todos procesados, pero la opinion pública se empeña en que la complicidad mayor toca de derecho al Gobierno, el cual

ha querido así redimir y salvar á un bonapartista. Todos estos hechos dan verdadero valimiento oficial á los amigos de la familia Bonaparte y hacen que ganen prosélitos entre aquellos cortesanos de la fortuna, tan numerosos y tan prontos en rendir párias á todo sol que nace. Así, cuando los bonapartistas tienen probabilidad de ganar un distrito dicen que en aquel distrito se verifica un verdadero ensayo de plebiscito. Y como ahora está vacante el distrito de Calvados, y en el distrito de Calvados cuentan ciertamente con algunas probabilidades de éxito, atruenan los oidos de todo el mundo anunciando que el plebiscito seria en la nacion lo mismo que las elecciones van á ser en Calvados. Mas ¿por qué esta preferencia? ¿Será Calvados solo toda la Francia? ¿No es Francia París, ni Lyon, ni Marsella, ni los cien distritos donde el sufragio universal, contrariado por todos los Gobiernos, ha decidido dar la palma de la victoria al candidato republicano? Si las elecciones últimas debieran tomarse por la expresion de un plebiscito, no cabria duda alguna, el plebiscito se ha pronunciado decidida, inapelablemente, por la república.

El partido que más combate esta solucion salvadora es el partido orleanista; el llamado centro derecho. Ostensiblemente lo preside Pasquier, lo inspira Aumale; pero todos ven dibujarse sobre el diputado y el príncipe, como la paloma en los cuadros místicos, el alma sombría de Guizot. La rivalidad entre los dos hombres mayores del orleanismo, entre Guizot y Thiers, ha llenado casi un siglo; de genio concentrado aquel y de genio abierto éste; de educacion protestante aquel y de educacion católica éste; rígido Guizot como un teólogo, y humano Thiers como un artista; de elocuencia severa, pero pesada Guizot, de elocuencia multiforme, y siempre agradable Thiers; inclinado el uno á la contemplacion serena de la historia antigua, é inclinado el otro á las emociones de la historia moderna; representante el uno de la alta clase media, que frisa con la aristocracia; representante el otro de la clase media más trabajadora y más numerosa que frisa con el pueblo; de doctrinas eclécticas Guizot, pero en que predomina la Monarquía, y de doctrinas eclécticas Thiers, pero en que predomina la democracia; doctrinario el uno hasta querer conservar su

ideal sobre todas sus transformaciones y revolucionario el otro hasta abrazar con fé la República; sus rivalidades que llenaron la Monarquía de Julio y hasta el Imperio; los dias de la crísis de Febrero y los dias de la crísis de Setiembre; se extienden ahora hasta decidir los destinos de la tercera República.

De aquí ha nacido un grupo que invisiblemente dirige M. Guizot, que visiblemente dirige M. Broglie, y el cual se llama por sus humos aristocráticos y por los muchos títulos que lo componen, el grupo de los duques. Sus transaciones contínuas unas veces con los borbónicos, otras con los bonapartistas y con los republicanos tambien, les han quitado mucha autoridad y mucho prestigio. Dirige este grupo, como he dicho, en la Cámara, el biznieto de Necker, el nieto de madame Stael, hijo de un hombre que ha dejado huellas tan profundas en su tiempo, como el mismo Casimiro Perier; ese duque de Broglie, altanero, apasionado, intolerante, dogmático, alma de la conspiracion parlamentaria que derribó el Gobierno último; hombre de propósitos tenaces, de ideas estrechas, de tendencias reaccionarias y de pa-

siones ciegas. El orleanismo, que comparte con el bonapartismo la tarea del Gobierno, tiene por única esperanza hoy el atraerse al centro izquierdo para votar un septenado que fuera el precedente de una institucion fundada para el duque de Aumale, semejante á la que los holandeses fundaron para los príncipes de Orange.

La esperanza del centro derecho estriba en atraerse á esta combinacion algunos individuos del centro izquierdo. Pero esto es difícil; porque el centro izquierdo tiene cada dia convicciones más profundas y compromisos más estrechos á favor de la República. Componen el centro izquierdo quizá los hombres más eminentes de la Cámara. Allí está Littré, el primer sabio de Francia; allí está Vacherot, el primer filósofo; allí está Laboulaye, á quien llaman sus enemigos por la popularidad inmensa que han adquirido sus libros, el escritor de los cocheros; allí está Henri Martin, que ha levantado el monumento de la Historia de Francia; allí Julio Simon, escritor y catedrático notabilísimo; allí Casimiro Perier, que ha demostrado altas cualidades de hombre de Estado; allí Dufaure, eminente abogado; allí Thiers, que es

y será siempre una de las mayores glorias de Francia. Estos hombres han hecho de la República su religion política, y nadie podrá arrancarles esta religion. Ellos saben que la restauracion de las monarquías vendria á ser tarde ó temprano la restauracion de las revoluciones, y no quieren, nó, lanzar á su patria por ese abismo.

La extrema izquierda se halla compuesta de los republicanos históricos. Muchos de ellos han pecado de sobra de idealismo y de falta de paciencia; han desconocido la realidad, y no han acertado á ver los obstáculos que opone al ideal. Por su exaltacion han medido el calor del alma de los pueblos; por su fé individual han tomado la fé de este siglo de crítica. Durante la revolucion de 1848 pecaron gravemente contra la lógica de la Historia, creyendo que unas cuantas fórmulas bastaban para resolver el problema social, y unas cuantas agitaciones para redimir al pueblo.

Larga experiencia, profundos desengaños, dolores sin número, combates tan llenos de heroismo como de desgracias, cicatrices ganadas en el destierro les han advertido y les han enseñado á contar más con

las fuerzas sociales y menos con sus propias fuerzas.

Así han comprendido que lo esencial es hoy fundar la República, dejarla por algun tiempo en manos de los conservadores para que la robustezcan y la consoliden, fundando ellos un partido radical, tan enemigo de la reaccion como de las revoluciones, dispuesto á proponer las reformas en los comicios y á sostenerlas y salvarlas en las Asambleas. Tiene este partido grandes escritores como Quinet, grandes oradores como Ledru-Rollin, grandes filósofos como Barni, grandes publicistas como Luis Blanc; pero su alma es Gambetta, hombre de tanta flexibilidad como perseverancia, y á un tiempo mismo de pensamiento y de accion. Este partido, al cerrarse las sesiones se ha reunido y ha mostrado á la Francia los tenaces, aunque inútiles esfuerzos hechos para llegar á una solucion ó á una disolucion en la Cámara. Los partidos monárquicos jamás conocen su impotencia para reedificar la Monarquía. Se aproximan las elecciones para los Consejos generales de departamento. Todo contribuye á darles un carácter político. Pues bien; es necesario que en estas elecciones el parti-

do republicano se levante como un sólo hombre á votar candidatos persuadidos de la necesidad de la República, y que vengan á mostrar cómo ese ideal se encuentra en el corazon y en el pensamiento de Francia.

ÍNDICE.

Páginas.



